
Cada Flor Tiene Sus Espinas
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
Bronwen Evans

Cada Flor Tiene Sus Espinas

LA VENGANZA DE LAS FLORES SOLITARIAS

BRONWEN EVANS

TRADUCIDO POR

JORGE RICARDO FELSEN

Índice

Sin título

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Sexto
Capítulo Siete
Capítulo Octavo
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Epílogo
Introducción
Prólogo
Capítulo 1

Acerca del Autor
Otras Obras de bronwen evans

Sin título

Cada flor solitaria tiene sus espinas
La venganza de las flores solitarias
Por Bronwen Evans

Para Lady Alice Montague, el amor es un asunto espinoso, especialmente cuando está enamorada del mejor amigo de su hermano, Calum, y él ni siquiera sabe que ella existe. Es el problema ancestral de ser una flor solitaria. Nadie nunca nota a una flor solitaria. Hasta que por error crea el mayor escándalo de la temporada y termina comprometida con un hombre que pensó que nunca podría tener.

Para Calum Arden, Marqués de Skye, y heredero del Ducado de Galloway, amor es una palabra que se niega a usar. Tiene un mundo que recorrer y conquistar antes de ser unido a su futuro título y deber. Así que, imagina su horror cuando la hermana menor de su mejor amigo lo atrapa en matrimonio. Con sus planes arruinados, Calum debe hacer que este matrimonio de conveniencia funcione sin que su corazón sea destrozado por las espinas de su flor solitaria.

Capítulo Uno

LONDRES, ABRIL DE 1818

"Estoy segura de que estaría eternamente en deuda contigo si pudieras organizar una presentación con tu hermano."

¿Había escuchado eso cien veces esta temporada? Lady Alice Montague desvió su mirada con renuencia por el abarrotado salón de baile, donde su hermano, George Montague, conde de Hampton, se encontraba con un grupo de los solteros elegibles de la temporada. Pero sus ojos, como siempre, se enfocaban en un solo hombre.

El apuesto y codiciado Calum Arden, Marqués de Skye, heredero del Ducado de Galloway, era el objeto de deseo de tantas bellezas como lo era su hermano. Todas estaban ansiosas por llamar su atención.

Era el epítome de la aristocracia. Su cabello rubio relucía ámbar bajo la luz de los candelabros, su forma elegante y dominante ataviada con una chaqueta azul que destacaba sus anchos hombros, y un par de pantalones que delineaban los músculos de sus muslos, mientras que sus medias dejaban al descubierto el fino tono de sus pantorrillas.

Justo entonces, él dirigió la mirada hacia ella. Sus rasgos eran tan impactantes, que le cortaron la respiración. Incluso desde lejos, su memoria recordaba el azul oscuro de sus ojos, rodeados de gruesas pestañas oscuras. Sus mejillas prominentes, su nariz perfectamente proporcionada, pero eran sus labios llenos y severos los que hacían temblar sus rodillas. Orgulloso; con su porte refinado y autoritario.

Su mirada ni siquiera la notó, pero se detuvo cuando cayó sobre Lady Patricia, una viuda rica y sorprendentemente hermosa, todavía relativamente joven. Se rumoreaba que era su amante actual. La sonrisa que le envió a la viuda confirmó el cotilleo. Lo suficientemente sensual como para hacer caer las prendas íntimas de una dama.

Alice tragó su reacción hacia él y volvió a enfocarse en Lady Penelope Gower. La única razón por la que las debutantes populares le daban la hora del día a Alice era obvia para todos. La estudiosa y coja era digna de tener cerca si proporcionaba acceso a las damas a su hermano. Y a través de él, a Calum y sus amigos.

"Esperaré a la hora de la cena. Mi hermano vendrá a escoltarme. Si conozco a mi hermano, él, junto con los demás hombres, irán pronto al salón de cartas." *Además, no te presentaría a mi hermano, aunque fueras la última dama en la Tierra*. Dado que improbablemente se casaría alguna vez, Alice probablemente viviría su vida en la casa de su hermano, y no había manera de que viviera con Lady Penelope como su cuñada. La vaca viciosa había convertido la entrada de Alice en la sociedad en un infierno viviente. ¿Cómo sería si fuera la dueña de la casa? Pobre del hombre que tomara a Penelope como esposa.

Penelope golpeó con su abanico el brazo de Alice. "No creo que lo hagan. Me dijeron que la anfitriona, Lady Gilberte, se ha negado a abrir el salón de cartas esta noche. Insistiendo en que su hijo y sus amigos permanezcan en el salón de baile durante toda la velada."

La mirada de Alice se estrechó pensativamente. "Mi hermano no estará contento con esa situación." Su hermano tomaba en serio su deber de acompañarla a los interminables bailes, o mercado matrimonial, como él lo llamaba. Se negaba a contemplar que ella fuera imposible de casar. Su cojera no se debía a ningún defecto de nacimiento. Había sido una pierna rota que no se había ajustado correctamente, por una caída de un poni mientras intentaba saltar la misma valla que él y Calum habían saltado. Tenía doce años y George se culpaba por su lesión. Tenían dieciocho años y deberían haberla detenido. Por eso él lo intentaba tanto.

Eso había sido hace diez años y aun así su hermano cargaba con la culpa.

Desafortunadamente, él pensaba que los hombres pasarían por alto tal impedimento. Pero ella no podía montar a caballo ni bailar, e incluso caminar o estar de pie durante demasiado tiempo le causaba dolor. Ningún hombre quería una coja como esposa, sin importar lo inteligente o bonita que fuera. Algunos lo habían intentado, debido a su gran dote, pero ella le dejó claro a George que no aceptaría un matrimonio por conveniencia. Y él estaba feliz de complacerla.

"¿Nos acercamos y haces una presentación?" Antes de que Alice pudiera refutar el mandato de Penelope, la horrible mujer enlazó su brazo con el suyo y, con su séquito de risueñas damas vacías, la arrastró por la sala.

Penelope se movía con largos pasos, ansiosa por llegar a los hombres antes de que las otras damas presentes esta noche se dieran cuenta de que los hombres no escaparían para jugar a las cartas. Alice apenas podía seguir el ritmo. Su pierna le dolía para cuando llegaron a donde estaban los hombres.

Al llegar junto a los jóvenes caballeros, Alice sintió un empujón por detrás, lo que la hizo apretar la mandíbula, de ira o dolor, no estaba segura. Se quedaron un momento antes de que Penelope le diera un codazo en las costillas y aclarara su garganta.

"Hermano querido, solo quiero confirmar que me acompañarás a la cena." Otro codazo en las costillas. "Y mi—amiga—Lady Penelope te vio en el parque ayer y estaba admirando tus caballos. Está buscando un par y se preguntaba si podrías aconsejarle. ¿Estoy segura de que ya se han conocido?"

Su hermano dio un paso adelante con una sonrisa ensayada. Muchas jóvenes lo buscaban. "Por supuesto, Lady Penelope," y se inclinó sobre su mano. "Cené con su padre la semana pasada. ¿No está aquí con usted esta noche?"

Parpadeando acompañó su respuesta y casi hizo que el estómago de Alice se revolviera. "Mi padre está indispuesto, pero mi madre está aquí."

En ese momento, llegó Lady Gilberte. "Ahora caballeros, no quiero ver mi pista de baile vacía, y estas encantadoras jóvenes estarían encantadas de ocuparla," continuó Lady Gilberte, "Así que. Vamos..."

Siempre correcto, su hermano le pidió a Penelope que lo acompañara y pronto emparejó a todas las damas, excepto por supuesto a Alice. Penelope dijo por encima del hombro, con un brillo triunfante en su ojo, "Alice, como no participarás en un baile, tal vez podrías organizar bebidas para nosotros una vez que terminemos. Estoy segura de que estaré sedienta después de las hazañas de Lord Hampton en la pista de baile."

Su rostro se calentó cuando todas las miradas se dirigieron hacia ella, incluida la de Calum, que había estado apoyado contra la pared en las sombras, obviamente sin querer ser arrastrado al baile. George estaba a punto de decir algo cuando Calum estaba a su lado, inclinándose sobre su

mano. "Creo que Lady Alice ha accedido amablemente a hacerme compañía ya que me torcí la rodilla esta mañana y no puedo bailar." Su voz desafiaba a cualquiera a refutar su declaración, y George le dio una sonrisa de agradecimiento.

Alice bajó la cabeza mientras el grupo se dirigía a la pista de baile. Sin pensar, se frotó el muslo a través de su vestido donde le dolía.

"¿Buscamos un asiento junto a las puertas? La habitación está bastante sofocante esta noche," y Calum le ofreció el brazo mientras paseaban lentamente por la habitación.

"No tienes que quedarte conmigo. Sé que probablemente quieras hablar con Lady Patricia."

Su refinada ceja se levantó. "Así es. ¿Por qué piensas eso?"

El horror la invadió. "Bueno, es que, ¿no es ella…?" No pudo decirlo. Conocía a Calum desde que era una niña muy pequeña, y él y George eran los mejores amigos. Siempre habían tenido una relación informal, ya que Calum prácticamente vivía en su casa cuando los chicos estaban en Eton. Su hogar estaba en las tierras altas de Escocia y era un viaje muy largo desde la escuela. Pero no podía ser tan familiar, ¿o sí?

"¿Por qué no me sorprende que tú, de entre todas las debutantes, estés al tanto de las amantes? Si recuerdo bien, nos sorprendiste a George y a mí en el granero con las ordeñadoras. Así fue como me hice esta cicatriz." Señaló la pequeña cicatriz en su barbilla. Se había tropezado con el rastrillo, tratando de ponerse la ropa, y se había partido la barbilla. Su rostro se sonrojó al recordar lo que había visto esa tarde. Pero sus palabras contenían admiración en lugar de reproche. "Además, estás equivocada."

"Oh, estaba tan segura…"

Él le guiñó un ojo mientras la llevaba hacia las sillas junto a las puertas francesas. "Aún no, al menos. Ella ha rechazado mis avances."

"¿Está loca?" Dios mío, ¿acaso dijo eso en voz alta?

Calum rio. Mientras se sentaban, susurró, "Pero tú tienes una visión sesgada porque me amas." Ella se quedó quieta como una piedra. ¿Cómo podría saberlo? ¿Cómo podría vivir con él sabiendo eso? *Suelo, por favor ábrete y trágame*. "Eres como familia. Eres como la hermana que nunca tuve."

Dejó escapar un suspiro de alivio. Él pensaba que lo amaba como a un hermano, como amaba a George. Calum solo tenía hermanos, tres. Por supuesto, la consideraría una hermana. Ciertamente, nunca le había dado la idea de que pudiera encontrarla atractiva, sin importar cuántas veces tratara de mostrarle que ya no era la niña pequeña que solía seguirlo a todas partes. Siempre la había tratado con respeto.

"Ya que me consideras una hermana, ¿puedo pedirte un favor?"

"Por supuesto. Mis servicios están a tu disposición."

"¿Puedes asegurarte de que mi hermano nunca considere seriamente a Lady Penelope como su esposa? No podría soportarlo."

Su cabeza se acercó a la de ella en señal de conspiración. "Absolutamente. Pobre del hombre que se ofrezca por semejante arpía."

Ella le dio una sonrisa agradecida. "Ya que probablemente terminaré viviendo con mi hermano, me gustaría una cuñada amable y buena."

"¿Por qué terminarías viviendo con tu hermano?" Su tono contenía sorpresa y genuina curiosidad.

Su rostro se sonrojó. "Vamos, no soy tonta. No soy notada por la mayoría de los hombres y, si lo soy, una vez que ven mi cojera, rápidamente encuentran otras damas a quienes perseguir. Estoy en el grupo de las flores solitarias de esta temporada."

Eso hizo que Calum se sentara derecho. “No digas tonterías. Eres una joven encantadora.”

“Lo dice el hombre que me considera como a un hermano.”

“Bueno, yo…” Pareció desconcertado por un momento. Y en ese momento, algo cambió. De repente, no había nada lánguido en la cálida mirada que recorrió su figura. Por primera vez, sus ojos azules destellaron zafiro medianoche y mostraron puro interés masculino. *¿Podría él escuchar lo fuerte que latía su corazón?*

Era imposible ignorar la mirada cautivadora. Estaba desperdiciada en Alice. Ya sabía por qué las mujeres perseguían a Calum en tropel. Sacudió la cabeza y miró sus ojos de nuevo. El calor y el deseo que había vislumbrado ahora estaban ocultos, y Calum se movió incómodo en su silla.

No podía soportar su incomodidad. Rozaba la compasión. “Ya que dijiste que me ayudarías con Penelope y mi hermano, ¿te importaría rescatarlo de sus garras?”

Él miró a regañadientes lejos de ella y al otro lado del salón de baile. Penelope parecía haberse aferrado al lado de George. “Haré lo que me pidas,” y presionó un rápido beso en su mano enguantada. Al levantarse, la miró y dijo, “Nunca dejes que te vuelva a escuchar menospreciarte. Eres una joven extraordinaria y encantadora.”

Su corazón aún latía con fuerza mientras veía a Calum caminar entre la multitud como si no notara las miradas de admiración que le lanzaban. Lo vio detenerse y dirigirse a Lady Penelope, y pronto ella estaba siendo escoltada hacia los refrigerios por Calum y se pavoneaba más que un pavo real.

George la miró y le dijo sin palabras, ‘gracias’. Ella inclinó la cabeza y sonrió. Eran el mundo del otro, habiendo perdido a sus padres el año pasado a causa de la enfermedad pulmonar.

Permaneció sentada virtualmente durante el resto de la noche. Totalmente ignorada, excepto cuando George, como había prometido, la acompañó a cenar.

Sin embargo, esta noche quedaría grabada para siempre en su memoria porque Calum Arden, marqués de Skye, finalmente la consideró una mujer deseable.

Pero a la luz del día, ¿cambiaría su opinión? Lo probaría al día siguiente, cuando él viniera a almorzar. Quería el consejo de George sobre el viaje al continente que estaba planeando.

Capítulo Dos

Al día siguiente, los hombres estaban en el estudio de George jugando ajedrez. “Por cierto, la próxima vez que me pidas que te acompañe a un baile, por favor asegúrate de que la anfitriona no haya cerrado la sala de cartas.”

George se rio de Calum mientras estaban sentados frente a frente sobre el tablero de ajedrez junto a la gran chimenea rugiente. “Deja de intentar distraerme. Tenemos tu caballo negro apostado en el resultado de este partido.”

“¿Distraerte? Tu juego es tan lento. Este juego bien podría durar más que mi caballo.” Habían comenzado este juego hace dos semanas y hasta ahora ninguno de los dos hombres estaba tomando la delantera.

George se frotó la frente. “Hablando de anoche, te agradezco por seguir las indicaciones de Alice para rescatarme de Lady Penelope. Fue muy noble de tu parte, considerando que ella te persiguió el resto de la noche.”

“Es posible que le haya dado la impresión equivocada por mi ansia de escoltarla. Pero tu hermana es difícil de rechazar.” Calum miró a George. “¿Sabes que Alice piensa que nadie querría casarse con ella?”

Su hermano suspiró y se recostó en su silla, tomando un largo trago de su copa de vino. “Creo que algunas damas no fueron particularmente amables con ella al principio de la temporada. Ella les cree cuando dicen que ningún hombre quiere a una inválida. No puedo convencerla de lo contrario, y ha perdido toda confianza.”

"Ella no es una inválida. Simplemente tiene una cojera. Además, es hermosa y tiene una dote muy grande."

Una imagen de Alice se formó en su cabeza. Era una visión de gracia y elegancia, reminiscente de una delicada flor. Su piel de porcelana que lucía un tono rosado suave era un testimonio de su vitalidad juvenil. Sus expresivos ojos avellana, enmarcados por largas pestañas oscuras, poseían un brillo que hablaba de inteligencia y bondad.

Se movía con una actitud serena, a pesar de la notable cojera que acompañaba cada uno de sus pasos. Su suave balanceo llevaba un ritmo sutil, un testimonio de su resistencia en lugar de un obstáculo. Su estatura pequeña, adornada con ropa elegante de los mejores tejidos, siempre llevaba un aire de sofisticación, cada prenda meticulosamente elegida para complementar su figura y reflejar su exquisito gusto.

El cabello de Alice, una cascada de rizos rubios fresa, a menudo estaba peinado de manera simple pero elegante, adornado tal vez con uno o dos lazos, enmarcando su rostro de una manera que resaltaba sus rasgos delicados. Su sonrisa, cálida y genuina.

Aunque su movilidad pudiera representar una limitación, su espíritu volaba libremente. Alice tenía un agudo ingenio, su intelecto brillaba en conversaciones que navegaba con gracia y encanto. Su gran interés en la literatura y las artes la convertía en una conversadora cautivadora, tejiendo historias y discutiendo las últimas novelas o exposiciones artísticas con facilidad.

A pesar de los desafíos que enfrentaba, Alice irradiaba una fuerza tranquila que inspiraba admiración entre aquellos que tenían el privilegio de cruzarse en su camino. Si tan solo la sociedad le diera una oportunidad.

"Amo a mi hermana. Es la única familia que me queda y me hizo prometer que con quién, y si se casara, sería su elección. Ella es muy firme. Alice no quiere un matrimonio de conveniencia. Lo que, por supuesto, significa que es improbable que se case. ¿Cuántos matrimonios por amor conoces dentro de la alta sociedad?"

Calum podría contarlos con una mano. Él mismo no tenía pensamientos inmediatos sobre el matrimonio. No después de su desastre anterior. Quería viajar. Su padre era tan fuerte como un buey, tenía tres hermanos menores, y tenía poco respeto por las mujeres en general. Todas mentían y adulaban para conseguir lo que querían. Había aprendido eso siendo joven. En su mayoría lo veían como presa, ya sea como esposo o proveedor. Casi cae en la trampa de una mujer, y le había costado su corazón y su orgullo.

Cuando llegara el momento de casarse, él haría la elección y sería más circunspecto en lo que respecta a su corazón. Una mujer tendría que demostrar su devoción y amor antes de que él entregara voluntariamente su corazón. Las mujeres eran a menudo falsas en lo que respecta a los sentimientos. El dinero y la seguridad eran más un impulso que el amor.

Excepto, por supuesto, por Alice.

Como si lo hubiera escuchado, hubo un suave golpe en la puerta del estudio y ella entró. "Disculpe la interrupción, pero hay un mensaje urgente del Lord Starling," y le entregó a George la nota.

Al leerla, maldijo. "Mis disculpas, Alice, pero no puedo acompañarte a la velada musical de Lady Eversham esta noche. Lord Starling necesita de mí con urgencia y sabes que no puedo negarme." Lord Starling había sido el amigo más cercano de su padre.

Con una voz alegre, Alice dijo, "Qué pena. No importa. Puedo tener una noche en casa para variar."

"O podría acompañarte yo," Calum no sabía por qué se ofrecía. No deseaba asistir a un aburrido recital. De hecho, se suponía que se reuniría con Lady Patricia. Pero por alguna razón, quería que se viera a Alice. Quería reconstruir su confianza y hacer que ella y la sociedad vieran que sería una esposa y madre maravillosa. Valía más que cualquiera de las debutantes con las que había tenido la desgracia de encontrarse.

La sonrisa de Alice desapareció. "No es necesario. Realmente no me importa no asistir."

George miró a Calum y asintió. "Gracias. Eso es muy amable de tu parte."

"¿Debería recogerte en mi carruaje a las ocho?"

Sus ojos verdes brillaron hacia él. ¿Por qué Alice estaba tan reacia? Era como si no quisiera ser vista con él y eso le molestaba. La mayoría de las mujeres luchaban por su atención.

"Eso sería aceptable." Luego su atención se centró en el tablero de ajedrez. "Vaya, uno de ustedes podría ganar este partido en cuatro movimientos." Luego, de manera descarada, agregó: "¿Necesitan ayuda en algo?"

Ambos hombres fruncieron el ceño, con George inclinándose más hacia el tablero. Lo estudió detenidamente durante varios minutos antes de declarar: "Qué fastidio. No puedo ver de qué están hablando. ¿Puedes tú, Calum?"

Él tampoco podía ver una victoria en lo que pensaba que serían sus próximos cuatro movimientos. Su admiración por Alice creció. Entendía lo astutas que podían ser las mujeres. La mayoría de ellas planeaban sus trampas tan bien como Wellington planeaba una batalla. Y realmente no quería perder a su mejor semental.

Le lanzó a Alice una sonrisa que normalmente reservaba para seducir a sus damas de compañía. “Si te prometiera el primer potro que resulte del apareamiento de mi semental, ¿me ayudarías a ganar?”

“Eso no es justo,” exclamó George.

“Oh, hermano, ya te he ayudado. Calum te habría vencido hace dos movimientos si no hubieras pedido mi ayuda,” respondió burlonamente.

La ceja de Calum se levantó. “¿Es así? No es muy deportivo. Entonces, no tengo reparos en pedirle a tu hermana que comparta sus habilidades.”

“¿Por un potro de tu primer apareamiento del semental?”

“Absolutamente.”

“No es justo,” se quejó George.

Alice se sentó junto a él y su brazo rozó el suyo. Con el contacto, la tensión, caliente y rápida como un relámpago de verano, ardió entre ellos. Dándole una mirada sorprendida, volvió su atención al tablero. Para su sorpresa, sus malditos lomos se tensaron en respuesta a simplemente tocarla. Eso era nuevo. Nunca había pensado en Alice como una mujer, de esa manera. ¿Por qué ahora? Mantuvo su expresión tranquila cuando preguntó, “¿Muevo el caballo a rey cuatro?”

Alice arqueó una ceja esbelta. “Sabes cómo ganar esto. Pero nuestro trato sigue en pie.”

En menos de una hora, Calum declaró jaque mate y George se rindió.

Alice aplaudió con alegría. “Espero con ansias recibir el pago. Ahora los dejaré caballeros a sus diversiones. Lo espero a las ocho.”

Una vez que ella salió de la habitación, George le lanzó una mirada inquisitiva a Calum. “¿Por qué este repentino interés en Alice?”

Tomó un largo trago de alcohol. “¿A qué te refieres?”

“Corriste a su defensa en el baile de anoche y ahora te apresuras a escoltarla. Si fueras cualquier otro hombre, tendría sospechas sobre tus intenciones.”

“También tengo una estrategia. Si muestro interés en tu hermana, estoy seguro de que otros hombres comenzarán a notarlo y buscarán saber por qué. Eso debería ayudarla a encontrar a alguien adecuado. En cuanto a mí, evitará que mamás y sus hijas codiciosas me persigan si creen que estoy cortejando a Alice. Nos ayudaremos mutuamente.”

Mientras George se sentaba, cuidando su bebida, dijo, “Solo puedo pensar en una desventaja. ¿Qué pasa si Alice se enamora de ti? Sabes lo que tus atenciones pueden hacerle a una mujer. No quiero que mi hermana salga herida.”

Capítulo Tres

El murmullo de los abanicos y las conversaciones llenas de entusiasmo inundaron la habitación cuando Alice entró en la elegante casa de Lady Eversham, con el brazo entrelazado con el de Lord Skye. La importancia que le daban aquellos en la habitación a su acompañante la hizo sentir tanto nerviosa como extrañamente regia, como si hubiera entrado en un papel mucho más grandioso que su estación habitual. La presencia de Calum a su lado durante el recital inicial fue un ancla reconfortante en medio de las miradas curiosas y las conversaciones susurradas que giraban a su alrededor.

Sentada a su lado durante la primera parte del recital, la actitud protectora de Calum atrajo miradas de reprobación de parte de Penelope, cuya envidia era palpable. Pero Alice conocía la verdad; el afecto de Calum por ella era el de una hermana querida, no un interés romántico potencial, a pesar de los susurros y las suposiciones de los demás.

Mientras Calum se alejaba momentáneamente para traer refrescos, su querida amiga Sarah se acercó, sus ojos llenos de curiosidad y travesura. "¿Cuál es la historia con Lord Skye? Parece bastante atento."

Alice suspiró con pesar, su voz apenas por encima de un susurro. "Es un papel que está interpretando, pensando equivocadamente que está a mi favor. No está persiguiendo ningún interés romántico, te lo aseguro."

Los labios de Sarah se curvaron en una sonrisa sabia. "Lady Penelope ciertamente piensa lo contrario. Los rumores de su gallardía en el baile de anoche se han difundido."

Mirando a Calum, rodeado ahora de admiradores, Alice no pudo evitar morderse el labio con leve exasperación. ¿Qué tenía él que atraía tanta atención? No era simplemente su apariencia; era su presencia imponente y su encanto innegable, cualidades que atraían tanto a los ojos como a los corazones.

"Él solo estaba siendo cortés," insistió Alice, aunque las bromas de Sarah sobre nociones románticas solo alimentaban sus propios deseos silenciosos. *Él no es para ti.*

"Tiene el aire de un héroe," comentó Sarah caprichosamente. "Es un hombre grande y fuerte para protegerte de los lobos."

Alice negó con la cabeza, divertida por las imaginativas ideas de Sarah. "La nariz de Lady Penelope se parece mucho a la de un lobo," y se rio. Ella había visto a Calum crecer de un joven a un hombre maduro, y su atractivo solo se había intensificado. Su corazón deseaba algo más, pero su mente sabía lo improbable que era una conexión romántica con un futuro duque, especialmente dadas sus deficiencias percibidas y reales.

Viendo lo determinado que estaba Calum en demostrar que ella no terminaría soltera, Alice

había aceptado su destino, dándose cuenta de que ser lanzada al foco de atención de la alta sociedad podría invitar a la crueldad, especialmente si los esfuerzos de Calum por ella no cumplían con las expectativas. El pensamiento de ser descartada cuando su tarea resultara infructuosa pesaba sobre ella.

"¿No podía Lord Hampton asistir esta noche?"

Oh, cielos. Alice sonrió mientras se dirigía a Lady Penelope. "Desafortunadamente, no."

"Sabía que sería así. Le ha pedido a Lord Skye que la acompañe en su lugar."

¿Qué podía decir ella? "Por supuesto. Lord Skye es un amigo cercano de la familia."

"Más que un amigo, seguramente, Alice," una voz ronca sonó sobre ella. Miró hacia arriba hacia el rostro de Calum y una vez más vio una mirada que le hizo latir el corazón. Cuando apartó la mirada, casi podía ver el vapor saliendo de las orejas de Penelope.

El comentario engreído de Lady Penelope sobre la presencia de Lord Skye solo sirvió para irritar a Alice, aunque ella conocía la verdad detrás de ello. La interrupción de Calum, con su voz ronca y su mirada significativa, momentáneamente la agitó, aunque sabía que la mirada era más protectora que amorosa.

Alice intentó redirigir la conversación. Pero la atención de Lord Skye en ella, sus palabras teñidas con un calor inesperado, hicieron que sus mejillas se sonrojaran, dejándola momentáneamente desconcertada en medio de las miradas escrutadoras de los invitados.

La interjección repentina de Calum había arrojado a Alice a un torbellino de emociones. Su mirada penetrante tenía un peso que hizo que su corazón diera un vuelco, y cuando apartó la mirada, casi pudo sentir la frustración que emanaba de Penelope.

Antes de que el tenso silencio se hiciera demasiado pesado, Sarah, siempre rápida de reflejos, intervino. "¿Ha disfrutado de la música esta noche, Lord Skye?"

La mirada de Lord Skye se desvió hacia Sarah, una sonrisa encantadora adornando sus labios. "Enormemente, Lady Sarah, especialmente en tan grata compañía." Sin embargo, sus ojos se posaron en Alice, haciendo que sus mejillas se sonrojaran aún más.

Mientras el piano del intermedio, interpretado por la hija de Lady Eversham, llenaba la habitación con elegantes melodías, Alice se sentó con gracia en el borde de su asiento, sus dedos golpeteando ligeramente al compás de la música. Se había formado una pequeña multitud, atraída no solo por la presencia de Calum, sino también por la vista inesperada de Lord Hartley y Lord Walters conversando con ella.

Lord Hartley, con su sonrisa encantadora y sus modales pulidos, se inclinó ligeramente, sus ojos brillaban de interés mientras se dirigía a ella. "Señorita Alice, debo admitir que no sabía que su aprecio por la música igualaba la maestría que se muestra esta noche."

Alice levantó la vista, sus mejillas levemente sonrojadas por la atención inesperada. "Lord Hartley, sus palabras son demasiado amables. La música siempre ha ocupado un lugar especial en mi corazón." Eso era cierto. Le encantaba tocar. Una cosa que una chica que ya no podía correr y saltar podía hacer era tocar el piano. Había aprendido rápidamente que la sala de música permitía que su talento brillara sin que nadie se centrara en su cojera.

Lord Walters, conocido por su ingenio rápido y su naturaleza afable, intervino: "De hecho, Señorita Alice. Su hermano a menudo habla de su amor por la literatura y las artes. Es un placer finalmente conocerla y discutir intereses tan refinados."

El hecho de que la había conocido en varias ocasiones debía de haberse escapado de su mente.

Los otros invitados lanzaron miradas curiosas, murmullos surgieron entre ellos mientras observaban la interacción. Era raro presenciar a dos distinguidos señores compitiendo por la

atención de alguien a quien habían pasado por alto anteriormente.

Alice, aunque sorprendida por el repentino foco de atención, mantuvo la compostura, participando en la conversación con gracia e ingenio. "Encuentro consuelo en las obras de Austen y Brontë, al igual que el confort que encuentro en las melodías que llenan el aire esta noche."

Lord Hartley asintió, su mirada admiradora. "Un amor compartido por la literatura es una rareza, Señorita Alice. Es refrescante encontrar a alguien que aprecie los matices de la narrativa tanto como yo."

Lord Walters, siempre oportunista, se unió con entusiasmo. "Ah, Señorita Alice, ¿me haría el honor de compartir sus opiniones sobre la última exposición en la Real Academia? Sus ideas sin duda enriquecerían las discusiones que hemos estado teniendo."

Caramba. ¿Era así como era para las damas más populares? La conversación educada y los temas ridículamente derrochadores deben ser agotadores, no solo para la persona, sino también para la mente. Ya sus dientes querían rechinar ante lo mundano de todo aquello.

Los espectadores no pudieron evitar intercambiar miradas sorprendidas, asombrados por la repentina atención sobre una figura previamente pasada por alto entre ellos. La vista de tres distinguidos lores conversando de manera sincera con una joven conocida por ser más bien una flor solitaria los dejó intrigados y tal vez un poco envidiosos.

Calum se recostó y sonrió al ver el éxito de su plan. No parecía darse cuenta de que ella no veía con buenos ojos esa atención.

En medio del suave murmullo de la multitud y las notas delicadas del piano, Alice se encontró en el centro de la atención, con los dos lores buscando su favor. Ninguno de ellos le interesaba en lo más mínimo, pero ahora había tenido que aceptar una visita a la Real Academia.

Cuando la orquesta tomó sus lugares para comenzar la segunda mitad, Calum se sentó y susurró con arrogancia en su oído: “Predigo que la soltería no está en tu futuro.”

Alice predijo que Calum se estaba adelantando demasiado. Presentarla a dos caballeros en los que no tenía ningún interés no conducía al matrimonio. Predijo que ningún otro caballero sería suficiente porque estaba enamorada de un solo hombre. Un hombre que quería verla casada con otra persona.

Y eso, ¿no era simplemente desgarrador?



Como se predijo, su excursión a la Real Academia con Lord Walters había sido un desastre. Su pierna le dolía después del primer piso y, para cuando llegaron a salir, casi lloraba de dolor. Se había caído por los grandes escalones de mármol al frente de la academia al salir, y Lord Walters ni siquiera podía mirarla cuando la dejó en su casa en el carruaje.

Afortunadamente, Turnbull había salido corriendo a ayudarla y le ofreció su brazo, pero tan pronto como la puerta de entrada se cerró detrás de ella, se derrumbó en el suelo, con lágrimas de dolor y humillación rodando por sus mejillas. Mandaron llamar a Stanford, uno de los lacayos. Él era el encargado de llevarla a su habitación cuando su pierna estaba demasiado dolorida para caminar. Se sentó apoyada contra la base del reloj de pie en el vestíbulo, frotándose la pierna y secándose las lágrimas. El dolor se había suavizado hasta convertirse en una molestia sorda y ella respiró profundamente.

Para su horror, esa es la posición en la que Calum la encontró cuando llegó para ver a su hermano, quien ni siquiera estaba en casa.

Calum cayó de rodillas a su lado. "¿Qué ha pasado?"

"Tú y tus estúpidas ideas son lo que ha pasado," dijo entre dientes. Afortunadamente, sus lágrimas se habían secado, pero debía parecer un desastre patético.

"¿Walter te hizo daño? Lo mataré." La ira se dibujó en su boca.

Dios, parecía un dios griego vengador. Su rostro estaba oscuro como una tormenta. "Por favor, no te preocupes." Calum estaba con su ropa de montar. Había algo tan dominante en un hombre con botas altas de montar. ¿O eran los muslos musculosos por encima del cuero oscuro? "De alguna manera. Me hizo caminar toda la tarde."

Solo entonces Calum se sentó en el suelo junto a ella. "¿No le pediste que te dejara descansar?"

"No."

Calum maldijo. "¿Pero por qué estás sentada aquí en el suelo?"

Antes de que pudiera responder, llegó Turnbull. "Stanford no está presente en este momento, Lady Alice. Tal vez podría..."

Calum miró entre Alice y Turnbull, y entendió claramente la situación. Soltó una maldición antes de tomar a Alice en sus brazos y llevarla arriba.

"No sé por qué estás tan enojado. Te dije que esta era una terrible idea. No soy como las demás damas."

Sus mejillas se sonrojaron con una mezcla de vergüenza y gratitud. Con una inclinación de cabeza agradecida, aceptó su gesto galante, sintiendo un torrente de mariposas en el estómago mientras sus poderosos brazos la envolvían delicadamente.

El toque de Calum era tanto reconfortante como estimulante mientras la levantaba con el máximo cuidado, asegurando su comodidad mientras comenzaban el ascenso por la ornamentada escalera. Alice no podía evitar robar miradas a su perfil, iluminado por el suave resplandor de las velas titilantes que bordeaban las paredes.

Su proximidad encendía una tensión palpable, un intercambio silencioso de sentimientos no expresados flotaban entre ellos. Alice se encontró cautivada por el sutil aroma de su colonia, el calor de su aliento contra su mejilla, y el ritmo constante de sus pasos, cada uno resonando con una fuerza tranquila.

Cuando llegaron a la cima de la escalera, Alice sintió una punzada de decepción, dándose cuenta de que su breve pero íntimo momento estaba llegando a su fin.

Caminó en silencio hasta el borde de su cama y se quedó sosteniéndola, sus ojos buscando su rostro como si quisiera aprender algo. "Estoy enojado porque deberías haberle dicho a Walters que necesitabas descansar. Apuesto a que no tenía idea de que estabas en tal agonía. ¿Por qué hiciste eso?"

No podía mirarlo. El calor de su cuerpo, su aroma excitante, inhalado en cada respiración, y los fuertes brazos que la sostenían como si no pesara nada, ponían su cuerpo en tensión. No podía concentrarse.

"¿Bueno?"

"No quería decepcionarte. Si tuviera que pedirle que me dejara descansar, él sabría mis problemas y parece que tú quieres que brille. No soy brillante, estoy manchada."

No podía saber qué estaba pensando, ya que no se atrevía a mirarlo. Pero lentamente la acostó en la cama y, aún inclinado sobre ella, usó su mano para sostenerle la barbilla y hacer que lo mirara. "Nunca vuelvas a hacer eso. No espero que seas nada más que quien eres. Un hombre lo suficientemente bueno para ti te amará tal como eres." Y luego presionó un beso rápido en sus labios. Ella se quedó inmóvil como una piedra. *La había besado. ¿Por qué?*

Antes de que pudiera encontrar su voz, él se enderezó. "Tengo una reunión con George. Tenemos una apuesta de ajedrez que discutir."

"Acabas de ganar contra él."

Él se rio. "No contra George, con George. Nos estamos uniendo para enfrentar a Lord Southfields y Lord Crispen. Nuestro prodigio de ajedrez contra el de ellos."

Ella se levantó sobre sus codos al escuchar a su doncella Betsy organizar su baño. "¿Quién es su prodigio?" *¿Acababa de hacer una mueca?*

"George y yo hemos respaldado a John Cazenove."

"Vaya, entonces supongo que los lores tienen a Jacob Sarratt. Sarratt es el mejor jugador. Ha desarrollado algunas jugadas interesantes. Necesitarán toda la ayuda que puedan conseguir." Y se recostó, el cansancio y el dolor la hacían sentir un poco mareada.

De repente, su cama se hundió a su lado. "¿Conoces estos nuevos movimientos? ¿Podrías entrenar a Cazenove para nosotros?"

Ella lanzó su brazo sobre sus ojos. "Pregúntame mañana cuando me sienta mejor. Ahora mismo, no estoy inclinada a hacerte ningún favor. Tus intromisiones son muy molestas."

Él no se movió ni dijo nada. Finalmente, ella retiró su brazo de donde lo había lanzado sobre su rostro y lo miró.

"¿Nos ayudarás si prometo no intentar presentarte a nadie que no apruebes? Seguiré siendo tu defensor en el mercado matrimonial, pero prometo no más, Lord Walters."

Eso sonaba interesante. "Acepto con una condición." Ante su ceja levantada, ella continuó. "Mantén a Lady Penelope alejada de George."

Eso borró la sonrisa de su rostro. "¿Cómo se supone que debo hacer eso sin parecer interesado en la joven? Lo cual absolutamente no es así. No quiero encontrarme atado, y menos a una mujer como ella."

Ella podía ver a Betsy rondando cerca de la entrada a su cuarto de baño. Se sentó y deslizó sus piernas sobre el lado de su cama. "Estoy segura de que pensarás en algo, dado lo ingenioso que fuiste al idear un plan para lanzarme en la sociedad. Ahora, si me disculpas, me gustaría bañarme antes de que el agua se enfríe."

Se levantó para despedirse. “Voy a tener que ser muy astuto para vencer a una mujer tan empeñada en el matrimonio como Lady Penelope. No me sorprendería que intentara atraparme en un matrimonio.”

El corazón de Alice dio un vuelco y pensó que era mejor permanecer sentada. No podía soportar la idea de que Calum o George se casaran con esa víbora. Tal vez había cometido un error al lanzar su desafío. Calum también debería mantenerse alejado de Penelope.

Viéndolo partir con una mezcla de anhelo y admiración, Alice no pudo evitar contemplar su fina figura. Tenía razón al pensar que Penelope haría cualquier cosa para conseguir lo que quería. Ahora, Alice no podría soportar si fuera Calum quien cayera en su trampa. Un pensamiento terrible cruzó por su mente. ¿A cuál de los dos debía salvar?

Querido Dios, Alice. No podía ser George. Pero tampoco debería ser Calum.

Su corazón se aceleró. ¿Pero Calum? ¿Por qué debería importarle? Calum nunca la consideraría material para esposa tampoco. Demasiado hermana.

Lo quieres para ti. Qué pensamiento ridículo.

“No puedo culpar a Penelope. ¿No es irónico que una joven tenga que pensar en el matrimonio en cuanto sale de la escuela? Pero un lord intenta evitar el lazo matrimonial todo lo que puede. Nos pone a todos en conflicto desde el principio.”

Él se volvió y le sonrió con esa sonrisa que la hacía temblar antes de decir, “Probablemente

eres la única joven que conozco que no está manipulando el mercado matrimonial a su favor."

Ella se encogió de hombros. "No. Tú lo haces por mí."

Su sonrisa desapareció como un ratón perseguido por un gato. "No estás manipulando. Simplemente estás mostrando tus mejores cualidades que nadie parece haber notado."

"Me pregunto por qué nadie lo ha notado," dijo en voz baja, frotándose la pierna torcida.

Calum ignoró su comentario. "Cazenove estará en mi casa a las once, mañana. Por favor, pide a George que te acompañe."

"Por supuesto." No podía ser vista entrando a la casa de un soltero sin acompañante.

"Iré a buscar a tu hermano. Espero que tu pierna se sienta mejor pronto. Hasta mañana." Con una sonrisa que podría derretir la nieve, y mucho más su corazón guardado, se despidió.

Betsy llegó para ayudarla a desvestirse para su baño. Su doncella ya tenía la pomada lista para frotar en su pierna después del baño, y ella no podía esperar.

Mientras se sumergía en el agua caliente y reconfortante, las palabras de Calum sobre la trampa resonaban en su cabeza. No podía sacudirse la idea de que eso era exactamente lo que Lady Penelope haría.

Dependía de Alice salvar a su hermano y a su mejor amigo de las maquinaciones de Penelope. Se convertiría en la sombra de Penelope y frustraría cualquier plan cuestionable.

~

La ira de Calum creció de nuevo mientras descendía las escaleras hacia el estudio de George. Sus manos se cerraron en puños. Realmente le gustaría encontrar a Walter y darle una paliza por su falta de consideración hacia Alice, pero sabía que eso dañaría su causa de tratar de hacer que la sociedad la viera como él veía a Alice. Que era una joven digna de la atención de cualquier hombre.

Cuando llegó y la encontró en el suelo, el dolor en su rostro lo llevó de rodillas. Había querido abrazarla y protegerla.

Su pie dudó en el último escalón.

Podría protegerla. Podría casarse con ella él mismo. Ya había catalogado su idoneidad. Era la única mujer que nunca había intentado atraparlo, manipularlo o incluso mostrar algún interés romántico en él. Alice era perfecta para un hombre que pensaba que el amor era simplemente una molesta palabra de cuatro letras. No tenía ideas románticas. Así que su corazón nunca estaría amenazado, desgarrado y destrozado de nuevo.

Ella sería una esposa perfecta para él. Inteligente, fácil de llevar, ya eran amigos firmes... y él sí la encontraba atractiva.

Odiaba sentirse como si lo estuvieran cazando. En cada baile, lo veían como el objetivo de las maquinaciones de muchas madres. En sus días más jóvenes y menos experimentados, había dejado que una joven se metiera en su corazón. Solo para descubrir que había apostado con las debutantes de la temporada que podría atrapar a un duque. Ella no tenía ningún sentimiento por él excepto su título potencial. La había escuchado decir: "Un duque es un duque, aunque tenga un título escocés humilde."

A Alice no le importaban los títulos ni el dinero. ¿Qué le importaba a ella?

Necesitaba aprender más sobre la mujer a la que siempre había considerado como una hermana. Observó críticamente que era bonita, y la sensación de sus curvas en sus brazos lo había perturbado. Sus senos eran altos y llenos. Su cintura era pequeña y sus caderas estaban bien redondeadas. A la luz fría y desapasionada del día, era una mujer que podía despertar el

deseo de cualquier hombre. No le importaba su cojera. Una cojera no importaba acostada.

Algo se agitó dentro de él. La imagen de Alice desnuda en su cama. Su cabello rubio rojizo extendido sobre sus almohadas y su piel cremosa era suya para tocar y saborear. Se congeló. *La deseaba.*

Pero también quería viajar. Aventurarse en el mundo antes de que el deber se hiciera cargo. Podían hacer ambas cosas. Simplemente podrían tener un largo compromiso. Estaría feliz de esperar, estaba seguro.

Ahora solo tenía que hablar con George y obtener su aprobación. Su amigo nunca se opondría. Estaba a punto de entrar en el estudio de George cuando escuchó a su amigo subiendo las escaleras hacia él.

"¿Qué es esa sonrisa en tu cara?"

Siguió a George a su estudio y tomó asiento. El retrato del difunto Lord Hampton colgaba sobre la chimenea y pensó que podía verlo sonreír hacia él como si aprobara su idea. "Tengo una historia que contar, pero primero necesito un brandy."

Capítulo Sexto

La pierna de Alice aún estaba demasiado adolorida para caminar la cuadra hasta la casa en la ciudad del Duque de Galloway, así que George los llevó en su carruaje. Calum no tenía su propia casa en la ciudad de Londres porque sus padres rara vez viajaban tan al sur. Se quedaba en la casa en la ciudad de su padre. A menudo, uno de sus muchos hermanos también estaba allí. Ella amaba a sus hermanos. Alasdair, el más joven, tenía su misma edad, veintidós años. Estaba ganando una reputación como rompecorazones. Sembrando su avena salvaje, supuso que muchos lo llamarían. Iba a acompañar a Calum en su viaje al extranjero.

Le gustaba la idea de que Calum tuviera a Alasdair con él. Se protegerían mutuamente y se asegurarían de que ninguno hiciera algo demasiado irresponsable.

Mientras el sirviente la ayudaba a bajar del carruaje, alisó su vestido. Betsy había puesto más cuidado en su atuendo esa mañana. Se negaba a admitir que Calum era la razón por la que había pedido a Betsy que la hiciera lucir lo mejor posible. *Te estás preparando para un desengaño, muchacha.*

Por un lado, Calum se iba de viaje al extranjero y definitivamente no estaba pensando en matrimonio. Y en segundo lugar, se mordió el labio. Podría tener a cualquier mujer que quisiera. ¿Por qué demonios la querría a ella? Nadie más lo hacía.

Pero deberían. Desearla, eso es. Era una buena persona y no era fea, no tan hermosa como Penelope, pero era bonita. Trató de calmar sus nervios mientras era anunciada en la biblioteca. La primera persona que vio fue a Calum, quien se puso de pie para recibirlos.

Sus ojos recorrieron su figura y se iluminaron con... ¿era eso aprobación? "Lord Hampton y Lady Montague, bienvenidos. ¿Puedo presentarles a John Cazenove?"

Su campeón de ajedrez favorito hizo una reverencia sobre su mano y las puntas de sus orejas se enrojecieron cuando ella dijo: "Siempre he querido conocerlo. Su habilidad en el juego es legendaria. Es un privilegio poder verlo jugar."

"He colocado una silla aquí para ti." Calum la acompañó hasta su asiento. "También he pedido un poco de té." Su mano rozó su espalda baja mientras tomaba asiento, y eso le provocó un cosquilleo por la espalda. Él le sonrió como si fuera la mujer más hermosa que había visto.

Era la única mujer allí. *Así es como él sonríe*, se regañó en silencio.

Una vez que estuvo acomodada en una posición que le daba una vista clara del tablero, su hermano se sentó frente a John, mientras Calum se sentaba al lado de John. Como de costumbre, los hombres pronto olvidaron que ella estaba allí.

A medida que las piezas de ajedrez se movían en el tablero, los caballeros se inclinaban, discutiendo sus movimientos estratégicos en tonos bajos y autoritarios. George y Calum estaban

absortos en el juego, escuchando cada jugada de John, analizando maniobras potenciales y contraataques con intensa concentración. Sin embargo, hubo un movimiento que no pudo dejar pasar.

"Disculpen, caballeros, pero ese movimiento expondrá a su alfil y en unas pocas jugadas más será jaque mate."

La cabeza de Cazenove se levantó de golpe, totalmente confundido. Miró entre Calum y George, evidentemente esperando que ellos sugirieran que ella guardara silencio. Calum parecía que iba a disfrutar de esto, y simplemente se recostó y se encogió de hombros hacia Cazenove. El campeón de ajedrez miró a Alice. "El ajedrez es un juego de intelecto y cálculo, más adecuado para las mentes de los hombres," comentó con un aire de molestia apenas disimulado, haciendo un gesto sutil hacia Alice.

Sin embargo, Cazenove quitó los dedos del alfil y se reclinó para revisar el tablero. Después de varios minutos, movió sus dedos hacia el caballo.

Alice, imperturbable por el tono desdeñoso del caballero, se inclinó hacia adelante, con la mirada fija en el tablero. "Si me permiten, caballeros," interrumpió educadamente, "ese movimiento expondrá a su rey a una posible amenaza."

Las cejas de Cazenove se arquearon con evidente incredulidad. Miró a Lady Alice con un toque de condescendencia. "Mi querida dama, el ajedrez requiere una profunda comprensión de la estrategia y la previsión, cualidades no típicamente asociadas con el sexo femenino."

Sin dejarse intimidar por su escepticismo, señaló una casilla en el tablero, explicando su razonamiento con precisión. "Pero, señor, considere la vulnerabilidad que presenta su posición aquí." Lanzó una mirada de disgusto tanto a su hermano como a Calum. ¿Por qué no explicaron por qué estaba allí? ¿Querían ocultar el hecho de que la habían contratado para ayudar a Cazenove? Evidentemente, no se lo habían dicho al hombre. Esto se estaba volviendo ridículo.

La expresión de Cazenove permaneció impasible, aunque un destello de sorpresa cruzó sus rasgos mientras estudiaba el tablero. "Su entusiasmo es encomiable, Lady Alice. Sin embargo, el ajedrez es un juego para mentes perspicaces. Sus opiniones, aunque encantadoras, pueden carecer de la profundidad necesaria para maniobras tan intrincadas."

La ira de Alice estalló y Calum simplemente la disfrutaba. Intentaba ocultar una sonrisa mientras George continuaba estudiando el tablero. Ella se recostó, con su compostura inquebrantable. "Muy bien, señor. Dejo en sus manos la experiencia." Que Cazenove perdiera. Si los hombres no iban a hablar por ella, ¿qué le importaba?

Siguieron jugando hasta que Cazenove hizo otro movimiento que ella consideró tan inferior que no pudo soportarlo más. Chasqueó la lengua y se levantó. “Caballeros, si me disculpan, tengo otras cosas que hacer con mi tiempo que quedarme donde mis opiniones obviamente no son bienvenidas.” Era realmente difícil salir furiosa cuando cojeaba y no podía caminar muy rápido.

Calum la siguió y la llevó a su estudio, cerrando la puerta detrás de él. Ella se dio la vuelta y golpeó su pecho. “Eres tan exasperante. ¿Por qué me trajiste aquí si no le dijiste que estaba aquí para ayudar?”

Calum capturó sus pequeñas manos mientras reía. “No podía decírselo o no habría venido.”

“Bueno, es una pérdida de mi mañana.”

“No, no lo es. Estaba esperando a que expusieras tus jugadas una vez más antes de sugerir que jugara contra ti. Eso probará que puedes igualarlo y él aprenderá a escucharte.”

“O se sentirá humillado y se irá. Entonces perderías la apuesta.”

“Valdría la pena verte ganar,” susurró suavemente, y algo más que una mirada de amistad

apareció en sus ojos y ella apenas podía respirar.

Él seguía sosteniendo sus manos. Ella intentó retirarlas. Estaba demasiado cerca. La mera masculinidad de él la abrumaba. Pero sus manos no se soltaron. En cambio, era consciente de su corazón latiendo rápidamente y de su dedo acariciando la piel expuesta de su muñeca. Él era demasiado guapo para ella... Él era demasiado todo para ella...

Se quedaron allí. Todo lo que podía oír era su respiración. Lo miró y quedó congelada por su mirada ardiente. Cerró los ojos rápidamente y rezó para que él la besara, mientras una parte de ella rezaba para que no lo hiciera. Entonces sintió el suave roce de sus labios sobre los suyos y esta vez rezó para que sus piernas no flaquearan.

El beso tenía una deliciosa presión ligera; lento, erótico e indescriptible, ella simplemente se dejó perder en la magia. La presión de sus labios se intensificó mientras sus brazos la rodeaban. Al abrir sus labios, la lengua de él se deslizó en su boca, creando un anhelo intenso dentro de ella que solo añadía al mareo envolvente que la rodeaba.

Nada del beso tenía sentido. Sin embargo, todo lo que sentía tenía sentido. No podía resistir el poderoso tirón de sentimientos que inundaban su cuerpo. Se apretó en su abrazo y era celestial ser sostenida contra la dureza muscular.

Sus sentidos se despertaron aún más mientras su lengua acariciaba provocativamente la suya, y los sentimientos de deseo que siempre había sentido por Calum volaron libres. Con un suspiro de rendición, Alice se entregó.

En respuesta, su beso solo se profundizó.

Sus manos, todavía atrapadas entre su pecho y el de él, subieron alrededor de su cuello y se hundieron en su cabello grueso y sedoso. Él continuó besándola, avivando las llamas de la pasión con movimientos experimentados de su lengua, conduciendo lentamente, deliciosamente saqueando. *Nunca termines.*

De repente, sus labios desaparecieron y ella fue empujada fuera de su abrazo. Solo entonces escuchó el pestillo de la puerta comenzar a girar.

Se dio la vuelta para recomponerse. Trató desesperadamente de evitar que le temblaran las extremidades.

"Ahí estás," dijo George mientras estaba parado en la puerta. "Bueno, ¿la has convencido para que vuelva y se enfrente a Cazenove en una partida? Logré que aceptara jugar contigo al ofrecerle más dinero. Pero recupero el dinero cuando lo venzas, Alice."

El silencio se prolongó mientras ella trataba de recobrar el juicio. Aún se sentía aturdida, y sus besos la habían dejado anhelando más, pero no tenía idea de por qué la había besado. ¿Era para conseguir que aceptara jugar contra Cazenove? Negó con la cabeza. No. Ella habría hecho eso solo por la emoción, y Calum lo sabría.

Su voz no temblaba cuando Calum respondió a su hermano. "Por supuesto, ella aceptó. Está emocionada y nerviosa por enfrentarse a un jugador tan renombrado," Finalmente se giró para enfrentarlo y encontró su mirada fija en ella, midiendo, mientras se alejaba lentamente de la habitación. Se detuvo y la miró por encima del hombro. "¿Vienes?"

Finalmente, después de un momento, logró que sus piernas obedecieran y caminó hacia donde los dos hombres esperaban en la puerta. Alice soltó un suspiro mientras pasaba rápidamente junto a Calum, precediéndolos de vuelta a la biblioteca y a una partida de ajedrez que ahora tenía que ganar. Podía sentir cómo sus ojos la atravesaban desde atrás y odiaba cómo su cojera se hacía más evidente con cada paso.

Una vez sentada, intentó concentrarse en el juego, pero todo lo que podía ver era a Calum sentado detrás de Cazenove. Él estaba allí tranquilamente, como si no acabara de poner su

mundo patas arriba. Ella, sin embargo, aún temblaba.

Y ahora tenía que intentar vencer a Cazenove mientras todo en lo que podía pensar, o recordar, era el sabor de él.

Comenzó mal, cometiendo varios errores de principiante. Varias veces se sorprendió a sí misma trazando su dedo sobre sus labios y rápidamente colocó sus manos debajo de la mesa en su regazo. Unas horas más tarde, se estaba manteniendo contra Cazenove, pero apenas. Necesitaba descansar.

Cazenove intercambió miradas de entendimiento con su hermano y Calum, afirmando silenciosamente la superioridad de su juego. Sin embargo, a medida que el juego progresaba, quedaba una ligera curiosidad en su expresión, un reconocimiento a regañadientes del potencial de Alice en un dominio que él consideraba exclusivamente suyo.

"Lo lamento, caballeros, pero estoy cansada y deseo detenerme por el día."

Su hermano se levantó de inmediato mientras miraba el reloj sobre la repisa. "Dios mío, estaba tan absorto en el juego que no me di cuenta de lo tarde que es. Se me espera en mi club dentro de poco".

"Puedo acompañar a su hermana a casa, después de llamar un coche de alquiler para Cazenove. ¿Quedamos mañana por la tarde a las tres para continuar la sesión?"

Cazenove se puso de pie y asintió. "Le debo una disculpa a Lady Alice. Está demostrando ser una jugadora muy desafiante. Espero enfrentarme a ella. Ya me enseñó un nuevo movimiento. Con su ayuda, estaremos listos para enfrentar a mi oponente y ganar esta apuesta."

Alice quería protestar. Los hombres estaban organizando su horario como si no tuviera nada mejor que hacer. *No tienes nada mejor que hacer*. Calum debió haber notado su inquietud porque de repente dijo: "¿Le conviene a las tres, Lady Alice?"

Ella resopló. "Tengo una cita por la mañana, pero buscaré acomodar sus requisitos por la tarde." Trató de ignorar el hecho de que no tendría caballeros que la llamasen para acompañarla en el parque.

"Gracias," dijo Calum. "Espere mientras organizo el coche de alquiler para el señor Cazenove."

Su dolorida pierna no le dio muchas opciones.

Una vez que los hombres se fueron, estudió el tablero de ajedrez una vez más. Esta vez realmente podía pensar, porque Calum no estaba allí mirándola. Se concentró en los movimientos que Cazenove había hecho hoy y, como si hubiera sido golpeada por un rayo, pudo ver cuál era su plan de juego. Desafortunadamente, Jacob Sarratt también lo vería. ¿Podría idear un plan que él no viera? Apenas notó el regreso de Calum mientras estudiaba el tablero. Cuando finalmente se recostó, tenía un plan. "Sé cómo vencer a Jacob. O al menos darle a Cazenove una oportunidad. Preferiría probar mi estrategia con Cazenove si me escucha."

"Pareces cansada. Apuesto a que tu pierna dolorida te hizo difícil dormir anoche. Ven, te llevaré a casa. Y no te preocupes, Cazenove escuchará. Me aseguraré de eso."

Estaba cansada y esperaba una noche en casa. Quizás otro baño en su bañera podría aliviar el dolor un poco más.

Cuando descendieron las escaleras, el carruaje de Calum estaba esperando. Él la ayudó a subir y, para su sorpresa, él también entró y tomó el asiento frente a ella. "No necesito que me escoltes. Estoy seguro de que estaré a salvo con tu tigre y cochero para ir a una distancia tan corta como a la vuelta de la esquina."

Calum simplemente la miró durante unos momentos. "Pensé que deberíamos hablar sobre el beso que compartimos antes."

Su rostro se calentó y apartó la mirada de sus ojos inquisitivos. "¿Qué hay que discutir? Fue un error, obviamente." Él no habló, y el silencio se prolongó. Su escrutinio inquisitivo era bastante perturbador, como si ella hubiera hecho algo mal. "Estoy segura de que fue el calor de nuestra discusión y simplemente quisiste calmarme."

Para su sorpresa, Calum se inclinó hacia adelante y levantó una mano para tocar su mejilla. "¿Por qué piensas tan poco de ti misma que no puedes entender por qué un hombre querría besarte? ¿La sociedad ha sido tan cruel contigo?"

Incomodada, Alice retrocedió. "Estoy segura de que no sé a qué te refieres."

Él se recostó en el asiento. "Sospecho que personas como Lady Penelope no han sido amables."

Alice apartó la mirada una vez más, sin querer recordar el acoso y las burlas que recibía de Lady Penelope y sus amigas. "Ya la conozco bien."

"Estoy seguro de que sí, pero no deberías tener que hacerlo. Te das cuenta de que lo hacen por envidia. Eres una de las debutantes más hermosas de esta temporada."

Él piensa que soy hermosa. Su respiración era irregular, ya que no podía evitar mirarlo. Sus ojos irradiaban calor que hacía que sus sentidos se tambalearan, pero para su horror, también compasión. "No necesito que me beses por lástima." El calor subió a su rostro, ya que él no negó su afirmación.

Afortunadamente, ya estaban en casa. Él bajó primero, y ella tuvo que esperar a que la ayudara a bajar del carruaje.

Al entregarla, pronunció su nombre en un susurro ronco mientras inclinaba su cabeza hacia su oído para que solo ella pudiera escuchar. "Si fue un beso solo por lástima, ¿por qué deseo desesperadamente besarte de nuevo?"

Ella vio la verdad en su mirada ardiente, y de repente la noche se volvió más ligera. Pero cuando se apartó, su expresión era enigmática, impenetrable, y su confusión la sumió en un mareo vertiginoso.

"Buena noche, Lady Alice. Hasta mañana," y le besó la mano enguantada y volvió a entrar al carruaje, llamando suavemente: "Que tengas sueños agradables."

Logrando una débil sonrisa, Alice recogió sus faldas y huyó lo más rápido que pudo con una pierna lastimada hacia la seguridad de la casa.

Con George en su club, ella cenó sola, reflexionando sobre por qué Calum estaba mostrando tanto interés en ella. Por primera vez en su vida, había captado la atención de Calum. Algo que solo había soñado.

Ahora que lo tenía, ¿qué quería hacer? En primer lugar, debía asegurarse de si simplemente se estaba divirtiendo en su plan de hacerla popular y encontrarle un marido adecuado, o si había algo más.

Abrazó una sonrisa para sí misma. Cuando él la besó, no tenían ninguna audiencia que impresionar. Parecía que el beso era solo para su placer.

¡Y eso era simplemente emocionante!

Capítulo Siete

A la mañana siguiente, Sarah recogió a Alice y se dirigieron a dar un paseo por el parque en el nuevo barouche de Sarah. Su padre se lo había comprado como regalo de presentación en sociedad. El carruaje en sí estaba ricamente decorado, adornado con intrincadas tallas, detalles ornamentales y pintado en colores intensos. El exterior tenía un tono oscuro, como un verde profundo, acentuado con adornos dorados o plateados. Era un carruaje para ser visto, por eso su padre lo compró. Quería que su hija fuera notada y se casara al final de la temporada.

Al menos George no intentó casarla lo más rápido posible. Alice sentía pena por su amiga, a quien hacían sentir como si fuera una molestia en la casa familiar.

Los caballos que tiraban del barouche eran una parte clave del espectáculo. Eran altivos, bien cuidados y coincidían en color y estatura. Estos caballos habían sido meticulosamente acicalados, sus arneses adornados con herrajes de latón o plata brillante, y sus crines y colas trenzadas o estilizadas elaboradamente.

Los caballos eran magníficas bestias. Su accidente no la había hecho odiar a los caballos. Incluso había alimentado a uno con un pequeño terrón de azúcar mientras esperaba que la ayudaran a subir al barouche.

Mientras el elegante barouche se deslizaba por los sinuosos caminos de Hyde Park, Sarah y Alice se recostaban cómodamente, el suave balanceo del carruaje complementaba su animada conversación.

"¿Oíste hablar del último emparejamiento que se está orquestando entre Lord Everton y la señorita Worthington?" preguntó Sarah, sus ojos brillaban con anticipación por el chisme por desplegarse. Sarah, con sus rizos rebotando mientras el carruaje se movía, se inclinaba ligeramente hacia adelante. "Los rumores sugieren que está prácticamente decidido. Se dice que la dote de la señorita Worthington rivaliza en tamaño con el de la misma mansión."

"Un emparejamiento perfecto, entonces," reflexionó Alice, su mirada se desvió hacia un grupo de personas elegantemente vestidas paseando por el borde del parque. "Ahí está la duquesa de Devonshire, resplandeciente con ese nuevo vestido francés. ¿Has visto algo más divino?" A pesar de tener una cojera y ser una flor solitaria, Alice todavía amaba la moda. Se enorgullecía de sus vestidos y presentación. Siempre intentaba lucir lo mejor posible en caso de que algún hombre decidiera pasar por alto su impedimento.

Sarah siguió la mirada de su amiga, asintiendo en acuerdo. "Exquisito, verdaderamente. Debo preguntarle sobre su modista; los franceses parecen poseer el secreto de una elegancia sin igual."

La conversación cambió sin problemas a las últimas tendencias de la moda, cada dama compartiendo detalles de información obtenidos de varios salones y eventos sociales. Discutieron

los delicados adornos de encaje que adornaban los vestidos más nuevos, el resurgimiento de colores vibrantes y los méritos de varios modistas y sombrereros.

"Y ahí está el lord Harrington con Lady Penelope, ambos a caballo si lo puedes creer," observó Sarah, haciendo un gesto discretamente hacia una pareja que iba montando por el camino de los caballos cercano. "Hacen una pareja bastante llamativa, ¿verdad?"

Alice asintió en acuerdo, mientras esperaba que la pareja no los viera. "En efecto, pero él es su primo segundo. También han estado circulando rumores sobre la correspondencia secreta de Lady Penelope con el vizconde de Wexford. Pero sospecho que solo se conformará con un título mucho más alto." Ay, Dios. Parecía que también podía ser maliciosa. Pero el hecho de que Penelope definitivamente tenía la vista puesta en tanto su hermano, George, como en Calum, la volvía mordaz. Parecía que Penelope quería que todos los caballeros cayeran a sus pies.

¡Y probablemente los conseguiría! Su belleza hacía que muchos pasaran por alto defectos obvios en su personalidad. *No estás celosa de esa mujer horrible.*

"¡Los hombres son patéticos!" exclamó Sarah, llevando la mano a su pecho en un falso shock. "¿Por qué es que una mujer tan maliciosa puede engañarlos tan fácilmente?"

"Eso es fácil. Los hombres solo ven el envase exterior. Una mujer de buena cuna es hermosa y les daría hijos. No hay muchos caballeros que busquen el amor en un matrimonio. Si lo hicieran, ciertamente no querrían a Lady Penelope."

"¿Podemos desviarnos aquí?" Pero era demasiado tarde. Penelope las había visto y se acercó al trote junto a Lord Harrington. "Maldición. Tendremos que detenernos y conversar con ella," suspiró Sarah.

"Buenos días, señoritas. ¿De paseo solas esta mañana?" dijo Penelope con suficiencia.

En otras palabras, no tenían hombres que las invitaran a dar un paseo por el parque. Aunque ella solo estaba aquí con un primo segundo y un vizconde.

"Simplemente un paseo de señoritas. Para ponerse al día con todas las noticias de la temporada," respondió Sarah sonriendo, pero tenía los puños apretados.

"Habría pensado que sería más emocionante montar a caballo." Penelope hizo una pausa para dar efecto. "Pero bueno, siendo Lady Alice una inválida probablemente lo impide." Sarah inhaló bruscamente, pero Alice le agarró el brazo antes de que pudiera protestar en su nombre.

"Podríamos haber montado, pero sabíamos que hablaríamos demasiado," dijo Alice con una sonrisa forzada en su rostro.

"¿Está diciendo que sabe montar?" Penelope preguntó dubitativa.

"Por supuesto. Montar a la amazona no requiere mucha fuerza en mi pierna." Incluso Sarah parecía sorprendida por su declaración.

Penelope frunció el ceño. "Entonces tal vez podríamos ir a montar una mañana. Su hermano podría acompañarnos." Sarah y Alice se miraron. Estaba a punto de responder cuando Calum y George llegaron en dos grandes caballos negros. "Oh, estaba invitando a Alice a montar conmigo mañana, y esperaba que Lord Hampton pudiera unirse a nosotros."

George parecía confundido por la afirmación de Penelope. "¿Un paseo? ¿Con Alice?"

"Acabo de explicarle a Lady Penelope que soy perfectamente capaz de montar."

"Nos preguntábamos porque es una inválida. Estoy seguro de que eso fue lo que dijo Penelope," agregó Lord Harrington sin pensarlo. Penelope se puso roja de ira.

No pasó mucho tiempo antes de que Calum se diera cuenta de que Penelope había provocado a Alice para que admitiera que podía montar. El hecho de que él supiera que ella no había montado desde su accidente hace diez años, debido a la caída que le rompió la pierna tan gravemente, los preocupaba. El hueso se había roto a través de la piel y sin duda tenía una

enorme cicatriz, especialmente porque la herida se infectó.

Doce años atrás, él y George se culparon a sí mismos por saltar la cerca peligrosamente alta, queriendo escapar de su pequeña sombra. No tenían idea de que Alice, de doce años, intentaría seguirlos con consecuencias tan terribles. Afortunadamente, ella había quedado inconsciente por la caída, pero aún podía recordarla gritando mientras le volvían a colocar la pierna y le cosían la herida.

La mirada suplicante de Alice lo llevó a decir: "Desafortunadamente, Lady Alice ha accedido a montar conmigo mañana." Los hombros de Alice se relajaron, pero se quedó en silencio, sin prepararse para decir nada que pudiera agregar a la mentira.

Penelope se sentó, tratando de averiguar cómo podía invitarlos a ambos. George, dándose cuenta del intento galante de Calum de ayudar a Alice, dijo: "Tal vez esté de acuerdo en dar un paseo por el parque conmigo mañana, Lady Penelope."

Alice frunció el ceño y si sus ojos pudieran lanzar dagas, perforarían a Penelope.

"Eso sería encantador. Gracias, Lord Hampton. ¿Debo esperarlo a las diez?"

George asintió con la cabeza.

Lord Harrington parecía aburrido y no le preocupaba en absoluto que la dama con la que cabalgaba por el parque cabalgara mañana con otro hombre. “Zeus aquí necesita una buena carrera."

"Buenos días," y Penelope se alejaba al galope con una gran sonrisa en su rostro.

“Oh, odio a esa mujer,” dijo Sarah. Alice le dio una palmadita en el brazo.

George se volvió hacia Alice. “¿De qué diablos se trató eso? No has montado a caballo desde tu accidente.”

“Ella no preguntó si monto. Insinuó que no podía montar. Podría si quisiera.”

“Pero no quieres. Te aterra estar en un caballo,” dijo su hermano.

“Pero Lady Penelope no tiene que saber eso,” replicó. Se volvió para mirar a Calum. “Aunque aprecio lo que estabas tratando de hacer, ahora has hecho que George tenga que acompañar a Penelope en el parque, y cuando no me vea montando en el parque al menos una vez, pensará que estaba mintiendo.”

“Entonces tendremos que demostrarle que puedes montar.” Él observó cómo el miedo entraba en los ojos de Alice. “Te ayudaré y lo haremos lentamente. Nadie te obligará a montar.” Ella no parecía más contenta. “Ven a mi casa esta tarde, justo antes de la partida de ajedrez y podemos empezar. Sabes que tengo un gran establo en la ciudad y un jardín amurallado muy seguro para practicar. Sin vallas. Te lo prometo.”

“¿Qué tipo de caballos tienes?”

Sarah respondió. “Tengo a Toby en mi establo. Es el pony con el que aprendí a montar. No es muy grande y tiene un temperamento encantador. Puedes tomarlo prestado. Se está aburriendo y necesita un poco de ejercicio. Pediré a Sam, nuestro mozo,” y asintió hacia el hombre que estaba en el estribo del carruaje detrás, “que lo lleve al establo de Lord Skye tan pronto como lleguemos a casa.”

Calum observó a Alice de cerca. ¿Rechazaría la oferta? Entonces, ella enderezó los hombros y pudo decir que realmente quería enfrentar ese miedo. Sospechaba que odiaba tener miedo de montar. De hecho, odiaría tener miedo de cualquier cosa.

“Eso podría funcionar. Gracias, Sarah. Gracias, Calum. Y George, siento haberte puesto en esta situación en la que tienes que ir a montar con Lady Penelope.”

“Estoy seguro de que sobreviviré,” dijo secamente. Pero la mirada que le lanzó a Calum decía que le debía una por esto.

~

Una dama nunca lucía bien con bolsas debajo de los ojos. La falta de sueño de Alice ahora se veía agravada por un estómago revuelto mientras se preparaba para la prueba de equitación de hoy. Calum la había desafiado a enfrentar su miedo. Sabía que estaba aterrorizada de montar, pero la había hecho aceptar frente a testigos.

Sentada en el opulento comedor, con su mirada fija en el fuego crepitante, los recuerdos de aquel fatídico día inundaban su mente. El calor de las llamas no podía disipar el frío que acompañaba el recuerdo de ese incidente aterrador de su infancia.

Trazaba distraídamente la delicada porcelana de su taza de té, transportada de regreso a los vibrantes verdes del verano en su finca familiar, al día en que se atrevió a seguir a su hermano mayor y su amigo mientras corrían por la finca. Había montado a su amada yegua, Primrose.

El recuerdo era vívido: estaba decidida a seguir el ritmo de su hermano. La emoción del viento en su cabello, el retumbar de los cascos contra la tierra blanda, la descarga de adrenalina cuando Primrose saltó el primer seto sin esfuerzo. Pero luego vino el segundo seto, mucho más alto. Recordaba haber escuchado a los jóvenes delante de ella gritándole que no tomara el salto, pero los ignoró, tan atrapada en la alegría de la persecución. De repente, Primrose golpeó el seto y aterrizó torpemente. Alice recordaba volar por el aire y golpear el suelo con un golpe repentino, el chasquido espeluznante del hueso al golpear el suelo en un torbellino de dolor.

Debió haber perdido el conocimiento al principio porque lo siguiente que recordaba era ser transportada en la parte trasera de un carro. Su padre sosteniéndole la mano mientras George y Calum parecían enfermos.

Una agonía abrasadora había desgarrado su pierna, la agudeza de cada respiración añadía a su dolor debido a un par de costillas rotas, mientras yacía allí, desmoronada y rota. La carrera frenética de su hermano, la angustia grabada en los rostros de sus padres, los sonidos distantes de sus propios gritos, todo resonaba en su mente como una melodía inquietante.

Recordaba el viaje de regreso a la mansión, la agonía de cada sacudida en el carruaje mientras la llevaban hacia la casa, el miedo que apretaba su corazón más fuerte con cada momento que pasaba. El médico de la finca, un hombre de habilidad y precisión, había trabajado rápidamente para ajustar el hueso fracturado, pero no lo suficientemente rápido. Perdió la voz de tanto gritar.

El dolor era implacable y la dosificaron con láudano. Recordaba la aguja y el hilo perforando su piel mientras cosían los puntos, la sensación de tirón agudo recordándole su imprudencia.

Miró el reloj en la repisa. Sosteniendo su té, la delicada taza temblaba ligeramente en su mano, un testimonio del impacto persistente de aquel día lejano. Aunque habían pasado años y el hueso había sanado, su pierna era un desastre con una fea cicatriz roja. La herida se había infectado y nunca fue seguro que sobreviviera. Las faldas largas cubrían la deformidad de su piel en la pierna, pero la cojera estaba a la vista de todos.

El recuerdo de ese dolor terrible permanecía grabado en la médula misma de su ser, un recordatorio de las consecuencias de la impetuosidad juvenil. Nunca había vuelto a montar.

Respiró hondo, desterrando los recuerdos a los recovecos de su mente, y volvió a centrar su atención en el presente. Tanto Calum como George seguían culpándose a sí mismos. Por eso eran tan tolerantes con ella.

Es por eso que Calum quería ayudarla a montar de nuevo. Culpa.

Hoy tendría que enfrentarse a sus miedos más profundos y oscuros. Frente a Calum. ¿Podría hacer esto? ¿Tal vez se sentiría mal hoy? Tal vez enviaría sus disculpas y no iría. Pero luego se

perdería la partida de ajedrez y Cazenove realmente la necesitaba.

No podía pensar con claridad, ya que había dormido tan poco. Se frotó la pierna distraídamente.

En el fondo, sabía que quería intentarlo. Le encantaba montar a caballo, y como no podía hacer mucho más en cuanto a actividades, montar a caballo le daría libertad para estar al aire libre. Mezclarse con los demás sin el obstáculo de su cojera.

Capítulo Octavo

Se acordó de su conversación interna mientras estaba de pie en el patio del establo del duque de Galloway con su hijo. Calum estaba tratando de distraerla discutiendo sobre tácticas de ajedrez, pero tan pronto como Toby fue llevado al jardín amurallado, el miedo helado la hizo temblar.

"No está ensillado, ya que sospecho que no vamos a montar hoy. Es solo para que te acostumbres a un caballo o pony hoy." Calum excusó al mozo de cuadra y agarró la brida de Toby. "Empecemos paseando a Toby por el jardín. Es un poni gentil."

Los latidos en su corazón se aliviaron cuando se hizo obvio que Calum no esperaba que ella montara a Toby de inmediato. Salieron a dar unas vueltas por el jardín y pronto ella estaba guiando a Toby sola. Incluso se detuvo y le dio de comer una manzana. A él le gustó la atención y le dio un pequeño empujón con la nariz para que ella se la frotara.

"¿Qué tal si lo monto primero?"

Ella se echó a reír. "¿No es un poco pequeño para ti? Tus piernas podrían golpear el suelo."

Calum simplemente sonrió y se subió al lomo del pony. Tobey apenas gruñó cuando le dijo que caminara. Calum parecía un idiota sobre el pony. Sus piernas no tocaban el suelo, pero estaban cerca. "Gracias."

Él se encogió de hombros. "En parte soy culpable de que tengas miedo."

"No, no lo eres." Ella se cubrió los ojos contra el sol porque, estúpidamente, no había llevado su sombrero. "¿Cómo adivinaste que tenía miedo?"

"Me avergüenza decir que no lo había pensado hasta que en el parque ayer declaraste que podías montar. Me pareció obvio que podías y si no lo hacías, debía ser porque tenías miedo. Solías amar montar y odio que hayas perdido eso."

"Yo también lo odio. ¿Puedo intentarlo?"

Con el rostro lleno de alegría, él desmontó y cuidadosamente la levantó para colocarla en el lomo de Toby. Los nervios casi la vencieron, pero Calum caminaba a su lado, y Toby, como entendiendo su miedo, avanzaba lentamente por el área de césped.

Se detuvieron bajo un gran roble. La sombra era acogedora. "Eso es suficiente por hoy. Además, probablemente necesites algo de refresco antes de que empecemos la partida de ajedrez."

Él la ayudó a desmontar. La levantó de Toby como si pesara menos que una pluma. La sensación de sus fuertes brazos a su alrededor hizo que sus sentidos se desbordaran. La sostuvo más tiempo del necesario y luego la puso suavemente de pie. Aún no se apartó. Sus pechos casi tocaban su pecho. Ella se humedeció los labios y el deseo se reflejó en los ojos de él.

"Gracias por hacer esto por mí. Es muy amable."

Él apartó un rizo de su mejilla. "George y yo deberíamos haber pensado en ayudarte hace mucho tiempo. Debería haber adivinado por qué nunca volviste a montar."

"Probablemente no habría estado lista para intentarlo antes. Los recuerdos han desvanecido un poco, o tal vez solo recuerdo el dolor de manera diferente."

"Lamento que tuvieras que pasar por eso. No deberíamos haberte molestado tanto, y deberíamos haber sabido que intentarías seguirnos sobre un salto peligroso." Le ofreció su brazo y caminaron con Toby de regreso al patio de la caballeriza y se lo entregaron al mozo. Ella acarició su nariz y habló suavemente con Toby, diciéndole que volvería.

Al entrar a la casa, el hermano de Calum, Lord Alasdair, los encontró en el vestíbulo. "Buenos días, Alice. Te ves muy bonita hoy. ¿Está George contigo?"

"No. Supongo que aún está en la cama, considerando la hora a la que llegó a casa." Le dio un beso en la mejilla a Alasdair y la mandíbula de Calum se tensó. Por alguna razón, Alice se mostraba más relajada e informal con su hermano menor y él envidiaba su cercanía. A Calum no le gustaba el beso ni la sonrisa que Alice le dio a su hermano. *¿Por qué?*

"¿Qué haces en compañía de Calum?" preguntó Alasdair.

"Tu hermano amablemente se ha ofrecido a ayudarme a superar mi miedo a montar."

La mirada de Alasdair voló hacia la suya, y era de asombro. "Ya veo." Estaba claro para Calum que no lo veía. "No sabía que teníamos un caballo adecuado en las caballerizas."

"Oh, mi amiga Lady Sarah Abbottsford me ha prestado su pony llamado Toby."

Alasdair levantó una ceja. "¿Y George no está supervisando tus lecciones?"

Calum dio un paso adelante para intervenir en la conversación, especialmente porque la pregunta había alarmado a Alice al pensar de repente en la misma pregunta. "George tenía otros compromisos. Yo estuve feliz de ayudar."

"Sí, he oído que has estado siendo muy útil." Calum entrecerró los ojos a su hermano. Alasdair entendió su estado de ánimo y cambió de tema. "Vi la apuesta de ajedrez en el libro de White's," Alasdair sonrió. "Arriesgado enfrentarte a Sarratt. Cazenove es bueno y juega más a menudo, pero las habilidades estratégicas de Sarratt suelen superar a cualquier oponente. No estoy seguro sobre a quién apoyar."

“Perderás tu dinero si apuestas por Sarratt. George y yo tenemos un arma secreta.”

Alasdair miró a Calum como si fuera un idiota. “Interesante. Cuéntame.”

“Soy yo,” dijo Alice con suficiencia.

Alasdair estalló en carcajadas hasta que se dio cuenta de que nadie más se reía. Su risa se apagó. “¿Hablas en serio?”

Alice frunció la nariz hacia Alasdair. “Si quieres asistir a la sesión de hoy con Cazenove, le mostraré cómo lo dejaré en jaque mate en tres movimientos. Pero, por supuesto, apuesta por Sarratt. Será tu pérdida.” Se volvió hacia Calum. “¿Puedo refrescarme antes de empezar a jugar?”

“Por supuesto. Ya conoces el camino.”

“Con su permiso.”

Los dos hombres la observaron alejarse cojeando.

Su hermano se volvió hacia él. “¿Qué está pasando entre tú y Alice? Hay todo tipo de rumores circulando de que la estás cortejando. ¿Es esto por tu maldito sentido del honor? ¿Todavía te sientes culpable por causarle la lesión?”

¿Era eso? “No. Enterré esa culpa hace muchos años, al darme cuenta de que no podía cambiar lo que sucedió. Esto se trata de asegurarse de que la flor solitaria florezca como una rosa

que los demás de repente noten."

Su hermano le dio un empujón en el pecho. "Me gusta mucho Alice, así que espero que este plan tuyo no salga mal."

"¿Cómo podría?"

Alasdair le lanzó una mirada de decepción. "¿Qué pasa si se convierte en una rosa que ningún hombre quiere cortar? ¿Qué pasa si le das esperanzas y luego se desmoronan? Ella ha aceptado su posición en la sociedad y ahora le estás construyendo un castillo de sueños."

"No dejaré que se lastime."

"No veo cómo puedes evitarlo si ningún hombre da un paso adelante. ¿Qué harás? ¿Casarte con ella tú mismo?"

Eso hizo que sus ojos se encendieran. "Eres condenadamente curioso por algo que no es asunto tuyo, querido hermano." Nunca dañaría a Alice a propósito. *Pero tú y George lo hicieron una vez antes y eso la arruinó...*

"Por el contrario, es asunto mío. Lo hago asunto mío. No la veré lastimada solo porque quieras apaciguar tu culpa juvenil."

"Tal vez planee casarme con ella yo mismo," replicó Calum con altanería.

Alasdair no se sorprendió ante tal idea. Sonrió y asintió. "Eso funcionaría. Ella sería una buena esposa para ti."

¿Por qué sería Alice una buena esposa para Calum? *Y* él no estaba buscando una esposa, ni buena ni mala. Pero la idea de casarse con Alice no le parecía tan aterradora. Eso en sí mismo era aterrador. No quería casarse todavía. Tenía un año de libertad para disfrutar antes de que el deber tomara el control. Entonces, y solo entonces, se casaría. *Tal vez un compromiso largo...*

Alasdair se dispuso a pasar junto a él. "O podría casarme con ella yo. Tiene una gran dote y es bastante atractiva. Una buena pareja para un tercer hijo."

La mano de Calum se extendió y agarró el brazo de su hermano. "No es gracioso. Dejarás en paz a Lady Alice."

Los ojos de Alasdair se llenaron de diversión. "Pensé que encontrar un marido para Alice era de lo que se trataba este espectáculo de favoritismo en la alta sociedad. ¿Estás diciendo que no soy lo suficientemente bueno para Alice? Si es así, lo tomaría como un grave insulto."

Su mano dejó el brazo de su hermano y Calum dio un paso atrás. Alasdair estaba bromeando. Hizo que su expresión se volviera impasible. "Serías una elección perfecta para Alice. Serías un buen marido para ella. Te pondré en mi lista de opciones aceptables. ¿Tal vez deberías encargarte de ayudar a Alice a superar su miedo a montar?"

Con un movimiento de cabeza, Alasdair dijo, mientras comenzaba a subir las escaleras, "Gracias por la advertencia anticipada sobre la partida de ajedrez. Ganaré bastante dinero cuando apoye a Cazenove. Dejaré las lecciones de equitación de Lady Alice a ti." Se detuvo en las escaleras y miró hacia abajo. "¿Pero sabes algo? Puedes ponerme en la lista de potenciales maridos. Cuanto más pienso en su situación y en la mía, más creo que podríamos hacer una buena pareja." Y su hermano continuó subiendo con una risita.

Calum quería golpear algo. Preferiblemente la cara engreída de su hermano. Maldijo en voz baja. ¿Por qué la idea de que Alasdair y Alice se casaran le causaba tanto malestar? Alasdair tenía razón. La pareja sería un buen partido. No sabía por qué no lo había pensado antes. Se gustaban y eran buenos amigos.

Pero al ver a su hermano desaparecer en la biblioteca, supo en el fondo de su corazón que no podía vivir con Alice como su cuñada. Tal vez hubiera superado esta fascinación inesperada por ella si no fuera por el beso durante la partida de ajedrez. Todavía podía sentir la suavidad de sus

labios y el dulce sabor. De repente, Lady Alice era todo en lo que podía pensar.

Era un soplo de aire fresco. Sin artificios cuando estaba con él. Sin artimañas femeninas para coquetear y seducir. El hecho de que pudiera relajarse y ser él mismo a su alrededor era liberador. No tenía que preocuparse por motivos ocultos o trampas. No con Alice.

Una ceja se frunció en su rostro mientras se dirigía a la biblioteca. Si sus 'sentimientos'—cómo odiaba esa palabra, parecía tan débil. Los sentimientos no eran débiles. Tenían el poder de hacer que un hombre sintiera que había llegado al cielo o caído en los abismos del infierno. Si sus sentimientos habían pasado de verla como una hermana a algo bastante diferente, ¿habían cambiado también los de Alice? No parecía haberle importado el beso. Estaba confundida, pero no ofendida. De hecho, más bien pensaba que le había gustado el beso. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

Cazenove aún no había llegado, pero Calum también tenía hambre—y no solo de comida. Pensó en disfrutar de los refrigerios que había organizado para Alice. Y quizás conseguir estar a solas con Alice antes de que Cazenove llegara. Otro sabor de esos dulces labios le llamaba. Casi estaba silbando mientras subía las escaleras.

Alice debería haber aprendido ya que no se escucha nada bueno cuando se escucha a escondidas. Muchas veces había encontrado una conversación y escuchado lo que otros decían sobre ella y su deformidad.

Sin embargo, había empezado a bajar las escaleras para pedir que se enviara una nota de agradecimiento a Sarah. *"Serías una elección perfecta para Alice. Serías un buen esposo para ella. Te pondré en mi lista de opciones aceptables…"*

Cualquier esperanza de que su beso significara algo para Calum se desvaneció en lo profundo de su pecho. Las lágrimas brotaron mientras volvía a subir las escaleras. Calum ni siquiera dudó en sugerir que ella y Alasdair se casaran. Debía haber estado jugando con ella o tal vez tratando de aumentar su confianza. Su demostración de afecto no era más que un beso de lástima.

Se limpió las lágrimas de las mejillas con rabia mientras se ocultaba en el hueco de la escalera. Las grandes ventanas enmarcadas daban al jardín trasero. Las flores se veían hermosas y recordó instantáneamente la alegría del paseo en Toby. No había manera de que permitiera que Calum la ayudara a montar de nuevo ahora. No quería la lástima de ningún hombre.

Con un suspiro, se limpió la cara, se dio la vuelta y entró en la biblioteca, solo para encontrar a Alasdair adentro. No quería enfrentarlo, y mucho menos hablar con él, después de lo que había escuchado.

"Espero que no le importe, Lady Alice. Pensé en sentarme a ver su partida con Cazenove."

"Solo quiere ver por quién apostar."

Él sonrió. "Un hermano mayor es útil a veces. Además, un simple tercer hijo necesita abrirse camino en este mundo. Cada guinea cuenta."

Alasdair, con una sonrisa firmemente plantada en su rostro, era un espectáculo—tan apuesto como el pecado. Siempre le había gustado y tenían una amistad fácil, pero la idea de casarse con él la enfriaba. No le hacía palpitar el corazón como lo hacía una sola mirada de Calum. ¿Cómo podría considerar a Alasdair como esposo cuando deseaba a su hermano?

"Entonces, apostaría por Cazenove. Sarratt no verá venir mi jugada."

La sonrisa de Alasdair se desvaneció y se dejó caer en una silla. Se sentó estudiándola y ella podía sentir su rostro calentarse. "Sabe, hice una broma antes con Calum sobre quizás pedir su mano. Pero empiezo a pensar que debería considerar seriamente tal arreglo."

Sus manos se cerraron en puños. "Por muy halagadora que sea esa declaración, no estoy buscando un arreglo. Con nadie."

“Vamos, ahora. ¿Acaso no está sugiriendo que quiere un matrimonio por amor?”

Su rostro debía estar escarlata. “¿Está diciendo que, por tener una cojera, soy incapaz de ser amada?”

Él parecía horrorizado. “Absolutamente no.” Se enderezó. “No. Eso no es lo que quise decir. Solo quiero decir, ¿quién en la alta sociedad se casa por amor?”

Antes de que ella pudiera responder, llegó Calum. Miró a Alice y se volvió hacia Alasdair. “¿Qué le has estado diciendo a Lady Alice?”

Alasdair se levantó. “Si debes saberlo, estaba explorando la idea de cortejar a Alice, pero parece que ella busca el amor.”

El calor se elevó más cuando ella, a regañadientes, encontró la mirada de Calum. ¿Qué pensaría él?

“Si eso es lo que ella quiere, entonces debería tenerlo.” Su boca, junto con la de Alasdair, se abrió ante su respuesta. “¿Hay alguien a quien prefiera?” añadió, con un encantador aire de diversión en sus ojos azul océano. Ella casi extendió la mano para trazar la cicatriz en su barbilla. Él se había tropezado con el rastrillo, tratando de ponerse la ropa cuando ella lo espió en el granero con las lecheras. Se había abierto la barbilla. Todavía recordaba haber llorado, pensando que se desangraría.

¿Podría él darse cuenta de que había estado teniendo pensamientos lujuriosos sobre él durante años? ¿Que ya estaba enamorada de él?

“Bueno, si los caballeros dejan de chismorrear como un par de señoritas, me gustaría concentrarme en la partida,” y se acomodó en la silla frente a las piezas negras de mármol. Incluso con la vergüenza de ser tratada como mercancía por dos hombres que consideraba amigos, la emoción recorrió su cuerpo mientras estudiaba el tablero y sabía que podía ganar.

Antes de que se pudiera hacer más comentario, llegó Cazenove y el juego pronto se puso en marcha.

Capítulo Nueve

¿P*odría Alice estar más acalorada?* Las damas no sudaban, pero ella estaba demostrando lo contrario. Podía sentir el líquido corriendo por su espalda. Su abanico no dejaba de moverse. El baile de esta noche en casa de Lady Summerton había atraído a una multitud. La noche era inusualmente cálida para finales de abril. La primavera había llegado temprano este año. ¿Por qué las puertas francesas hacia la terraza seguían cerradas? Con la cantidad de cuerpos sin lavar y el baile... bueno, una dama realmente necesitaba su abanico. Y quizás una pinza para la nariz.

Para Alice, era doblemente incómodo porque George había permitido una vez más que Calum la acompañara, y las lenguas no dejaban de murmurar. Odiaba la hipocresía de todo eso. Calum estaba interpretando un papel y demasiadas personas empezaban a creer que sus intenciones eran serias. Ella terminaría pareciendo una tonta aún mayor y no necesitaba más desprecio por parte de la alta sociedad.

La flor y nata de la sociedad estaba allí esa noche, y la habían empujado y golpeado, y su pierna ya estaba doliendo. Un empujón más y terminaría en el suelo. Calum había tratado de protegerla tanto como podía, pero había recibido tantas invitaciones para bailar que su pierna necesitaba un descanso. Calum también tenía que bailar. Había bailado con Lady Penelope y qué espectáculo fue. Hacían una pareja impresionante, pero Alice entendía la fealdad que se escondía bajo la piel de Penelope. Sorprendentemente, esa noche Penelope había sido amable con Alice. Muy amable, de hecho. ¡Le puso los pelos de punta!

Pero ver a Calum rodeado por un grupo de bellezas risueñas era demasiado desalentador. Usando el salón de descanso como excusa, Alice logró escabullirse. Había decidido esconderse por el resto del baile. Tenía que detener esta tontería porque ella era la única que saldría herida. *Ya estás herida. Calum no está interesado en ti.*

Al llegar a la adultez, pensaba que había desarrollado una piel gruesa. No se consideraba inadecuada o inferior solo por su pierna dañada. Sin embargo, aún dolía cuando otros se deleitaban en señalar su deformidad. Además, solo ella y su doncella sabían lo fea que se veía su pierna. La piel arrugada y la cicatriz roja e irregular no eran una vista agradable. Incluso ella odiaba mirarla. La idea de mostrársela a un hombre, y mucho menos a Calum, le hacía retorcer el estómago.

No había razón para quedarse. Debería simplemente alegar un dolor de cabeza e irse a casa, pero entonces Calum haría un escándalo y llamaría más atención sobre ellos. Así que hizo su truco habitual.

Después de años de ser atormentada en los bailes, Alice sabía que había un lugar donde nadie

la encontraría. Se dirigió al piso superior, a la guardería. Los hijos de Lady Summerton hacía tiempo que se habían ido de la casa y estaría vacía.

Le encantaba sentarse en la mecedora, imaginando cómo sería tener a su bebé en brazos. Antes de esta tonta intervención de Calum, pensaba que casarse y tener un hijo propio era un mero sueño. Cualquier hombre que pudiera proponerle matrimonio lo haría por las conexiones y su dote, y esa no era una razón suficiente para casarse, no para ella. Ni siquiera para tener un hijo. Lo había comprendido cuando Lord Fenchurch intentó seducirla y George rápidamente determinó que era porque necesitaba dinero. George le había preguntado si quería un matrimonio así, y fue un rotundo no.

El músculo dañado de su pierna apenas comenzaba a relajarse y descontracturarse cuando, para su sorpresa, llegó un lacayo.

“Lady Alice, perdón por la intrusión, pero Lord Calum ha sufrido un desmayo y está pidiendo por usted.”

Olvidando el dolor en su pierna, Alice saltó de su asiento. “¿Dónde está?”

“Lady Summerton lo ha puesto en la sala verde. La llevaré.”

Alice cojeó detrás de él lo más rápido que pudo.

Calum se pasó la mano por el pelo por décima vez. No lograba encontrar a Alice en ningún lado del salón de baile. Era responsable de ella y si algo le había pasado... Su pulso comenzó a acelerarse con solo pensarlo. Ella estaba en peligro.

“Dime, viejo amigo, ¿qué te pone esa expresión en la cara?” preguntó Lord Rossmore.

“¿Has visto a Lady Alice? Lleva desaparecida más de una hora.”

“No puedo decir que la haya visto.”

“Tal vez esté sentada descansando,” murmuró Calum para sí mismo. Su pierna estaría dolorida por tanto bailar. Sin esperar respuesta, llamó a un lacayo que pasaba. “¿Hay algún salón destinado para que las damas descansen? No logro encontrar a Lady Alice.”

El hombre respondió, “Oh, tengo una nota de Lady Alice...”

“Será para mí,” y Calum tomó la nota. La leyó y salió corriendo, sin escuchar al lacayo decir, “Pero la nota es para Lord Fenchurch.” Y corrió tras él.

Calum conocía el camino a la sala verde porque la había usado una vez antes. Se sabía que era el lugar de "encuentros discretos" en casa de los Summerton. De hecho, era la sala de billar de Lord Summerton.

El lacayo lo alcanzó en la puerta. “La nota es para Lord Fenchurch.”

Eso hizo que la sangre de Calum se helara. Alice despreciaba a Fenchurch. ¿Alguien estaba tratando de arruinar a Alice? Si la encuentran aquí con Fenchurch... Abrió la puerta, pero la habitación estaba vacía. Respiró aliviado.

Se volvió hacia el lacayo. “Gracias. Si me disculpa, esperaré aquí a la dama.”

“Como desee, mi lord. ¿Le aviso a Lord Fenchurch?”

“No. Hablaré con él después.” No habría mucho que hablar, más bien golpear, y lo retaría si no le gustaban las respuestas del hombre. Tomó asiento cerca de la ventana y no pasaron más de unos minutos antes de que la puerta se abriera de golpe y una Alice muy angustiada entrara cojeando. Le echó una mirada y se desplomó en el suelo, jadeando. “Me dijeron que habías tenido un desmayo.”

“¿En serio? ¿Y quién te lo dijo?”

Ella miró detrás de ella, y una expresión de desconcierto apareció en su rostro. “Pero él estaba justo detrás de mí...” Se volvió a mirar a Calum. “Un lacayo me dijo que preguntabas por

mí porque no te sentías bien.” Calum no parecía contento de verla. De hecho, parecía furioso. “¿Qué *está* pasando? ¿No te sientes mal?”

Calum negó con la cabeza. “Lo discutiremos de camino a casa. Es hora de irnos.”

Ella seguía sentada en el suelo. Su pierna dolía y no había recuperado el aliento. Se había asustado al pensar que él no se encontraba bien. “¿Puedo descansar un momento, por favor?”

Calum cruzó la habitación y la levantó en sus brazos. “No podemos ser descubiertos juntos en esta habitación.”

Una arruga se formó en su bonito rostro. “¿Descubiertos? ¿Qué está pasando?”

“Yo iba a hacer la misma pregunta...” pero las palabras de Lady Penelope casi terminaron en un grito. Lady Penelope, Lady Summerton y sus amigas estaban en la puerta. Un murmullo colectivo y varios jadeos llenaron el aire.

Alice tardó unos momentos en darse cuenta de la situación escandalosa que se estaba desarrollando. Estaba completamente arruinada. Estaba en brazos de Calum, en una sala de billar, sin compañía y se veía sonrojada y sin aliento. ¿Qué estarían pensando todos?

“Oh, gracias a Dios que están aquí, Lady Summerton. Mi prometida ha tenido un desmayo y estábamos descansando aquí mientras esperábamos al médico que he llamado. Ha tardado demasiado, así que creo que llevaré a Lady Alice a casa y lo esperaré allí. ¿Podría organizar que traigan mi carruaje?”

Alice se quedó inmóvil en sus brazos y sus ojos se fijaron en su apuesto rostro. *¿Había dicho prometida?*

“¿Está comprometido?” siseó Lady Penelope.

“Sí, haremos el anuncio mañana. Estoy encantado de que Lady Alice haya aceptado convertirse en mi marquesa.”

La cabeza de Alice realmente comenzó a dar vueltas. ¿Qué estaba diciendo Calum? ¿Cómo iba a retractarse de todo esto mañana?

Lady Summerton dio un paso adelante. “Felicidades, mi lord. He enviado al lacayo a organizar su carruaje. Tal vez puedan esperar en el salón hasta que esté listo. Déjeme despejar a todos y luego será más seguro llevar a Lady Alice escaleras abajo.” Y se volvió y, notablemente, logró enviar a su audiencia de regreso al salón de baile. La mayoría de ellos no podían esperar para difundir el chisme.

Alice apartó la cabeza de la mirada asesina de Penélope y la escondió contra el duro pecho de Calum mientras bajaban las escaleras. Llegó el carruaje y él la cargó a pesar de que ella insistió en intentar caminar. Pronto se instalaron en el carruaje de Calum y se quedaron solos. Se sentó frente a ella, sumido en sus pensamientos.

“¿Qué acaba de pasar?”

Calum no la miró cuando respondió. "Parece que te tendieron una trampa para hacerte comprometer."

"¿A mí? Pero también te ha afectado a ti."

Luego se giró para mirarla. "Se suponía que no debía estar allí. Intercepté una nota, supuestamente tuya para lord Fenchurch.”

Ella jadeó. "Nunca le envié una nota a ese hombre."

"Lo sé. Creo que Lady Penelope lo hizo. ¿Cómo supo que debía aparecer en la sala verde en ese momento con lady Summerton y sus amigas? Esperaba encontrarte con Fenchurch.”

Alice gruñó. "Esa bruja. Le arrancaré los ojos. Quería verme arruinada y casada con ese hombre horrible, para poder casarse contigo. Ella se echó a reír. "Como si alguna vez pensaras en casarte conmigo."

"Bueno, es un punto discutible. Tendremos que casarnos ahora."

Honestamente, no estaba bromeando, se dio cuenta, estupefacta de asombro. No podría haberla sorprendido más que si hubiera atrapado una estrella para ella. Abrió los labios para hablar, pero no salió nada. Por primera vez se quedó sin palabras.

“Por favor, contén tu entusiasmo,” pronunció Calum. "No todos los días te comprometes."

Su mundo se inclinó y tembló. No podía casarse con Calum sabiendo que él no tenía más sentimientos que el afecto fraternal hacia ella. Tragó saliva, esforzándose por recuperar la cordura. "¿No podemos simplemente esperar a que los chismes se disipen y entonces podríamos... ¿Cancelarlo?"

“¿Cómo puedes pedirme eso? No puedo cancelar el compromiso honorablemente. Para empezar, estarías completamente arruinada. Y si lo desmentimos, aún estarías completamente arruinada. Nos sorprendieron a solas, contigo en mis brazos, como si acabara de pasar la última hora despojándote de tu honor. Ningún otro hombre consideraría casarse contigo, o al menos ningún hombre que quisieras como esposo. Ciertamente ningún caballero.”

Ella se mordió el labio y reflexionó sobre todo lo que estaba diciendo, tratando de encontrar una salida. No había ninguna, excepto, “Tanto tú como yo sabemos que no podría ser una duquesa, ni hablar de ser tu duquesa.”

Calum miró fijamente a Alice. “No sé nada de eso. Eres hermosa. Tienes una gran dote. El linaje de tu familia es impecable. Nuestras familias ya son cercanas. Eres inteligente, amable y tienes sentido del humor. Todas las cualidades que encuentro extraordinariamente atractivas en una esposa.”

Él piensa que soy hermosa. Escuchó eso y apenas escuchó algo más. Se sacudió del ensueño cuando esas palabras le vinieron a la mente. “Pero tú no estabas pensando en casarte.”

Él inclinó la cabeza para mirarla de pies a cabeza. “Lo admito, esto arruina mis planes. Pero siempre iba a tener que casarme. Los herederos, ¿ya sabes?, son un requisito de mi papel como duque.”

Imaginar cómo se harían esos herederos enviaba calor a cada extremidad. Mientras que la idea de compartir una cama con Calum enviaba partes iguales de miedo y emoción a través de ella, la idea de estar casada con un hombre que no la amaba como ella lo amaba a él, era como si alguien le hubiera tirado un cubo de hielo sobre la cabeza. Tenía que hacerle ver que este matrimonio no funcionaría. No debería tener que caer en su espada porque una bruja como Lady Penelope quisiera destruirla. Era poco probable que se casara de todos modos. Calum alejándose realmente no cambiaría su futuro en absoluto. Ya estaba al margen de la sociedad.

Apelaría a su lado sensato. “George mencionó que ibas a hacer tu viaje continental. Doce meses de libertad antes de establecerte en tu futuro. ¿No podríamos tener un compromiso largo y luego lo cancelo?”

Calum sintió un claro atisbo de exasperación. ¿Por qué estaba luchando ella contra esto? Si su padre escuchara sobre este escándalo y pensara que no estaba actuando honorablemente, su oportunidad de hacer un viaje desaparecería por la chimenea más cercana.

Lo que realmente le molestaba era la idea de que Alice no estuviera enamorada de un matrimonio con él. Pero entonces, ¿por qué debería sorprenderse? Una de las razones por las que la encontraba interesante era que probablemente era la única dama dentro del Beau monde que no quería ser su duquesa.

“Todavía puedo hacer mi viaje, pero después de que nos casemos. Podrías venir y ser parte de él, una luna de miel, por así decirlo.” ¿Qué demonios? Acaba de invitarla a su viaje de una vez en la vida. *Bueno, acababa de decir que se casarían. Ella sería su esposa.*

Las lágrimas le llenaron los ojos. Odiaba cuando las mujeres lloraban y especialmente una tan fuerte como Alice. “Lo siento,” susurró.

Se acercó para sentarse en el cojín junto a ella. Le levantó el mentón para poder mirarla a esos ojos verdes brillantes. “Esto no es culpa tuya.”

“Sí lo es. Si no hubieras decidido ayudarme a encontrar un esposo, Penelope no habría intentado arruinarme e inadvertidamente arruinarte a ti también.”

Él se inclinó y presionó sus labios contra los suyos, y eso la hizo reaccionar. Bien. Ella se sentó hacia atrás y suspiró. Él le preguntó en voz baja, “¿Cómo demonios *estoy* arruinado?”

“Podrías casarte con cualquier mujer que quisieras. Esa elección se te ha quitado.”

“Cierto. Sin embargo, estoy bastante contento.”

Siendo aún un hombre joven, nunca había querido estar atado a solo una mujer. Quería su libertad y aventura. En unos años, después de acostarse con muchas mujeres hermosas, se establecería con su diamante de la sociedad y haría su deber.

Pero solo ahora estaba empezando a darse cuenta de que no quería estar encerrado en una unión tediosa, insípida y sin pasión para continuar su línea ilustre. Podría ser que acabara de encontrar su diamante de la sociedad. Ella estaba sentada justo a su lado.

“Tenemos una ventaja sobre la mayoría. Somos amigos y hay deseo entre nosotros.”

Ella sacudió la cabeza y le empujó el pecho a medias con su delicada y pequeña mano.

Decidido a demostrar que sus palabras no eran falsas, la levantó del cojín y la arrastró a su regazo, apretándola contra su pecho. Le pasó el dedo por la mejilla, deteniéndose en su cuello. Dejó reposar el dedo. “Puedo sentir tu pulso latiendo tan fuerte. Que mi dulzura es el deseo. Te afecto." Le cogió la mano y se la llevó a la ingle. "Al igual que tú me afectas. Eso es deseo y pasión. Nuestros cuerpos no pueden negar la verdad."

Entonces bajó sus labios a los suyos y le mostró lo hermosa que podía ser la pasión. Ella dudó por un momento antes de que su dulce boca se abriera bajo la suya. Su lengua entró como un héroe conquistador. Ella se derritió en su abrazo. El beso creció y creció, y él la quería más de lo que había querido cualquier cosa en su vida. Y rara vez se le negaba.

Además, ella sería su esposa.

Él guio a Alice para que se sentara sobre sus rodillas. Ella no dijo una palabra, simplemente levantó una ceja. "Desata mi corbata," instruyó él. Ella tuvo problemas, así que al final la ayudó. Lanzó la corbata al asiento de enfrente. Luego abrió su camisa. "Pon tus manos en mi pecho." Sus manos se elevaron tan rápido que apenas parpadeó. No tuvo que instruirla más. La sensación de sus pequeñas manos sin guantes en su piel hizo que él reprimiera un gemido. Mientras ella estaba distraída, Calum deslizó su mano hasta el escote de su vestido. Fue necesario un pequeño tirón para hacer que sus pechos se liberaran, sostenidos firmes y erguidos por su corsé.

Su mirada voló hacia él. "Lo justo es justo." Y la sonrisa sensual que le envió le hizo estremecer.

Él arrastró los dedos sobre los encantadores montículos y rozó suavemente sus pezones. Los botones de color rosa se pusieron tensos, rogando por sus atenciones. Ella imitó sus movimientos con sus pezones. Era una aprendiz rápida.

Ella inhaló temblorosa cuando él acunó su plenitud, sosteniendo el peso en sus palmas. Quería escucharla gritar su nombre. Él amasó suavemente la carne suave. Su respiración era superficial cuando él circuló las cimas con sus pulgares. Tan receptiva. Se detuvo en las crestas hinchadas, enseñándole sobre el poder de la anticipación. Finalmente, le dio lo que necesitaba y pellizcó los brotes tensos.

Sabía que estaba excitada, no solo por sus gemidos, sino por la forma en que se retorcía

mientras estaba sentada sobre él. Sus manos habían bajado, y lo estaba acariciando a través de sus calzones.

No pudo contenerse. Se inclinó y tomó un pezón en su boca, y succionó. Pasó su lengua alrededor en círculos eróticos lentos, lamiendo con cuidado tierno. Sus gemidos lo hicieron endurecerse aún más.

"He soñado con hacer esto desde nuestro beso," murmuró, finalmente moviendo su boca a su otro pezón. "Probarte es como probar el cielo." Ella gimió y se aferró a sus hombros.

"Quiero más," susurró en su oído mientras lo apretaba con más fuerza. Casi se derrama en sus pantalones. Su cuerpo ágil y flexible estaba listo para su toque, incluso ansioso. Se sentía como si perteneciera a sus brazos. Su piel caliente bajo sus manos y boca lo estaba volviendo loco. Su erección latía, rígida e hinchada de necesidad.

"A veces, la anticipación es tan buena como el evento."

Ella no entendió completamente lo que quería decir. "¿Puedo sentirte?" y sin esperar una respuesta, buscó la apertura de sus calzones. Cuando finalmente lo liberó y lo sostuvo en su mano, él cerró los ojos y la besó con fuerza. El contacto envió una oleada de deseo que atravesó a Calum, puramente masculino, primitivo y urgente.

Sus manos recogieron sus faldas y barrieron su pierna. Se tensó cuando su mano se movió sobre la piel arrugada. Un día, le demostraría que no le importaba, pero no esta noche. No tenían mucho tiempo antes de llegar a su casa, y quería demostrar cuán compatibles eran.

Sus manos se deslizaron más alto a lo largo de su muslo y Alice inhaló bruscamente. Rompió el beso y miró su mirada ardiente mientras sus dedos se deslizaban entre sus pliegues húmedos. Esta vez, fue ella quien cerró los ojos y gimió. Movió sus caderas más cerca de sus dedos en búsqueda de alivio.

Él encontró sus labios nuevamente, penetrando en su boca al ritmo de sus dedos dentro de su cuerpo. Su mano atrapó el ritmo y ella movió su mano sobre él. Su respuesta era urgente y necesitada. Abrió la boca para él, dejándolo arrasar y reclamar mientras el placer se elevaba.

Ella se retorció contra su mano, arqueándose en sus brazos. El deseo corría por él como un incendio forestal mientras sus jadeos entrecortados llenaban sus oídos. Quería tumbarla en este asiento y conducirse dentro de ella, hundiéndose fuerte y profundo. Estaba tan resbaladiza e hinchada y tan increíblemente apretada y caliente. Su pecho se apretaba mientras su pene latía dolorosamente ante la imagen de hacerla suya para siempre.

Alice sentía como si su mundo estuviera en llamas. Sus dedos eran como varitas mágicas, haciendo que sus caderas buscaran algún alivio sin nombre. Su miembro viril era sedoso y duro como una roca en su mano y ella se sentía poderosa al ver el deseo que creaba.

Jadeando y ruborizada, febril con una tormenta de calor que se elevaba para consumirla, dejó que sus instintos tomaran el control. Voló libre y se arqueó convulsivamente mientras el mundo daba vueltas a su alrededor, provocando un grito salvaje de abandono que coincidía con uno de Calum. Sintió en lugar de ver que él también había encontrado su liberación, mientras el líquido cálido se derramaba sobre los dedos.

Se desplomó contra su pecho desnudo, deleitándose en el latido rápido bajo su oreja. Sus pechos subían y bajaban contra su pecho desnudo mientras trataba de revivir la explosión sensual que su cuerpo acababa de experimentar.

Sacó su pañuelo para limpiarlos a ambos. "Eso, mi querida, es pasión. Creo que estamos bien emparejados. Deberías casarte conmigo. Tendremos una vida maravillosa juntos."

Ella escondió su rostro contra su pecho. Tenía razón, pero el deseo no significaba amor. Esta experiencia sensual era tan fuera de este mundo para ella, estaba segura, porque lo amaba. Nunca

podría imaginarse permitir que ningún otro hombre le hiciera eso, sin embargo, hombres como Calum dormían con varias mujeres.

Los hombres no confundían el amor con el deseo y la pasión. Tampoco lo haría ella.

"¿Tienes una amante?" Las palabras salieron antes de que tuviera la oportunidad de pensar.

Él levantó su rostro para que tuviera que mirarlo a los ojos. "No. No tengo una amante."

"¿Alguna vez has tenido una?"

Esta vez fue Calum quien apartó la mirada. "A veces. Pero si me caso, no habrá amantes." Vaciló. "¿Es esa tu objeción a este matrimonio?"

Sin amor, ¿cómo iba a evitar que buscara a otras mujeres? Pero no era su única objeción. Él no la amaba.

Él interpretó su silencio como aceptación. La abrazó con fuerza. "Cariño, tendremos un excelente matrimonio. Confía en mí." Probablemente le convendría, es cierto. Pero ella no estaba segura. Tal vez el amor llegaría. Pero ¿y si no lo hacía? O peor aún, si encontraba a alguien a quien pudiera amar.

Alice se apartó de su abrazo y suspiró. "La confianza no se gana fácilmente y se pierde con frecuencia."

"Nunca te haría daño deliberadamente."

"Lo sé," y lo sabía. Él nunca la lastimaría a sabiendas, pero sin saberlo... Si no comprendía la profundidad de sus sentimientos... Su corazón era un órgano frágil cuando se trataba de Calum. El dolor de ver a otras mujeres coquetear con él y la atención que les prestaba a las bellezas de la alta sociedad...

"Permíteme ayudarte a arreglar tu ropa. Casi llegamos a casa. Deberías subir a la cama mientras hablo con George."

Ella se apartó de él, cubriendo rápidamente su pierna marcada que él había descubierto en su pasión. "George podría no estar en casa por horas. ¿Por qué no vuelves por la mañana?"

Quería hablar primero con George. Ver si su hermano tenía otra solución.

"No, esperaré. Quiero hablar con él de inmediato. Necesitamos ver cómo controlar el daño."

Capítulo Diez

Calum observó a Alice mientras cojeaba subiendo las escaleras hacia la cama. La irritación se agitaba por su evidente falta de entusiasmo por este matrimonio y no tenía idea de por qué. ¿Estaba enamorada de otro? ¿Prefería a su hermano? ¿De dónde había salido ese pensamiento? No le gustaba la opresión en su pecho.

Su pregunta sobre una amante lo tomó por sorpresa. Había tenido amantes, pero la pasión que sentía por Alice, y su respuesta innata, le hacía estar bastante seguro de que no necesitaría los servicios de otra mujer. Quería un matrimonio feliz.

Sus padres no estaban enamorados cuando se casaron, pero se llevaban bien y era una familia feliz. Quería lo mismo. Alice encajaría bien.

Eso le recordó que debía escribir y contarles la buena noticia. No llegarían a Londres a tiempo para esta boda rápida, pero tendrían otra en la finca familiar más adelante.

La puerta principal se abrió detrás de él y entró George. Por la expresión en su rostro, había escuchado la noticia. "Debería atravesarte. O pistolas al amanecer, pero eso no ayudará a mi hermana."

"Baja la voz. Alice escuchará y la molestará. Este no es el lugar para tener esta conversación," y sin darle opción alguna, subió las escaleras hacia el estudio de su mejor amigo y esperaba que le permitiera a Calum explicarse antes de atravesarlo con su espada.

Con maldiciones que harían sonrojar a un marinero, George lo siguió de cerca. Tan pronto como la puerta del estudio se cerró detrás de George, Calum se giró y aunque lo esperaba, el puño que le golpeó la mejilla le dolió de verdad. Lo hizo caer al suelo.

"¿Te sientes mejor ahora?" preguntó, levantándose. "Y antes de que vuelvas a golpearme y te hagas aún más el tonto, no seduje a Alice, ni ella a mí."

George caminó de un lado a otro hacia sus decantadores de licor y les sirvió a ambos una bebida. "Entonces, ¿qué demonios… cómo terminaste en *su* sala de billar, de todos los lugares? Sabes para qué se usa."

"Maldita sea, Lady Penelope."

George se hundió en una silla junto al fuego. "¿Ella pretendía atraparte? ¿Cómo frustró eso Alice?"

Calum sacudió la cabeza y tomó la silla junto a él. Habían estado sentados así en muchas noches. Hablando de política, mujeres, viajes y manejo de grandes fincas. Pero no esta noche. Esta noche cambiaría su relación para siempre. George se convertiría en su cuñado.

"Lady Penelope pretendía tenderle una trampa a Alice. Había organizado que Lord Fenchurch fuera sorprendido con Alice en esa habitación. Por suerte, intercepté la nota."

"Afortunadamente, tendrías todo el derecho a decir desafortunadamente. Cristo Todopoderoso. Esa bruja. ¿Fenchurch estaba en esto también?"

"No tengo idea. Pero pretendo hablar con él. Le dejaré claro que, si intenta esto con cualquier otra mujer, lo desafiaré. Y no fallaré. Ninguna mujer debería ser forzada a casarse de esa manera."

"Parece que te debo una disculpa, amigo mío. Lamento haber llegado a una conclusión tan deshonrosa. Debería haber sabido que un hombre de tu honor nunca haría tal cosa. Especialmente a mi hermana."

Asintió y se sentaron en silencio durante un tiempo, bebiendo y disfrutando de la camaradería.

Finalmente, George preguntó: "¿Cómo está manejando Alice la situación?"

"¿Qué crees? No está especialmente feliz, pero comprende el escándalo que enfrenta y que debemos casarnos."

El vaso de su amigo se detuvo antes de llegar a su boca. "Y tú, ¿mi amigo? ¿Cómo te sientes?"

La primera inclinación de Calum fue decir que estaba bien, pero en lo más profundo, el resentimiento se había apoderado de él. No estaba listo para el matrimonio. Había tenido un plan. Viajar, disfrutar de un año sin responsabilidades y luego regresar a casa y comenzar a hacerse cargo de la finca y luego buscar esposa en unos años. Cautelosamente, respondió: "La situación no es ideal. Ha cambiado mis planes para los próximos años, pero tendría que casarme eventualmente, y me gusta Alice."

"Lamento que te hayas visto atrapado en esta trampa. Y te agradezco por salvar a Alice de Fenchurch. Te debo por el resto de mi vida." Bebió. "Ella viene con una gran dote."

"No necesito su dinero."

"Entonces podemos apartarlo para sus hijos."

Asintió. "Pensé que podríamos tener un pequeño servicio en la Casa de Ciudad Galloway en dos días antes de dirigirnos a Escocia. Me gustaría tener una boda más grande en un mes en casa en las Tierras Altas, para que toda la familia pueda asistir. Pueden cuidar de Alice cuando me vaya al extranjero."

George se incorporó lentamente y dejó su vaso en la mesa auxiliar. "¿Todavía tienes la intención de hacer tu viaje? ¿Seguramente no por doce meses?"

Calum tomó un largo trago. Su viaje sería diferente. Entendía eso. No sería un joven capaz de dormir con todas las bellezas de Europa. Estaría casado. Se refería a lo que le había dicho a Alice sobre una amante. Pero maldita sea, quería viajar. Había anhelado viajar. ¿Por qué debería ser castigado por rescatar a la damisela en apuros?

"Quiero viajar. Estoy dispuesto a hacer lo honorable y casarme con Alice. Será una duquesa excelente. Ella es la única mujer que no ha tratado de arrebatar el puesto para sí misma. Nuestras familias son cercanas. Sé que ella me convendrá. Pero quiero lo que mi padre me prometió. Un año libre para ver el mundo y explorar los lugares de los que solo he leído... ¿es demasiado pedir?"

George lucía destrozado. "Entiendo, y tanto Alice como yo te debemos, pero ¿cómo se verá ante la sociedad si la llevas a casa y la dejas allí durante doce meses?"

Su mano se cerró con fuerza alrededor de su vaso. "Quiero viajar," dijo entre dientes.

"Tal vez Alice podría acompañarte," George pronunció, con esperanza en cada palabra.

"Sabes que eso es poco práctico. Para empezar, ¿qué pasa si queda embarazada? Podría haber un riesgo para ella o el bebé al no estar en casa. No arriesgaré la vida de Alice. Además, algunos

de los lugares que estoy explorando no son adecuados para una mujer, y mucho menos para una, bueno, una...inválida."

Se sintió culpable por usar la palabra, pero sobre terreno accidentado ella sería una inválida.

"Odio esa palabra," George se pasó una mano por la cara. "Qué desastre. Y estoy atrapado en el medio. Una parte de mí quiere protegerla y asegurarse de que este matrimonio siga adelante. La otra parte de mí piensa que ojalá las dos personas que más quiero en este mundo pudieran tomar sus propias decisiones."

Él soltó una risa amarga. "La vida tiene una manera de ser injusta. Pero para ser honesto, no estoy infeliz con tomar a Alice como mi esposa."

George se mantuvo en silencio por un momento y luego alzó su vaso. "Entonces brindaré por eso. Que tú y mi hermana tengan una vida contenta y feliz. Bienvenido a la familia y si ella tenía que casarse con alguien, me alegra que sea con mi mejor amigo."

El tintineo de los vasos resonó en la habitación.

Él bebió el líquido ardiente y rezó para estar haciendo lo mejor para todos.

Alice llegó a su dormitorio antes de que cayeran las lágrimas. Este debería ser un día feliz. El día en que el hombre que había amado durante años le pidiera que fuera su esposa. Solo que él no lo pidió. No tomó una decisión. Hizo lo que cualquier hombre honorable haría. Lo hizo para protegerla.

Debería agradecerle por eso, pero deseaba que no fuera tan honorable y le permitiera retirarse del compromiso.

Había oído a George llegar a casa y soltar algunas maldiciones en voz alta. Pero desde entonces, silencio. Su hermano estaría agradeciendo a Calum en este momento por su noble sacrificio, y eso es lo que era. Un sacrificio.

Trazó sus labios con un dedo y el calor se encendió al recordar el placer que habían compartido en el carruaje. Podía imaginarse su hermoso y esculpido rostro, como si él estuviera aquí a su lado. Si antes no estaba segura, ahora lo admitía: estaba enamorada de Calum.

El glorioso y abrasador placer que él había despertado en ella la había arrastrado y se apoderó de su corazón. La hacía anhelarlo aún más. Debería haberlo detenido porque ahora él sabía que se casaría con él.

Siempre había encontrado a Calum tan abrumador, tan condenadamente tentador. Desde el primer momento en que comprendió la diferencia entre hombres y mujeres. El día en que él llegó a casa con George después de su primer año juntos en Oxford. Algo había cambiado en Calum. Se había fortalecido. Se había convertido en un hombre tan apuesto que las monjas murmurarían. Con una sonrisa, él hizo que su corazón latiera con fuerza y sus sentidos se tambalearan. Desde ese día, él había poseído su corazón.

Lo poseía ahora, y ese era el problema. Casarse con un hombre al que adoraba pero que quizás nunca devolvería esos sentimientos. Acostarse junto a él y darse cuenta de que no era alguien que él habría elegido si tuviera la opción.

Su orgullo lloraba.

El matrimonio con Calum tendría ventajas. Probablemente disfrutaría compartir su cama. Pero solo tenía unos pocos días para prepararse para el mayor cambio de su vida. La forma en que veía su situación era, tenía dos opciones. Una, aprender a dejar de amar a Calum hasta que él la amara, o dos, hacer que Calum la amara.

El único problema con esa teoría era que no tenía idea de cómo hacer que Calum se enamorara de ella. Era medianamente bonita, pero no una gran belleza y su cojera... Y no tenía a nadie a quien preguntar. Su única amiga era Sarah, y ella no tendría idea.

Entonces, una idea le vino a la mente. Pero un hombre sabría cómo una mujer podría hacer que un hombre se enamorara. *Alasdair*. Le preguntaría a Alasdair. Él conoce a su hermano mejor que nadie.

Mientras se acurrucaba en la cama, dejó que la tensión se desvaneciera de sus hombros.

Unas horas más tarde, Calum se estaba maldiciendo a sí mismo y a la situación en la que se encontraba. No por tener que casarse con Alice. Cuando pensaba en asentarse y formar una familia, ella encajaba perfectamente con sus necesidades. Era bonita, inteligente y la bondad emanaba de cada poro de su ser. Era abierta y honesta, y nunca lo engañaría. No estaba en su naturaleza. Además, después de ese beso en la partida de ajedrez, la idea de que otro hombre la tocara despertaba a la bestia celosa. Ella era suya.

Su problema era el momento. Se había preguntado si podría haber aceptado su oferta de un compromiso de doce meses, pero Alice ya soportaba el desprecio total de la alta sociedad sin necesidad de chismes, comenzando con el hecho de que fue atrapada en la notoria sala de billar con él. Un compromiso podría ayudar a mitigar la malicia de la sociedad, pero luego zarpar por un año antes del matrimonio, sin ella, sería insoportable para Alice. Sería objeto de desprecio. No podía hacerle eso, y George nunca lo permitiría.

Sonrió al recordar su respuesta inexperta a su seducción en el carruaje. Gracias a Dios, ella era apasionada. Si no hubiera habido un deseo ardiente entre ellos, realmente se preguntaría cómo se desarrollaría el matrimonio.

Había pasado las últimas horas en su estudio bebiendo todo el brandy que tenía. Lo que le atormentaba era la decepción de George por su decisión de viajar. Porque sabía que eso heriría aún más a Alice. ¿Lo entendería ella? ¿O lo tomaría como un rechazo personal a su matrimonio cuando él se fuera de aventura?

Ahora sin abrigo, se tumbó en su cama, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, mirando al techo, tratando de ignorar el dolor de cabeza y las náuseas en su estómago. ¿Por qué debería sentirse culpable cuando esta situación no era de su creación? Haría lo honorable, pero quería ver el mundo. Había deseado eso durante toda la escuela, durante todo su entrenamiento junto a su padre y los hombres de negocios de su padre para aprender sobre la gestión de la finca. Su padre le había prometido un año de libertad, y estaba aterrorizado de que, si no viajaba, acabaría resentido con Alice por todo lo que se había perdido y eso tampoco era culpa de ella.

Lady Elena Lockwood era la razón de su visión desalentada de las mujeres en general. Y la razón por la que estaba tan desesperado por viajar. A la tierna edad de veinticinco años, justo cuando había convencido a su padre de dejarle viajar al extranjero durante un año y disfrutar de su tour continental con un par de amigos, conoció a Elena.

Elena tenía un cabello negro como el azabache, ojos de un azul tan profundo que podrías ahogarte en ellos, y un cuerpo que haría que un sacerdote sintiera lujuria. Era la joya de la alta sociedad y con una sonrisa supo que tenía que tenerla.

La cortejó y la siguió como un cachorro. Por una vez estaba contento de ser el heredero de un ducado porque pronto se encontró en la cima de su lista de visitas. Ella lo recibía siempre que él deseaba llamar. Definitivamente era uno de sus favoritos.

Finalmente, después de tres meses dedicados a ganarse su mano en matrimonio, venció a toda su competencia y su cabeza se hinchó de orgullo. Elena accedió a convertirse en su esposa. Así que canceló su viaje al extranjero y estaba tan feliz. Todos los pensamientos de ver el mundo desaparecieron. Su padre no estaba particularmente contento con su elección de esposa. El Duque se preguntaba cómo se adaptaría la reina del baile a las Highlands de Escocia. Era remoto

y frío la mayor parte del año. ¿Era ella la mujer adecuada para Calum? ¿Para el ducado?

Para Calum, Elena era su mundo. Su gran pasión, el deseo de su corazón. Ella era su todo.

Le había dado su corazón y alma, y con un deseo frenético necesitaba compartir su cuerpo. Ella mantenía las intimidades a distancia, como una dama respetable debería. Solo había besado su mano enguantada. La anticipación de llevarla a su cama tenía su mente en un constante mareo.

Pero a medida que se acercaba el día de la boda, el ambiente cambió. Ella se volvió más exigente y menos como una mujer enamorada.

Fue George quien levantó preocupaciones con él sobre rumores que circulaban dentro de la alta sociedad. El rumor era que ella estaba enamorada de Lord Byron, pero como él estaba casado, Elena buscaba un matrimonio para ocultar su aventura con Byron. Algunos incluso decían que estaba esperando un hijo de Lord Byron.

Calum casi llegó a los golpes con George por su interferencia, pero su amigo le sugirió que propusiera a Elena que la boda se celebrara en Escocia y que pasaran los primeros ocho meses en la finca de su familia.

A Elena no le gustó nada la idea, y al principio trató de seducirlo para que cambiara de opinión. Luego empezó a quejarse, y luego se enfureció, diciendo que no quería vivir en las tierras salvajes de Escocia. Incluso sugirió que después de casarse, podrían pasar la luna de miel en París, donde casualmente Lord Byron se dirigía, y luego Calum podría ir a casa a Escocia ya que ella podría no poder viajar si quedaba embarazada.

Cuando él se mantuvo firme y dijo que como su esposa estaría a su lado, y su hogar estaba en las tierras salvajes de Escocia, ella canceló el compromiso y se fugó con un joven oficial. Y sí, parecía que podría haber estado embarazada, con el hijo de Lord Byron, ya que su hija nació siete meses después.

Tenía el corazón roto y se sentía tan tonto que no podía enfrentarse a la sociedad. Se había retirado a Escocia y se había sumergido en aprender todo lo que podía sobre la administración de fincas. Aunque su corazón se había curado, como su padre le había dicho que lo haría, ya no era el hombre despreocupado que solía ser. Oh, había tenido un escape afortunado, y él lo sabía. Regresó a Londres como un hombre diferente. Un hombre que mantendría un control más estricto sobre sus emociones.

Toda la experiencia lo había vuelto más sabio. Su orgullo, su corazón y su inteligencia habían sufrido un golpe. Juró en secreto nunca más poner a una mujer por delante de sus propios planes. Lo que ahora lo ponía en conflicto consigo mismo. Admitió que Alice no era nada como Elena. Pero había perdido una oportunidad de viajar por causa de una mujer y no lo haría de nuevo.

Seguramente, Alice sabía que esto no era un amor verdadero, ni siquiera un emparejamiento real, era simplemente el resultado de las circunstancias, y ella entendería su deseo de continuar con sus planes. Realmente no estaba en posición de quejarse, dado que él estaba salvando su reputación. Ella lo entendería. Se lo explicaría con gentileza. No le importaba dejarla durante un año. Nunca deshonraría ni a ella ni a él durmiendo con otra persona. Confiaba en ella completamente. Y era la única mujer de la que diría eso.

Sonrió. Qué imagen era ella en sus brazos. Su cabello cayendo sobre su rostro enrojecido por la pasión. La forma en que su pequeña mano había sujetado su miembro. La había deseado más que a ninguna otra mujer.

¿Y si la dejaba embarazada antes de irse y él no estuviera allí? Nunca podría irse si ella estuviera embarazada. Nunca la dejaría sola. Alice era suya para proteger.

Maldición. Una vez más, estaba atrapado.

Según lo veía, tenía dos opciones. Uno, podría casarse con Alice y no llevarla a su cama hasta que regresara de su viaje, o dos... maldición, no tenía un dos, y deseaba con todas sus fuerzas tenerlo porque no llevarla a su cama sería tortura.

Capítulo Once

La mañana se filtraba a través de las cortinas de encaje, proyectando un cálido resplandor sobre la mesa del desayuno adornada con delicada porcelana y cubiertos de plata. Alice acariciaba el borde de su taza de té con dedos temblorosos, con su mente bullendo con los detalles de la nota de Calum que ahora descansaba junto a su plato. Una mezcla de emoción y aprensión danzaba en su pecho mientras desplegaba el mensaje.

"Calum dice que la licencia especial está en marcha," leyó en voz alta para hacerlo real, su voz llevando un matiz de incertidumbre. "Nos casaremos en tres días en su casa de la ciudad, una ceremonia tranquila, y luego nos iremos a Escocia para una celebración más grandiosa en la finca de Galloway."

Las palabras flotaban en el aire, tanto emocionantes como intimidantes. La perspectiva de casarse con el hombre al que admiraba le provocaba un aleteo en el corazón, pero el ritmo de todo eso la dejaba sin aliento. Su apetito menguó, reemplazado por el peso del compromiso inminente y todas las implicaciones que eso conllevaba.

¿Se necesitaba amor para hacer un matrimonio feliz? ¿Podría amar lo suficiente por ambos?

Su hermano George, con un plato en la mano, se unió a la mesa. "¿Era de Calum?" preguntó, sus ojos reflejando curiosidad y preocupación. Ella asintió, una sonrisa conflictiva jugando en sus labios. "Necesitamos hablar, querida hermana. Era demasiado tarde anoche después de que Calum y yo discutimos el contrato matrimonial y no quería despertarte. ¿Estás bien?"

Despierta la mayor parte de la noche—pensando, así que no estaba bien. “Estoy bien. Un poco mareada por la velocidad a la que está cambiando mi vida. Por culpa de nadie, debo añadir. Lady Penelope ha hecho un buen lío de las cosas."

"Él será un buen esposo," aseguró George, un destello de apoyo en sus ojos. Sin embargo, los pensamientos de Alice estaban enredados en una red de incertidumbre. “Apuesto a que Penelope también está arrepentida. Ojalá hubiera podido ver su cara."

"Simplemente creo que es tan injusto que tenga que casarse conmigo por culpa de alguien como Lady Penelope," confesó, un deje de resentimiento tejiendo sus palabras.

"Él tiene que casarse algún día, al igual que yo. Creo que ha hecho una elección sabia." Ese era el problema. No había tenido elección. George se rio, un raro momento de ligereza rompiendo la seria discusión. "Probablemente pensará dos veces antes de intentar algo así de nuevo."

Una risita brotó de Alice. "Eso es lo único bueno que ha salido de esta situación—ha sido frustrada. Pero George, debes estar en guardia. Penelope estará buscando un reemplazo para Calum."

“No te preocupes. Me aseguraré de nunca dejarme llevar por ninguna misiva que me envíe a ninguna cita en el futuro." El tenedor de su hermano se detuvo en el aire mientras procesaba sus palabras. "¿Estás descontenta con este matrimonio? Te das cuenta de que no tienes elección."

"Creo que nos llevaremos bien," respondió ella, enmascarando su tumulto interior detrás de una fachada de compostura. George asintió, aceptando sus palabras con una actitud estoica.

Quería decir que estaba infeliz y que no quería este matrimonio, aunque eso arruinara su reputación. Pero eso causaría angustia a George. Y él era el mejor hermano que una hermana podría pedir. Además, su madre habría esperado que hiciera lo correcto. Su negativa también empañaría a Calum y su buen nombre. No se merecía eso después de haberla salvado.

"Ahora, si me disculpas, tengo que escribir una nota. Y tengo que pasar por la casa de los Galloway para continuar con el entrenamiento de ajedrez." Los pensamientos de Alice corrían mientras ponderaba el inminente partido, una distracción del torbellino de emociones.

"Vaya, había olvidado todo sobre el partido en todo este lío," George frunció el ceño.

"Es mañana, el día antes de la boda." Un sentido de urgencia la impulsó hacia la puerta. "Esta es la última oportunidad que tendré para entrenar a Cazenove, y espero que sea suficiente para verlo ganar. Parece que hay mucho dinero en juego en este partido. Los hombres son tan tontos."

"Bueno, si ganamos, finalmente podré comprar muchas ovejas Merino para abastecer nuestras granjas en Yorkshire," musitó George, la practicidad de sus ambiciones contrastando con el caos romántico de las inminentes nupcias de Alice.

"Esperaba que Calum me permitiera usar algunas de sus ganancias. Le prometí a Sarah que apoyaría el orfanato de su hermana," reveló, sus intenciones altruistas opacadas por la realidad que se avecinaba.

George dijo, "Creo que Calum esperaba financiar su viaje al extranjero con las ganancias."

Al llegar a la puerta, la revelación de George la detuvo en seco. Sus ojos se abrieron y se giró para enfrentar a su hermano. "Pero ahora que nos vamos a casar..." Sus palabras se desvanecieron mientras una expresión de horror y culpa cruzaba el rostro de George. Un tumulto de emociones surgió dentro de ella, el orgullo luchando contra la necesidad de una conversación difícil. Pero era una conversación que debía tener con Calum. No comenzaría su matrimonio poniendo a George en el medio. "Entiendo." Volviéndose, salió por la puerta. ¿Cómo demonios iba a conseguir que Calum se enamorara de ella si él iba a navegar por doce meses sin ella?

La claridad la golpeó al entrar en el carruaje que la llevaría a la casa de los Galloway. Eso demostraba que Calum realmente no quería este matrimonio. No podía casarse con él si ese era el caso. No le haría eso. Pensó en cómo se sentiría si tuviera que casarse con un hombre que no quería. No.

Entonces, una idea comenzó a formarse. Una que le hizo doler el pecho y titubear el corazón. Pero una idea que era lo correcto para todos los involucrados.

"He cambiado de opinión. Por favor, llévame a…"

~

“Disculpe, mi señor. Hay una dama, Lady Sarah Abbottsford, que pide ser recibida. Y está sin compañía.”

Calum levantó la vista de los papeles que estaba firmando. Era un poco temprano en el día para una visita social. Tenía mucho que hacer antes del partido de ajedrez, su boda y su viaje a Galloway. El rostro preocupado de su mayordomo lo hizo pensar en decir que no estaba en casa, pero ese nombre le sonaba familiar. Había tenido muchas jóvenes tratando de entrar a su casa en

un intento de atraparlo a él o a sus hermanos, pero se relajó. No podía ser atrapado dos veces. Además, reconocía el nombre.

“Está bien, Franklin. Lady Sarah es amiga de Lady Alice. Llévela al salón y yo me uniré a ella allí. Quizás algunos refrigerios también. Té, creo.”

¿Qué demonios estaba haciendo Lady Sarah aquí? Quizás quería ver la última práctica de ajedrez, que sería después del almuerzo de hoy. Después de tomarse el tiempo para terminar algunas piezas de correspondencia, finalmente llegó al salón y se sorprendió al encontrar a Lady Sarah paseando por la habitación.

“Oh, Lord Skye. Sé que no es apropiado visitar la casa de alguien soltero sin la presencia de su madre, pero dadas las circunstancias, estoy segura de que se me podría perdonar.”

Calum le indicó que tomara asiento. “Estoy seguro de que debe tener una buena razón. Tal vez me cuente por qué está aquí.”

Ella asintió. “Estoy aquí porque Alice va a hacer algo muy estúpido. Y no creo que, por culpa de Lady Penelope, deba sacrificarse así.”

Calum levantó una ceja y trató de mantener su desagrado fuera de su voz. “Espero que no esté insinuando que casarse conmigo es un sacrificio de su parte.”

“Oh, Dios mío, no. No es con usted con quien va a casarse. Es con Lord Fenchurch. Es el último hombre en la tierra con el que cualquier mujer debería casarse. Aunque admira a Alice, la aburriría hasta las lágrimas en un mes. Y su juego y sus aventuras amorosas... Su fortuna se esfumaría demasiado pronto.”

Calum pensó que estaba en una obra de teatro en la que se había perdido el primer acto. Tomó una respiración profunda y sugirió que se sirviera más té. Notó lo mucho que le temblaban las manos. “Quizás podría empezar desde el principio.” Le dio una sonrisa que normalmente encantaba a su abuela. “Tenía la impresión de que Alice se iba a casar conmigo.”

“Entonces debe hacer algo de inmediato. Creo que está planeando reunirse con Lord Fenchurch esta noche para dirigirse a Gretna Green.”

Un músculo se tensó en su mandíbula y apretó los dientes. Aunque el sol entraba a raudales por la ventana, la habitación de repente se sintió helada. ¿Realmente quería casarse con Fenchurch y él había arruinado su plan? Sabía que George estaba en contra del matrimonio con Lord Fenchurch por buenas razones. Es decir, no tenía ni un centavo y era un derrochador. El sinvergüenza estaba tratando de seducir su camino a través de la alta sociedad en busca de una gran dote.

"¿Está ella enamorada del Lord Fenchurch?" dijo con un siseo.

Sarah dejó caer su taza con estrépito. "¡Por supuesto que no!"

Él sacudió la cabeza, cada vez más confundido. "Entonces, ¿por qué demonios se fugó con él?"

"Porque ella piensa que realmente no quiere casarse con ella y se siente culpable por haberlo puesto en esta situación. Él era su única opción para salvarlo."

Le retorcería el bonito cuello. *Salvarlo*. "¿Salvarme de qué?"

"De tener que casarse con ella, por supuesto."

Anoche, durante el paseo en carruaje de regreso a casa, pensó que le había demostrado que no tenía objeciones a su unión. Le había mostrado cuánto la deseaba. Debe haber más en esto.

"Y," Sarah se retorció las manos. "Y ella odia ponerlo en esta posición. Como usted desea casarse con ella y zarpar dejándola atrás, ella opina que está haciendo esto por un sentido de honor." Sarah levantó la vista y dijo: "¿Lo hace? ¿Se está casando solo para salvarla a ella y su reputación? Porque si es así, quizás casarse con Fenchurch sería lo mejor."

Se levantó de un salto, ardiendo de ira. "¿Cómo puede ser mejor casarse con un hombre como Fenchurch?"

Sarah suspiró y se recostó en su silla. "Porque casarse con un hombre que no te ama es tolerable cuando tú tampoco lo amas."

Le tomó unos minutos entender su significado directo en su pecho. Su corazón latía más rápido. "¿Está ella enamorada de mí?"

"Ella lo ama tanto que quiere liberarlo," dijo en voz baja.

Él retrocedió hacia su silla. Ella lo amaba. La mujer con la que quería casarse, sí, *quería* casarse. Había tratado de negar su atracción, asustado de ser herido nuevamente. ¿Qué pasa si Alice solo lo veía como un amigo?

Sin embargo, había sabido desde el momento en que interceptó la nota en el baile lo que iba a hacer. Podría haber enviado a George o a su hermano para salvar a Alice, o haber llevado a Lady Summerton con él para poner fin a la trampa, pero corrió hacia la sala de billar sabiendo lo que probablemente iba a suceder.

Sí, quería viajar, pero también había usado eso como excusa para evitar ser herido. Era obvio que Alice no quería casarse con él. Esperaba que un año separados pudiera hacer que ella lo extrañara lo suficiente como para quererlo a él y a este matrimonio. Que ella no se sintiera atrapada. Qué tonto había sido. Si tan solo le hubiera dicho cómo se sentía... Pero ella tampoco se lo había dicho a él. ¿Por qué el amor era tan aterrador? Porque tenía el poder de destruir. Pero también tenía el poder de hacer la vida maravillosa, inspiradora y completa... Alice lo completaba.

"Solo pensé que debería saberlo. Incluso si no la ama, por favor, impídale que se case con Lord Fenchurch. Será miserable por el resto de su vida, y ese sacrificio es demasiado grande."

Se sentó deleitándose en la verdad. Estaba enamorado de Alice y la quería como su esposa.

Apenas notó a Sarah levantándose. "Me iré. Por favor. Veo que tiene sentimientos por Alice. Bien. Si no desea perderla, háblele. Ella vendrá a ayudarlo con los preparativos finales para el partido de ajedrez. Pero inmediatamente después, se reunirá con Fenchurch para dirigirse al norte. Debe detenerla."

Apenas escuchó a Sarah salir. Se quedó sentado por un momento, contemplando su situación y su próxima acción.

Si alguien iba a fugarse con ella a Gretna Green, sería él.

Se levantó de un salto. Tenía preparativos que hacer. Sonrió todo el camino hacia arriba para encontrar a su ayudante. Calum juró que solo había un hombre con el que esta espinosa flor solitaria se casaría. Y no era Lord Fenchurch.

Capítulo Doce

Alice deseaba poder evitar la lección de ajedrez de esta tarde, pero la partida era mañana, y ella no estaría allí para ayudar. Su corazón y su alma estaban pesados con la decisión que había tomado, pero ¿no era lo correcto? Sacrificabas todo por aquellos a quienes amabas, ¿no es así?

Y ella amaba tanto a Calum que no podía soportar ser la persona que destruyera cualquier posibilidad que pudiera tener para futura felicidad. Él no le pertenecía. Era un sueño inalcanzable pensar que alguna vez lo haría.

Había bastante gente en la biblioteca para la lección final. Alasdair estaba allí, también su hermano y, por supuesto, Cazenove. Se alegró de ver que Sarah estaba allí. Había organizado que su amiga fuera la excusa para salir directamente después de la partida. Sarah también estaba allí como un amortiguador contra tener que estar a solas con Calum. Si Calum la tomaba en sus brazos y la besaba una vez más, no sería lo suficientemente fuerte como para alejarse.

Y luego estaba Calum. Hermoso, alto y poderoso, guapo como el pecado, Calum.

Solo con mirarlo, su corazón daba un salto feroz, luchando contra las cadenas que había envuelto a su alrededor sabiendo que amaría a Calum para siempre, incluso casada con Fenchurch.

Sin embargo, su saludo fue algo reservado, y todos la miraban como si tuviera dos cabezas.

“¿Empezamos?” preguntó Calum, “¿O prefieres tomar un té primero?”

Solo quería que esto terminara. Fenchurch la estaría esperando afuera de su casa a las cinco. En solo dos horas, dejaría todo esto atrás. Dejaría al hermano que amaba, la casa que amaba y, lo peor de todo, al hombre que amaba. Se dirigiría al norte a Gretna Green con un hombre que nunca podría lastimarla porque a ella no le importaba lo suficiente. “Quiero jugar.” Tomó la silla de su lado del tablero de ajedrez. “No debería llevarme mucho tiempo demostrar los movimientos finales. Cazenove tendrá entonces una estrategia ganadora.”

Calum simplemente asintió, pero Alasdair dijo, “He estudiado el juego y no puedo ver por nada del mundo cómo puedes ganar desde aquí.”

Olvidando la tristeza de su situación, Alice respondió, “Y por eso Cazenove perderá.”

Apenas treinta minutos después, tenía a Cazenove en jaque mate y la partida había terminado.

“Veo lo que hizo. Si juego esta estrategia contra Sarratt, lo atraeré hacia una falsa sensación de seguridad. Supondrá que está ganando y se relajará. Pensará que estoy atrapado.” Se levantó y se inclinó sobre la mano de Alice. “Gracias, mi señora, no solo por enseñarme una nueva estrategia de ajedrez, sino también por humillarme con sus habilidades. Nunca subestimaré a

nadie nuevamente."

"Es un placer, Sr. Cazenove. Espero que gane mañana."

Se quedó atónito. "¿Estará aquí para verme y deleitarse con nuestro triunfo?"

Maldición. Casi se delató a sí misma. "Tenía la impresión de que sería un evento solo para hombres. Con Lady Galloway fuera de residencia, no sería apropiado tener una casa llena de solteros y señoritas jóvenes, ¿no cree?" Miró a George, esperando que su hermano apoyara su teoría.

Pero fue Calum quien respondió. "Eso es cierto, pero como estamos *comprometidos*, y tu hermano estará presente, creo que es bastante apropiado que asistas."

¿Acaso Calum acababa de enfatizar la palabra comprometidos? "Por supuesto. Sería encantador."

Apresando sus manos en su corazón, Cazenove suplicó, "Definitivamente deberías estar aquí para compartir la victoria porque será gracias a tu ayuda." Alice se preguntó si Cazenove no estaría un poco enamorado de ella porque le había mostrado cómo ser un mejor jugador.

"Eres muy amable." Ella miró a Sarah y le dio la señal. Pero por alguna razón, Sarah la ignoró. Se sentó esperando y luego con bastante fuerza Alice dijo, "Deberíamos partir. Sarah y yo tenemos una cita con la modista. Preparativos de boda." Todos los ojos se volvieron a mirarla, y George parecía estar a punto de tener un ataque. Sarah le lanzó una mirada a Calum, pero Calum simplemente dijo, "Por supuesto. Por favor asegúrate de que me envíen las facturas."

Con un gran suspiro, Sarah la siguió fuera de la puerta. "¿Qué fue esa mirada que compartiste con Lord Skye?"

"Solo esperaba recibir una invitación para la partida de mañana. Incluso si estás haciendo la cosa más estúpida de todas y te estás fugando con Lord Fenchurch, quiero ver a Cazenove ganar. Él ha prometido contarle a todos de dónde aprendió su estrategia. Será increíble ver la expresión en la cara de los hombres cuando se enteren de que es una mujer."

"Sí, también me habría gustado ver eso."

Sarah agarró su brazo y la giró para enfrentarla. "Entonces, detén este plan tonto tuyo. La única persona herida serás tú. Si tuviera que elegir entre Fenchurch o Skye, sé a quién elegiría de inmediato."

Alice miró a su alrededor. "Shh. Alguien podría escuchar." Salió de la puerta y bajó las escaleras. "He tomado mi decisión. Cuando estés enamorada, lo entenderás."

~

Dos horas más tarde, Alice se paró enfundada en su traje de viaje y capa y se miró en el espejo de cuerpo entero. No parecía una joven enamorada emocionada por fugarse con su enamorado. Porque no lo estaba.

Había llorado todas las lágrimas que se permitiría derramar en la última hora. Esta era su decisión, así que apenas podía llorar por ello.

El sonido de un caballo y un carruaje llegando afuera la hizo moverse hacia la ventana y mirar abajo. Era hora, pero no podía hacer que sus pies se movieran. Sus manos se aferraron al alféizar de la ventana. Casi tuvo que apartar físicamente las manos.

Había empacado un pequeño baúl, y lo recogería en el parque en la esquina donde lo había escondido entre los arbustos.

Ya no podía postergarlo más. Como si caminara hacia la horca, Alice bajó las escaleras. Salió por la puerta principal y se negó a mirar atrás.

La puerta del carruaje se abrió y, al dar un paso hacia arriba, una mano alcanzó sin previo aviso y la arrastró hacia adentro. Luchó por un momento ya que estaba oscuro y de repente se dio cuenta de que no podía hacerlo. No podía casarse con un hombre que despreciaba. Nunca podría compartir su cuerpo ni su vida con Fenchurch. Dio un grito y comenzó a luchar con todas sus fuerzas.

"Déjeme ir. He cambiado de opinión. No puedo hacer esto."

"Bueno, esa es la mejor noticia que he escuchado en todo el día."

Calum. Ella dejó de forcejear y él la tomó en sus brazos, cerrando la puerta del carruaje detrás de ella. Golpeó el techo y el carruaje comenzó a moverse.

Sin aliento, con el corazón latiendo descontroladamente, Alice lo miró fijamente, tratando de leer sus hermosos ojos. "¿Cómo lo supiste?" preguntó finalmente con voz inestable.

"Eso no importa. Lo preocupante es tu deseo de casarte con otro hombre."

Ella se mordió el labio y tuvo que apartar la mirada, su expresión sombría y amenazante. "Pensé que... es decir, yo..."

"Oh, por el amor de Dios. Si Sarah no hubiera venido a mí, nunca habría podido evitar que cometieras un error desastroso otra vez. Ya te había salvado de cometer ese error al encontrarte en la sala de billar."

"Es justo eso. Has sacrificado tus elecciones por mí. No puedo aceptar tal sacrificio. No es justo para ti, ni para mí."

De repente la tomó de los labios en un beso abrasador y la esperanza se elevó dentro de ella. Ella se apartó cuidadosamente. Dio varias respiraciones profundas. "Pensé que tal vez estarías aliviado si desapareciera."

"¿Aliviado? Estuve a punto de enloquecer al enterarme de que ibas a fugarte con Fenchurch."

Sé valiente. "¿Por qué? ¿Por qué estabas tan molesto? Puedes zarpar en tus viajes sin la carga de una esposa." Vio y sintió cómo se estremecía.

"Porque quiero casarme contigo."

Que mi corazón deje de latir tan fuerte. Con cuidado retiró sus brazos de alrededor de su cuello y se inclinó hacia atrás para poder ver su rostro. "¿Quieres casarte conmigo? ¿No tienes que hacerlo? ¿Por qué?"

"Porque cuando pensé que podía perderte para siempre, finalmente fui honesto conmigo mismo acerca de cómo me siento por ti. Te amo, cariño. Creo que te he amado desde que hiciste tu presentación, pero tenía miedo de dejarte entrar en mi corazón. Es un órgano frágil."

"¿Me amas?" Alice repitió suavemente, con los ojos abiertos de par en par mientras sus brazos volvían a rodear su cuello.

Cuando ella lo miró con asombro, el corazón de Calum se abrió aún más. "Sí, te amo. Y quiero que te conviertas en mi esposa. ¿Cómo no podría? Has sido la única mujer a la que he admirado durante años. Amo tu honestidad, tu inteligencia, tu altruismo y, sobre todo, creo que eres la mujer más hermosa que he conocido." Vio cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos y juró. "No estoy diciendo esto solo para detenerte. Te quiero. Eres mía, ahora y para siempre."

"Estas son lágrimas de felicidad. Te amo tanto y creo que estoy soñando."

La besó de nuevo. "¿Sientes como si estuvieras soñando?"

Ella negó con la cabeza, riendo. "También te amo. Siempre te he amado, pero nunca soñé que me corresponderías."

"Quiero casarme contigo y tener hijos contigo. Una familia hecha con amor. ¿Te casarás conmigo? No porque tengas que hacerlo, sino porque anhelas hacerlo."

Sus ojos se nublaron nuevamente. "Nunca he estado más segura de nada en mi vida. Ya había

decidido que casarme con Fenchurch sería un gran error. Preferiría casarme contigo e intentar que te enamores."

"Gracias a Dios," susurró Calum, abrazándola fuertemente. "No tienes que intentarlo. Ya te amo tanto que apenas puedo respirar de lo feliz que estoy contigo en mis brazos."

El carruaje seguía corriendo. Ella lo miró, confundida. "¿Adónde vamos?".

"A Gretna Green, por supuesto. De todos modos, te dirigías a Escocia."

"Pero George y Sarah... Quiero..."

"Ellos nos seguirán en una semana. Nos casaremos en Gretna Green y luego tendremos una boda formal en la Finca Galloway con mi familia y la tuya."

Atrayéndola de nuevo hacia su abrazo, Calum pasó su pulgar por su labio inferior. "Tenemos un largo camino por delante, pero nos quedaremos en la posada The King's Head, a aproximadamente una hora de aquí, esta noche."

"¿Es porque está oscureciendo?" preguntó inocentemente.

"No," le dio una sonrisa sensual. "Es porque te deseo tanto que no puedo esperar más."

Se acercó y pasó su mano por su pecho. "Recuerdo que hay mucho tiempo para el placer en un carruaje si tenemos una hora."

Su sonrisa se amplió. "Eres la mujer perfecta para mí." Ella satisfacía una necesidad ardiente en él. Una que había estado creciendo desde el día en que se había convertido en una mujer impresionante. Una amistad que se había metido bajo su piel hasta el punto en el que ahora no podía imaginar su vida sin ella.

Tan pronto como Calum tuvo ese pensamiento, la sirena en sus brazos se subió las faldas y se movió para sentarse a horcajadas sobre él. Con una sonrisa provocativa, se desabrochó la capa y la dejó deslizarse por el suelo del carruaje. Cuando recogió sus faldas en sus manos, Alice lo detuvo. "Algunas cosas es mejor dejarlas en las sombras."

Su mano encontró las cicatrices fruncidas en su pierna. Empujó la tela y expuso la lesión. "No lo mires, por favor. Es tan feo."

"Te ha hecho ser quien eres. La mujer que amo. Fuiste tan fuerte para sobrevivir. Sin duda, deberías sentirte orgullosa de ella." Luego la besó. "Nunca vuelvas a ocultarme nada de ti. Cada centímetro de ti es hermoso para mí." Se acercó y tiró de su corpiño para que sus pechos se derramaran libremente. "Cada golrioso centímetro." Un dedo recorrió uno de los pechos, empujando un pezón hacia un punto endurecido.

"Quiero verte," susurró mientras desataba su corbata.

En cuestión de minutos, su saco y camisa estaban fuera y estaban deliciosamente, piel con piel. Ella se inclinó y presionó sus labios contra su pecho desnudo, mordisqueando su carne mientras sus dedos encontraban sin error la solapa de sus calzones. Pero su mano detuvo la de ella.

"Aunque te deseo más de lo que deseo mi próximo aliento, la primera vez que haga el amor contigo debería ser en una cama."

"Uf. Por un momento pensé que ibas a decir 'debería ser casados'."

Él se rio. "Dios, no. No soy tan fuerte. No puedo esperar tanto."

Ella lo miró a través de sus largas y sedosas pestañas y le regaló una sonrisa que tentaría a un santo. "Recuerdo un viaje en carruaje anterior y me dijiste que la anticipación a menudo es tan buena como el evento."

"Mentí. Y si sigues mirándome así, no podré esperar por una cama." Su sonrisa era tan traviesa, sus ojos tan iluminados de amor, que Alice lo miró con un anhelo exquisito.

Ella rio alegremente. "Te revelaré un secreto. No me gusta esperar." Su mano deshizo sus

calzones, y esta vez él no la detuvo. "Te amo," susurró, "y confío en ti para enseñarme sobre el amor."

Calum entendió su necesidad y la levantó. Y se posicionó en su núcleo húmedo. "Tú, mi querida mujer, me enseñaste a abrir mi corazón y amar. Soy tan afortunado de tenerte en mi vida, mi amiga más querida y ahora amante." Devoró su boca nuevamente, su beso salvaje y profundo mientras lentamente la empujaba y la alentaba a deslizarse sobre él. Cuando alcanzó su himen, profundizó el beso, con su lengua barriendo su boca, capturando su pequeño jadeo mientras la llenaba por completo.

Se detuvo, dándole a su cuerpo inexperto tiempo para ajustarse. Ella jadeaba suavemente, pero sus ojos se fijaron en los suyos y ella sonrió. Se aferró a sus hombros y lentamente se levantó y bajó, comprendiendo instintivamente el camino al placer.

Él marcó el ritmo, ralentizándola con sus manos en sus caderas. "Como todas las cosas buenas, hacer el amor debería ser saboreado."

Tomando el control total de su amor, la adoró lentamente con ambas manos y boca. La fusión de sus cuerpos, el acto final de jurarse amor. Una ternura feroz y fuerte lo asaltó. Esta era una mujer con la que se sentía seguro. Le entregaría con anhelo su cuerpo, corazón y alma. Porque confiaba en su amiga, su amante.

"Te amo, Alice. Nunca dudes de eso. Me caso contigo no porque debamos, sino porque no puedo vivir sin ti." Su voz era un susurro áspero.

El carruaje avanzaba mientras se unían como uno solo. Ya no solo como amigos, sino amantes verdaderos. Los sonidos del amor crecieron mientras la fusión de dos corazones y dos mentes los acercaba infinitamente como una brillante tormenta de fuego sacudiéndolos con su liberación sincronizada y brillante y ardiente.

Se abrazaron en el balanceo del carruaje, el resplandor posterior a su amor una sensación bienaventurada de entrelazamiento, corazones unidos, su corazón en el de él, su toque completándolo.

Desprovista de fuerzas y saciada, Alice se recostó contra su pecho musculoso, sus suaves respiraciones cosquillearon su piel secándose.

Mientras sus dedos acariciaban perezosamente su pecho desnudo, preguntó, "¿Siempre es así?"

Él negó con la cabeza. "Solo contigo se ha sentido correcto."

Ella suspiró. "Te he amado desde que era una niña, pero realmente no sabía qué era el amor y el deseo. Eras un anhelo, pero realmente no entendía qué anhelaba. Pero ahora lo sé. Ahora que te tengo, la realidad superó mis sueños más salvajes. Y tenía tantos sueños."

Calum devolvió su sonrisa y comenzó suavemente a vestirla para mantenerla abrigada. "Te amaba al principio como a una amiga. Me encantaba cómo no te arrastrabas sobre mí o me coqueteabas. Decías lo que pensabas. Simplemente eras mi Alice. La hermana menor de mi mejor amigo. Pero te convertiste en mucho más. Ahora te amo como a una amante. Y nunca te dejaré ir."

Alice se rio. "Es bueno saber eso, porque ahora realmente tienes que casarte conmigo."

"Entiendes eso al revés. Me aseguré de que no puedas negarme nuevamente."

Con el corazón lleno de amor y ternura, Alice deslizó sus brazos alrededor del cuello de Calum y presionó sus labios contra los suyos en otro beso apasionado. Cuando finalmente se apartó, preguntó, "¿Cuánto falta para llegar a la posada?" preguntó.

Mientras la acostaba en el asiento, su cuerpo cubriéndola, simplemente dijo, "Siempre hay suficiente tiempo para el amor, con mi amor."

~

En la terraza con vista a los jardines cuidadosamente cuidados del Castillo Galloway, Calum contemplaba a su esposa de hacía tres horas con orgullo y cariño. Su hermano la estaba molestando sobre cómo él había planeado este matrimonio desde el principio. ¡Ni en sueños lo había hecho!

George también le estaba contando a cualquiera que quisiera escuchar cómo Alice era tan astuta que los había ayudado a ganar un importante partido de ajedrez. Alasdair se unía a la conversación, enriquecido por el respaldo a Cazenove.

Alice lucía hermosa, rodeada felizmente por su familia. Su madre la había amado desde el momento en que conoció a su novia. Ella había anhelado una hija. Mientras que sus hermanos menores ya la consideraban una hermana debido a que había estado en sus vidas durante años.

"Lo has hecho bien, hijo mío," dijo su padre, el Duque de Galloway. "Ella es todo lo que necesitas en una esposa." Ante su ceja levantada, su padre continuó. "Es inteligente, fuerte y te ama con un corazón puro. Estará a tu lado donde sea que estés y te apoyará. Será tu roca en los buenos y malos momentos. Es como tu madre."

El corazón de Calum se hinchó al ver la forma en que su padre miraba a su madre incluso después de todos estos años y de repente se dio cuenta de que él también tendría eso. Alice y él envejecerían juntos, tendrían una familia y seguirían llenos de amor.

“He estado esperándola toda mi vida.”

Su padre le dio un codazo en las costillas. “Y tendrás que esperar unas horas más, mientras la fiesta continúa.”

A pesar de su impaciencia por tener a su esposa solo para él, tendría que esperar hasta que su madre estuviera satisfecha de que la habían recibido adecuadamente en la familia. En ese momento, todos sus amigos estaban demasiado ocupados bebiendo champán y brindando por su gloriosa esposa.

La ceremonia de matrimonio había sido un asunto tranquilo, considerando que ya estaban casados en Gretna Green. Un servicio simple en la capilla familiar, seguido de un almuerzo para los invitados, incluidos los arrendatarios. Al parecer, habían sido la comidilla de Londres, ya que su fuga se había considerado romántica y todos se dieron cuenta de que era un matrimonio por amor, en gran parte gracias a los esfuerzos de Sarah y Alasdair.

“Ahora, si me disculpas, padre, me gustaría unirme a mi esposa,” y se dirigió contento a los jardines abajo.

Alice miró más allá de los invitados, buscando a Calum. Cuando lo localizó, la sonrisa que le dirigió era puro sol, dorada con calidez. El poder de esa sonrisa podía hacer que un hombre se arrodillara. Se encontró mirando de vuelta, apenas creyendo lo afortunado que era.

George se acercó y le dio una palmada en la espalda. “Hola, hermano. Ella parece tan feliz. Asegúrate de que se mantenga así.”

“Siempre,” y se estrecharon las manos.

“Ustedes dos son perfectos el uno para el otro. Siempre esperé que te casaras con mi hermana. He sabido cómo se sentía ella por ti durante años. Solo necesitabas que te asustaran para salir de tu complacencia.”

Sonriendo, Calum dijo, “Más bien negación. Pero tenías razón. La idea de perderla me hizo entender los sentimientos que tenía dentro y me hizo valiente para enfrentarlos.”

Cuando Alice llegó a su lado, su pequeña mano se deslizó en la de él. “Creo que los invitados pueden continuar sin nosotros.”

“No quiero escuchar eso,” bromeó George. “Pero distraeré a este grupo mientras desaparecen.”

“Gracias, amigo. Recordaré este acto de bondad cuando sea tu día de bodas.”

George se mofó. “Eso no será pronto.”

Alice besó la mejilla de su hermano y miró hacia donde Sarah estaba bailando con Alasdair. “La vida tiene una manera divertida de desafiar tus planes.”

De la mano, se dirigieron hacia el carruaje, que los esperaba. Se estaban mudando a Skye Manor, una casa de caza a dos millas en Loch Morn.

“Me encanta un buen paseo en carruaje,” bromeó mientras él la ayudaba a subir.

“Esa es una diferencia entre nosotros. Todavía prefiero verte como un manjar en mi cama.”

Alice rio alegremente porque la mirada ardiente en los ojos de su esposo le decía que él la amaría sin importar dónde estuvieran.

Y siempre lo haría.

Epílogo

Escocia, cinco años después...

El cálido resplandor del fuego rugiente arrojaba una luz suave en la acogedora sala de estar de Skye Manor en Galloway, Escocia. Era una cabaña de caza en el borde de la propiedad junto a Loch Morn y era su hogar familiar, mientras Calum seguía siendo el Marqués de Skye. Sus padres y hermanos aún vivían en el castillo de Galloway. Así lo había llamado ella cuando vio por primera vez la impresionante casa con torretas y chapiteles.

Esta noche, Alice se sentaba en una silla mullida, acunando un pequeño bulto en sus brazos. Sus ojos estaban llenos de un tierno afecto mientras miraba al bebé dormido, el nuevo miembro de la familia Skye.

Calum entró en la habitación con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Vestido con su atuendo de montar, cruzó la habitación para situarse al lado de Alice. “Llevé a Star Blaze a dar un galope como pediste. Está esperando ansiosa tu regreso a la equitación. Pero tengo la sensación de que podría estar preñada.”

Star Blaze era su caballo, al que montaba casi todos los días hasta que su condición lo hizo imposible. Star Blaze había crecido desde el potrillo que había ganado de Calum por ayudarlo a ganar una partida de ajedrez años atrás. “Gracias. Volveré a montar pronto.”

Había superado su miedo a montar y amaba galopar por sus campos con su apuesto esposo, saludando a los arrendatarios y observando su próspera finca.

Sus ojos se encontraron, y el amor que pasó entre ellos hablaba en volumen. Él todavía hacía que su corazón se acelerara, y ella lo deseaba con una sola mirada. Calum se inclinó y acarició suavemente la mejilla del bebé.

“Otra bendición,” dijo, con la voz llena de orgullo. “Esta vez, una hija.”

Alice asintió, sin apartar la mirada del niño en sus brazos. Tenía la mirada de Calum en los ojos y en la boca. "Nuestra pequeña pieza de ajedrez," reflexionó, con un brillo juguetón en sus ojos. “¿Cómo la llamaremos?”

Calum soltó una risita, se sentó a su lado y le tendió la mano. "¿Qué hay de Catriona? Un nombre tan puro de corazón como su madre."

Alice sonrió ante la sugerencia. "Ella es hermosa, y ese es un hermoso nombre para nuestra preciosa hija. Pero no creas que no estoy al tanto de que pareces estar favoreciendo los nombres que comienzan con la letra C para nuestros hijos. Nuestro hijo se llama Conan. Solo estuve de acuerdo con ese nombre porque dijiste que significa inteligente en gaélico.

"Lo hace. Mi hijo tiene el cerebro de su madre y nuestra hija tiene su belleza. Perfecto."

Ella se burló. "No seas ridículo. Catriona se parece mucho a su padre. ¿Qué vas a hacer cuando nos quedemos sin nombres que empiecen con la letra C?"

"Mi pequeña flor solitaria espinosa no ha perdido sus espinas, a pesar de que me casé contigo y te amo con todo mi corazón." Calum se inclinó y la besó en la mejilla. "¿O es tu forma de decirme que te gustaría tener una familia bastante numerosa?"

"Tal vez sea mi forma de decirte que me gusta mucho hacer bebés. Cuando me haya recuperado, por supuesto."

Su ceja se arqueó. "Estoy más que dispuesto a complacerte cuando lo desees." Permanecieron sentados en un silencio agradable. "Después de que Catriona se acueste, ¿qué tal una partida de ajedrez? Casi te gano la última vez."

Un día de estos debería apiadarse de Calum y dejarlo ganar, pero quien ganara la partida de ajedrez decidiría su deporte en la cama esa noche. Le encantaba tener el control de un hombre poderoso y guapo que haría cualquier cosa para complacerla.

Por encima de la cabeza de Catriona, Alice le dedicó una sonrisa pícara. "Tal vez debería dejarte ganar. Todavía es demasiado pronto después del nacimiento de Catriona. Sería una pérdida de tiempo ganar esta noche."

"Guardaré la victoria para cuando te hayas recuperado. Entonces podremos tener otro hijo para satisfacer tu demanda de una familia numerosa."

"¿Es una promesa?" preguntó con voz ronca. Su sonrisa ardiente la calentó. "Entonces pongamos el ajedrez en marcha. Tengo una partida que perder."

Era lo suficientemente inteligente como para entender que incluso perdiendo, ganaba.

Estar en los brazos de su esposo y ser amada por él, lo atesoraría por el resto de sus años juntos.

Y lo hizo.

Durante las largas noches de invierno en Escocia, el tablero de ajedrez fue testigo de innumerables victorias y derrotas, pero sobre todo, fue testigo del amor duradero entre ellos.

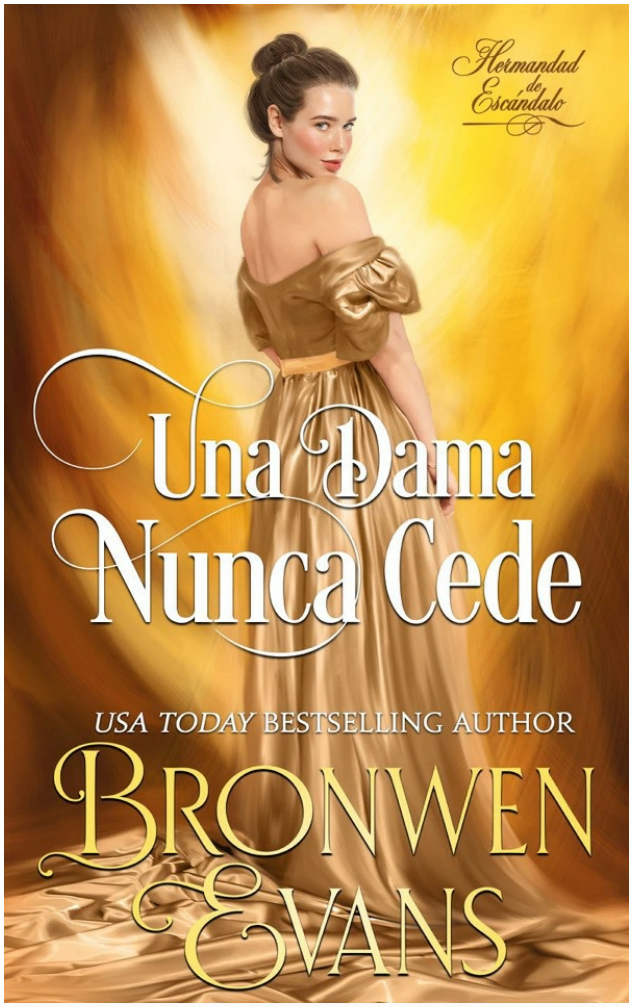
~

Get your FREE copy of Una dama nunca Cede

Para empezar la serie, tengo una precuela GRATUITA llamada Una dama nunca Cede, que puedes reclamar aquí.

Un Relato Corto de Regencia GRATUITO para lanzar la Serie La Hermandad del Escándalo.

Lord Julian Montague, el segundo hijo del marqués de Lorne, ha sido el mejor amigo de la señorita Serena Fancot desde la infancia. Cuando Julian empieza a hablar de casarse, Serena es muy consciente de que ya no son niños.



¿Por qué se da cuenta de repente de lo adorables que son sus hoyuelos y de lo alto y guapo que es? Su ropa le sienta como un guante y tiene un cuerpo que rivaliza con el de Apolo. De repente, no puede evitar fijarse en cómo las mujeres de los salones de baile de sociedad babean por él.

Peor aún, ni una sola vez ha intentado besarla, ni cogerla de la mano, ni susurrarle palabras de amor al oído. ¿No la ve como el amor de su vida? ¿Ha llegado demasiado tarde para que Julian se dé cuenta de que es el único hombre con el que querría casarse? ¿Ha llegado demasiado tarde para demostrarle que es el amor de su vida? Eso no puede ser. Pero, ¿cómo hacer que tu mejor amiga se enamore de ti?

Y ya que estás ahí, suscríbete a mi boletín.

Introducción

La Seducción de Lord Sin

La intención de la dama es la de seducir. Y a él no le importa ser seducido…

"Bronwen Evans nunca decepciona" —Shana Galen, autora de *Traitor in Her Arms*

La viuda Charlotte Dexter, Lady Clayton, se casó por obligación, como se enseña a hacer a todas las buenas damas de la alta sociedad. El amor es para los poetas, no para la nobleza. Ahora, con su anciano marido muerto, es el momento de casarse de nuevo. Charlotte una elegante dama de sociedad quiere y necesita tener al menos un hijo. Dado que ya su juventud y atractivo se le está escapando de las manos y su grupo de posibles maridos es cada vez más pequeño. Estudia la actual generación de solteros de la *alta sociedad* que podrían estar dispuestos a contraer una relación por interés, de los que sabe que están desesperados por una esposa rica, por lo cual organiza una fiesta muy especial en su finca**. ¿Cuál sería el plan?** Una fiesta sólo para hombres, y al final de la semana, uno de sus invitados será su próximo marido.

Marcus Roberts, Duque de Sinclair, es todo un ejemplo del deber, al encontrarse de repente como el último de su linaje masculino. Acepta acompañar a su amigo a la fiesta en casa de Lady Charlotte dado que para él es imperativo encontrar una novia. Preferiblemente una viuda con hijos. La muerte y traición de su esposa en brazos de su hermano destruyó su fe en el amor: —se casará sólo por conveniencia, no volverá a confiar tan fácilmente—. Todo lo que necesita es una novia que esté segura de poder darle hijos. Imagínese su sorpresa al enterarse de que la única mujer en la fiesta es una viuda, de la que se rumorea que es estéril. Debería marcharse, pero a medida que va conociendo a Charlotte, la idea de que cualquier hombre se case con ella despierta los celos más bestiales que ha sentido.

Compra en Amazon o lee GRATIS en KU

Continúe leyendo para obtener una introducción a La seducción de Lord Sin.

Prólogo

LONDRES, INGLATERRA 1810

Charlotte estaba sentada en su tocador, con el mejor camisón que jamás había tenido, cepillándose el pelo e intentando ignorar que le temblaba la mano cada vez que cepillaba su cabello. Ya hace un par de horas que sus doncellas se habían marchado de la casa.

Hoy mismo se había convertido en Charlotte Dexter, Lady Clayton, la segunda esposa de Dalton Dexter, Conde de Clayton. Y aquí estaba, sentada, esperando a su marido, esperando entregar lo más preciado en su noche de bodas, su virginidad.

Esta noche, su vida realmente comenzaría. Finalmente se convertiría en mujer, y con la ayuda de Dios, en madre de unos hermosos hijos. ¡Muchos hijos! No sabía si llegaría ese día porque no era el tipo de mujer que enamorara a cualquier hombre, ni tenía una gran fortuna. Para decirlo sin rodeos, el título de «Patito feo» a secas como si no tuviera nada bello que ofrecer encajaba mejor con ella. Además, muchas veces la habían llamado «amazona de estrafalaria estatura», palabras que hacían que afloraran sensaciones de rabia y disgusto por aquellas insensibles palabras.

Una sensación de mariposas revoloteó en su estómago y su lengua volvió a humedecer sus labios para evitar que se secaran por los nervios. Hizo a un lado el miedo a lo que estaba por venir, dolor según su madre, pero si eso la llevaba a tener un bebé, lo soportaría con gusto... toda la noche, si era necesario.

¿Por qué la hacía esperar su nuevo marido? Llevaba más de dos horas sentada frente al espejo. Miró el reloj que había sobre la chimenea y vio que era casi la una de la madrugada. La silueta solitaria de su figura en la pared reflejada por fuego era un claro indicio de que era la segunda esposa. Había tenido que pedir a los criados que retiraran el retrato de la difunta Lady Clayton. ¿Por qué no lo habían hecho aun? Hablaría con la ama de llaves por la mañana.

Charlotte apenas podía contener las náuseas de nerviosismo mientras el reloj seguía avanzando. Tendría que llamar pronto a la criada para que avivara el fuego si Lord Clayton tardaba mucho más. Hacía casi tres horas que le había dicho que estaría con ella en breve. *¡Pronto!*

Si era sincera consigo misma, se sentía ligeramente aliviada por el retraso. No amaba a Dalton, ni lo encontraba particularmente atractivo. El Conde tenía la misma edad de su padre, pero al menos estaba en mejores condiciones físicas, pero en su mente está el hecho que tenía la misma edad que su padre. No era repulsivo, pero no era un hombre joven... tampoco.

Además, Dexter no era el apuesto hombre que llenara constantemente sus pensamientos. Marcus Roberts, marqués de Huntsworth, hijo y heredero del Duque de Sinclair era el soltero más codiciado del año.

Esta temporada, mientras ella y todas las mujeres de la alta sociedad se fijaban en el marqués,

con sólo veinte y cuatro años, un año mayor que ella, ya había perdido el corazón por la belleza de la temporada: Lady Arianna.

Siendo una mujer alta, sencilla y poco atractiva, Charlotte no podía permitirse el lujo de esperar a que un hombre de su edad necesitara una esposa. Tenía que buscar en otra parte. Se negaba a ser solterona, porque como solterona nunca tendría su propio hijo. Un hijo al que amar. Un hijo que la amara incondicionalmente.

Entendía por qué Dalton había aceptado casarse con ella por una razón. Dalton ya tenía un hijo y una hija de su primera esposa. Pero la sociedad dictaba que se asegurara una segunda esposa por el bien y cuidado de sus hijos. Así que su padre, un humilde Barón, había concertado «un buen matrimonio» para elevar la posición de la familia de Charlotte dentro de la *nobleza*.

Ella no había protestado, aunque el matrimonio había horrorizado a sus hermanas. En gran parte porque los relojes de sus vidas seguían marcando el tiempo que le quedaba para tener a su propio bebé. El miedo a quedarse estancada, sin hijos, era mayor que el miedo a casarse con un hombre que no la amaría.

Sin embargo, la realidad era otra y, mientras esperaba sentada su destino, se reprendía por no haber instado a su padre a que le buscara una pareja más cercana a su edad. El hecho de que midiera casi dos metros no ayudaba. Sobresalía por encima de la mayoría de los hombres. Parecía que a los hombres no les gustaba que la sociedad se burlara de ellos por ser más bajo que ella.

Charlotte entendió que su matrimonio era una forma de asegurar la estabilidad de su familia, como su padre había exigido. Él era un humilde Barón y casar a una de sus hijas con un Conde... era lo mejor, a sus hermanas ahora les resultaría más fácil conseguir un partido favorable.

Lo único positivo de su matrimonio era que estaba en condiciones de hacer realidad el sueño de ser madre.

Cuando su mejor amiga Flora tuvo su primer hijo, Charlotte también deseó tener uno. En el momento en que Flora puso a su recién nacido en brazos de Charlotte, su mundo cambió. El amor que sintió por aquel bebé indefenso casi la abruma. Nunca había conocido ni experimentado el amor. En su mundo, en su familia, sonreír era mostrar demasiada emoción.

Como era una «Patito feo», era poco probable que su marido se enamorara de ella, pero podía darle un hijo. Quería muchos hijos. Niños en los que pudiera volcar todo el amor que llevaba dentro, y que la amaran recíprocamente. Hijos que no juzgaran ni se preocuparan por la altura, la raza o el dinero.

Qué patético. Su padre, un hombre frío y distante, nunca le había mostrado afecto y su madre vivía dopada en una fantasía tan profunda inducida por el láudano una mescla de opio, azafrán, vino blanco entre otros que se usaban como analgésicos que seguramente no se daría cuenta de que su hija estaba casada.

La necesidad de tener un hijo le impidió hacer un berrinche esta noche. Pensar que su marido la trataba con tanta indiferencia. Si Dalton quería demostrar lo poco que la apreciaba, estaba funcionando.

En ese momento, la puerta de su alcoba se abrió con un chirrido y Dalton se plantó en el umbral, aun completamente vestido, pero no entró en la habitación.

Se quedó mirándola como si hubiera olvidado quién era.

Capítulo Uno

Cerca de Truro, Cornualles Julio de 1816 - seis años después.

Charlotte sabía que salir a montar su corcel, Sir Galahad, hoy era un error. El caballo se asustaba a menudo ante su propia sombra, o ante un pájaro que levantaba el vuelo súbitamente, o ante un conejo en la hierba a sus pies. Era tan voluble como una mariposa y ella debía mantener el control sobre el con mucho cuidado. Por desgracia, durante un segundo, su atención vaciló. Al ver algo que se movía en el sendero, el corcel se sacudió violentamente y se levantó sobre las patas traseras.

Charlotte no tuvo tiempo de agarrarse al pomo de la silla de montar antes de resbalar por el costado de su corcel Sir Galahad. El corcel era más alto de lo que ella recordaba y aterrizó con gran fuerza provocando un ruido seco, como cuando se deja caer un saco al piso sin cuidado, con la respiración entrecortada por el aire que se le escapaba de los pulmones.

Si hubiera sido invierno, no se habría hecho mucho daño, la hierba estaría alta y verde lo que ayudaría al impacto, pero el pasto en esta fecha estaba quemado por el sol... Permaneció un momento con los ojos cerrados, intentando tomar aire a través del corsé que la apretaba, dejó que la sensación de humillación se mezclara con el dolor punzante en el costado, más un punzante dolor de su tobillo y codo. Hacía años que no se caía de un caballo. Algo debió de asustar a Sir Galahad, porque lo oyó alejarse brincando con un asustado relinchar.

Se quedó quieta, luchando por recuperar el aliento, cuando una voz profunda y llena de órdenes le dijo en un suave susurro —No se mueva.

¡Un hombre! ¿Quién era? Francamente, el dolor le daba igual. Supuso que la orden no se aplicaba a sus ojos, así que los abrió. Un hombre alto, no podía distinguir sus rasgos porque el sol le molestaba, estaba a un palmo de distancia, justo al lado de su hombro, pero no estaba concentrado en ella. Como un halcón a la caza de su presa, observaba algo en el suelo, cerca de su cabeza. Su vergüenza se convirtió en gélido espanto cuando vio de reojo el oscuro dibujo de una víbora enroscada lista para atacar. Un movimiento en falso y tan solo un mordisco y estaría muerta. De repente, abrir los ojos no le pareció tan buena idea y volvió a cerrarlos.

—No se mueva. Podría escabullirse.

—¿Podría? —chilló, pero Charlotte obedeció.

Se quedó tumbada como una piedra. El sudor se acumulaba bajo su traje de montar he intentaba cerraba los ojos con fuerza. Le pareció una eternidad, el dolor le punzaba cada vez más y el calor del sol termino por desmayarla. Después de unos instantes cuando escucho un improperio muy refinado.

Sus ojos se negaron a permanecer cerrados ante aquello, y se abrieron justo a tiempo para ver

cómo el hombre se inclinaba, agarraba a la serpiente por la cola y la arrojaba entre los arbustos.

—Eso estuvo demasiado cerca para mi consideración. ¿Está muy herida? —y una mano bastante grande y enguantada apareció para ayudarla a levantarse.

Charlotte permitió que el hombre tirara de ella para ponerla en pie, pero no pudo evitar un pequeño grito de dolor cuando apoyo sobre el tobillo y enderezó su codo.

—Déjeme ver —y para su horror, el desconocido le pasó las manos por los brazos, los hombros, los costados y la cabeza.

¡Santo cielo! Le golpeo con sus manos, las manos de él que la seguían revisando si estaba herida o sangrando, y se alejó cojeando.

—Estoy bien, gracias. Por favor, no me toque.

—Parece que no hay nada roto. —Su risa la hizo sentirse aún más estúpida. *Al diablo con los modales pensó*. Se merecía una reprimenda, pero al girar y arreglar la falda, por fin pudo verle la cara.

¡*Santo, santo cielo*, Su Excelencia! Marcus Roberts, el Duque de Sinclair, conocido simplemente como «Sin» por sus amigos más íntimos, estaba ante ella en todo su esplendor. ¿Qué diablos hacía en Cornualles? Bueno su finca, su sede familiar, tenía a la vez otras tres fincas en el norte de Inglaterra, pero él estaba en Kent.

—Perdóneme tales libertades sin una presentación. Soy Sinclair, el Duque de Sinclair. —Se apartó de ella y añadió— Parece que he perdido mi sombrero en la conmoción.

Oh, ella sabía quién era. *Sin*. Durante los largos y solitarios años de su matrimonio, lo había visto al otro lado de los salones de muchos eventos sociales. Sus ojos se lo habían recorrido de pies a cabeza, embriagándola más de lo que cualquier bebida podría hacer, mientras que él, obviamente, nunca se había fijado en ella. *Qué sorpresa que no me conozca*. Se había casado con la doncella más bella de toda la *sociedad* poco después del matrimonio de Charlotte.

Charlotte siempre había pensado que el Duque de Sinclair era el hombre más hermoso que había visto. Y en su opinión esto nunca había cambiado.

Sus ojos recorrieron su espesa cabellera castaña que brillaba con hebras doradas a la luz del sol. ¿Por qué los hombres parecían más distinguidos a medida que envejecían, mientras que las mujeres simplemente envejecían? Los rizos que le ondeaban al viento le llamaban la atención, aunque eran más largos de lo que a ella le hubiera gustado. Apretó los puños para impedir que sus dedos se alzaran y recorrieran los sedosos y suaves mechones. Tenía los labios carnosos y, como en sus fantasías nocturnas.

Se lo imaginó besándole por todas partes. Pero lo mejor de todo era que era alto, más de lo común ante sus ojos, pensó. Más alto que ella. Por primera vez, pudo mirar a la cara de un hombre.

Y su rostro no revelaba nada del dolor que debía llevar. Había perdido a su mujer hacía poco más de dos años. Se rumoreaba que estaba listo para volver a casarse. Necesitaba un heredero sin demora.

Interesante.

—Soy Lady Charlotte Clayton. Debo decir que es un placer conocerlo, especialmente porque me ha salvado de una desagradable mordedura de serpiente.

Su sonrisa deslumbró. Oh, es tan guapo. Sinclair era un hombre del que a la sociedad le encantaba cotillear. Hablaban de sus recientes conquistas, de su dinero y de su título, el más antiguo del reino. Quién sería su nueva Duquesa era el tema de conversación del momento, dado que su único heredero varón vivo, su tío, había muerto hace tres meses sin descendencia.

Aún más interesante.

Sin era un nombre apropiado si había que dar crédito a los rumores, pero Charlotte nunca había dado mucha importancia a los cotilleos. Sabía que los cotilleos que se difundían sobre ella distaban mucho de la verdad, así que nunca juzgaba a una persona hasta conocerla.

Dudaba que alguna vez tuviera la oportunidad de conocer muy bien a Su Excelencia. Él no circundaba dentro de su círculo social, su diminuto círculo social, y nunca lo haría. Las viudas como ella, sin hijos a las que se consideraba estériles, no estaban en el primer plano de la mente de ningún hombre cuando se proponían buscar una esposa, ¿más bien un desliz, tal vez? Su imaginación voló ante la idea antes de cerrar su mente a tal promiscuo pensar. Una mujer que busca, no, una mujer que *necesita* un marido no podía estar coqueteando con cualquier hombre. Especialmente con un hombre tan prominente; cualquier relación se convertiría rápidamente en una delicia para las malas lenguas.

—Gracias, Excelencia —le agradeció de corazón al hombre que acababa de salvarle la vida, antes de mirar a su alrededor, buscando a Sir Galahad. Charlotte estaba muy adolorida y creía que no sería capaz de caminar las tres millas de vuelta a su casa en Ivy Close.

—No son necesarias las gracias. Especialmente de la hermosa viuda en persona. Me dirigía a la fiesta de su casa y me he perdido. Espero que mi carruaje con mis sirvientes y mi equipaje tengan mejor suerte. Seguirán por el camino, estoy seguro. Fui hacia el interior y cabalgué a lo largo de la costa. Es una campiña preciosa.

Se quedó con la boca abierta. Se suponía que esta escandalosa fiesta que había organizado era un secreto. Sólo unos pocos conocían el evento, y ella había invitado a un selecto grupo de personas de su interés. Arriesgaba su reputación organizando una fiesta en su casa, pero era necesario. Ya había dejado que otros determinaran el resultado de su vida, pero ya no.

Su fiesta empezaría dentro de esta semana y los invitados llegarían entre hoy y en los próximos días. Caballeros que sabía que necesitaban dinero, pero hombres que sabía que serían buenos padres. Algunos ya eran padres, y ella quería ver si serían adecuados para engendrar a sus hijos.

Su Excelencia, sin embargo, definitivamente no estaba en la lista de invitados. Ella bien lo sabía. Ella y su amiga, la ex viuda Flora, ahora recién casada, habían elegido a todos los hombres que asistirían. Hombres que ella sabía que permanecerían en silencio, debido al hecho de que deseaban mantener a todos bajo su control y evitar circunstancias desastrosas ante de los ojos de la alta sociedad. Todos excepto Lord Toobury. Él le había dado la idea de la fiesta en la casa y la apoyaba plenamente.

—Estoy muy agradecida por su ayuda con la serpiente, Su Excelencia, pero ¿puedo preguntarle cómo se enteró de la fiesta que hare en mi casa?

—Lord Devlin me sugirió que asistiera. Espero que no le importe tener un invitado extra. Probablemente ya esté en Ivy Close, maldita sea. —Ante su ceja levantada, añadió tímidamente — Era una carrera, si le soy sincero. El primero que llegaba ganaría. Y pensé que estaba tomando un atajo.

—Bueno, me alegro de que perdiera la carrera. Estoy muy agradecido de que tomara la ruta costera y pudiera venir en mi ayuda.

Su sonrisa se ensanchó y la seducción penetró en su mirada. —Yo también. De repente me apetece mucho esta fiesta en su casa. Le debo a Devlin mi agradecimiento por sugerirme que asistiera.

Él no es para ti. Un desliz no es para ti. Un marido, hijos. Eso es lo que quieres.

Le costaba creer que un hombre que sólo quería casarse para engendrar un heredero eligiera por esposa a una mujer considerada estéril. *Siempre podías decírselo.*

¿Por qué invitaría Devlin a su Excelencia, sabiendo por qué ella había invitado a Devlin en particular? Debía saber qué clase de fiesta era ésta. ¿Lo sabía Su Excelencia? Había renunciado a su orgullo, y arriesgado su reputación, por esta única oportunidad de encontrar marido, y ahora un hombre que hacía que su corazón retumbara anhelante en su pecho sabría lo patética que era en realidad.

La mayoría de los hombres invitados necesitaban desesperadamente una esposa adinerada y, al final de la fiesta, Charlotte elegiría con suerte a uno de ellos para que fuera su próximo marido. Lord Devlin encabezaba su lista. Esta era la única manera de atraer a un hombre para que se casara con ella. Para casarse con la más fea, alta, estéril, cerca de los treinta y más encima viuda.

El Duque de Sinclair tampoco estaba desesperado por dinero, y con su apremiante necesidad de un heredero y una segunda mujer, un niño que él pensaría que ella no podría tener, Flora y Charlotte nunca lo habían considerado para su lista.

Se preguntó si aún lloraba a su esposa. Debe ser difícil casarse de nuevo solo porque necesitas un heredero, si más encima su corazón aún le pertenece a otra. Su difunto marido había sido el ejemplo perfecto. De algún modo, no le podía imaginarse al Duque Sinclair acostándose con una segunda esposa, porque aún amaba demasiado a su primera mujer. Pero su Excelencia necesitaba un heredero. Él era el último varón Sinclair que quedaba en pie. Su título y propiedades revertirían a la corona si no cumplía con su deber.

Había pasado el último año como un vividor sin remordimientos. El placer parecía ser su único objetivo en la vida. Su sonrisa sensual engañaba a muchos, pero ella veía lo que los demás no, ella veía más allá de esa fachada de gozo sin fin, esa escusa que solo trata de llenar un corazón partido y un alma solitaria. Deseaba poder calmar el dolor que veía oculto en lo más profundo de sus ojos.

Además de la vergüenza de una caída, ahora deseaba que una enorme grieta en la tierra seca bajo sus pies se abriera y la tragara. ¿Qué pensaría Su Excelencia de ella, una vez que supiera el verdadero propósito de su fiesta?

Ya se enfrentaría a ese problema más tarde. Ella sólo quería llegar a casa y remojar su adolorido cuerpo en un baño caliente. —Parece que he extraviado mi caballo. Ahora mismo, daría mi reino por un corcel, como escribió Shakespeare en Ricardo III.

Un fuerte silbido surcó el aire y, de repente, un gran semental gris se acercó al galope hacia su amo. Sinclair se subió a la silla con facilidad. —Creo que he visto su corcel en el prado de al lado. Espere aquí y lo traeré...

—Sir Galahad —contesta Charlotte, algo desconcentrada por lo apuesto de Sinclair.

Con una sonrisa cautivadora. —Por supuesto que lo es. —Luego, con un golpe de las riendas contra el cuello del caballo, Sinclair salió a toda velocidad. No sabía a quién admiraba más, si al magnífico caballo o al apuesto jinete.

Charlotte quería tirarse al suelo. Le dolía el costado, le palpitaba el tobillo donde se había golpeado con una gran piedra y le ardía el codo. Aprovechó que el Duque se alejaba para comprobar sus heridas. Se había roto la chaqueta a la altura del codo y estaba cubierta de sangre. El resto de la chaqueta seguía intacta, sólo cubierta de polvo y trozos de semillas de hierba. Su bata parecía haber rodado por el heno y su bota de montar tenía un largo arañazo en el cuero. Debió de chocar con una piedra irregular cuando su pie golpeó el suelo. Se levantó para mirarse el pelo y se dio cuenta de que su sombrero había desaparecido y su cabello estaba revuelto. *Maldita sea*. Su aspecto debía de ser lamentable. Intentó arreglarse el peinado y los mechones de pelo desalineados, pero desistió porque el dolor del codo empeoraba con los movimientos.

Pronto su salvador volvió con Sir Galahad. Charlotte dio un paso y jadeó ante el dolor que sacudía su cuerpo y su mano con premura apretó su costado.

Sinclair desmontó y se adelantó. —¿Puedo ayudarla? Parece que se ha magullado o incluso se ha roto una costilla al caer. El suelo está muy duro.

Como no era de las que anteponían el orgullo al dolor, respondió —Si pudiera ayudarme a montar a Sir Galahad, no creo que pueda volver a casa andando... —Y de repente su cabeza se nubló y una vez más su cuerpo no resistió, y su cuerpo lentamente se desvanecía rumbo al duro suelo, mientras se desmayaba sin remedio.



Lord Sin atrapó a Lady Charlotte antes de que cayera al suelo. La cogió en brazos. Aunque era muy alta para ser mujer, tenía los huesos finos y era mucho más ligera de lo que él esperaba. Además, si sus manos no se equivocaban, tenía todas las curvas correctas. Se quedó mirándola a la cara y deseó que abriera los ojos. Sus preciosos y cautivadores ojos azules como el océano.

No tenía muchas ganas de asistir a aquella fiesta en Cornualles, pero la insistencia de Devlin le intrigó. Su mejor amigo le había pedido un favor, que Sin aun le debía, y por eso había venido desde Londres. Ahora, habiendo conocido a la anfitriona, se alegraba de haber venido. Aunque no era una belleza tradicional, se sintió inmediatamente atraído por la llamativa mujer de ojos azules tan cautivadores como el azul de las profundidades del océano. Ojos que contenían todo tipo de emociones, pero sobre todo parecían tristes. Él comprendía muy bien esa emoción.

Por alguna razón, la viuda de Lady Charlotte le hizo desear que esos hermosos ojos volvieran a abrirse para poder verlos.

Se levantó, sosteniéndola en sus brazos, y maldijo. No había forma de que pudiera volver a casa montada en su caballo. Tendría que cabalgar con él, pero ¿cómo subirla a su caballo sin dejarla caer? Ella no parecía despertar, y sólo eso le preocupaba. Si se había golpeado la cabeza contra el suelo rocoso... Vio un árbol caído por lo lejos y, silbando a su fiel corcel Hércules, cual respondió a su llamado y al galope fue hacia él, y con Charlotte abrazada, se subió al lomo del caballo mientras la sostenía entre sus brazos.

Sin sospechaba que Charlotte no estaría muy contenta de dejar atrás a Sir Galahad, sin embargo, no fue difícil acercarse al caballo que estaba pastando y atar las riendas a su montura. Una vez hecho esto, Sin emprendió el lento camino hacia Ivy Close, llevando a Sir Galahad detrás de él.

Pronto deseó haber prestado más atención a las indicaciones de Devlin. Charlotte aún no se había despertado de su desmayo, pero parecía que se había quedado dormida porque sus manos se aferraban a las solapas de su chaqueta y dormitaba suavemente.

No tardó en darse cuenta de que estaba perdido. Sin se había resignado a detenerse y pedir indicaciones en la siguiente cabaña, cuando vio que varios jinetes se dirigían hacia él, con Devlin a la cabeza, y el alivio ahuyentó su inquietud.

El rostro de Devlin se llenó de genuina preocupación mientras tiraba de su corcel para que caminara a su lado.

—Una serpiente asustó a su caballo y se cayó. Creo que no se ha roto nada, pero me preocupa que se haya golpeado la cabeza, ya que se ha desmayado en mis brazos.

Justo entonces, Lady Charlotte se acomodó. Se contoneó y se acurrucó más cerca de él, con un suspiro muy satisfecho y los impulsos varoniles, que había estado reprimiendo sin piedad ante las cálidas, suaves y femeninas curvas, sentada en su regazo, cedieron al deseo que le provocaba

la mujer que tenía abrazada.

Tardó unos instantes en sentir la dureza de su miembro presionándose contra sus nalgas, y sus ojos se abrieron de golpe. Sus miradas se cruzaron y se sostuvieron. Entonces ella sonrió y un inhabitual estremecimiento sensual lo recorrió. Tal vez este viaje a Cornualles no fuera un completo desperdicio.

—No creo que Lady Charlotte sufra una conmoción cerebral —fue la seca respuesta de Devlin.

A Sin le encantó la forma en que su rostro se enrojeció, como el de una señorita joven y virginal. —Lord Devlin, ¿qué está haciendo aquí? Pensé que ya habría ganado la carrera a su Excelencia.

—Lo he hecho, Lottie. Pero los mozos de cuadra se preocuparon cuando no volvió de su paseo matutino.

¡Lottie! El uso de un nombre familiar envió una andanada de celos a través de su cuerpo, y eso le molestó aún más. Él no se ponía celoso. Los celos significaban que le importaba, y él no se *preocuparía* por una mujer ahora, más que en la búsqueda de su heredero. Una vez fue suficiente. Nunca volvería a arriesgar su corazón.

Sin había olvidado que Devlin y Lady Charlotte se conocían bien. ¿Por qué no la había conocido antes?

Ella presionó el pecho de Sin y él contuvo un gemido ante su contacto. Su voz sonaba como el cantar de un ave. —Lord Devlin, debería estar montado en un corcel blanco, para venir a rescatarme. —Bromeaba—. Gracias, pero estoy en buenas manos.

Devlin dirigió una rápida mirada a Sin y frunció el ceño. —No estoy seguro de eso. Sospecho que Su Excelencia está perdido.

Charlotte miró a Sin. Sus impresionantes ojos brillaban con humor. —Podría haberme despertado para aprender a llegar a Ivy Close. Me pregunto si no estará disfrutando demasiado de este viaje.

Disfrutó de su coqueteo. No había nada que se alejara de la realidad, y ella podía sentir la evidencia. No pudo evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios. Por el rabillo del ojo, notó que Devlin negaba con la cabeza. —Bueno, vamos a llevarle a casa para que le revisen bien.

—Eso me gustaría. Y un baño caliente. Adelante, Lord Devlin. —Acto seguido, se recostó contra el pecho de Sinclair y volvió a cerrar los ojos.

Sin levantó la vista y vio que Devlin fruncía el ceño. Se limitó a encogerse de hombros y a decir en silencio —Tú me invitaste, ¿recuerdas?

Sin pensó en el ceño fruncido de Devlin y en su evidente desaprobación silenciosa de su coqueteo con la anfitriona hasta que subieron por el camino principal que era dibujado en el paisaje por una hermosa alameda, por lo cual debía de ser Ivy Close. Al darse cuenta, Sin sintió ganas de golpearse en la cara.

Miró a su mejor amigo, y su corazón se hundió ante la mirada de gran desaprobación en su rostro. Sin tuvo que seguir recordándose a sí mismo que la fiesta a la que se dirigían era una broma para él. Otra diversión para ahuyentar sus fantasmas. Su corbata parecía apretársele alrededor de la garganta mientras los dolorosos recuerdos lo envolvían.

Sin embargo, para Warrick Sneddon, marqués de Devlin, trataba de cumplir con su deber. Se dirigía a la fiesta en la casa de una viuda adinerada con la esperanza de conocer a una dama millonaria que fuera la salvación de la hacienda de su familia, la cual se desmoronaba y estaba en bancarrota. No es de extrañar que quisiera a Sin como apoyo.

Era un amigo terrible. Estaba coqueteando con una mujer que podría salvar a la familia y las

propiedades de Devlin. Ella era viuda y rica, por si fuera poco. Tal vez a Devlin no le importaban las otras damas que estarían presentes. Lady Charlotte se adaptaría a sus necesidades.

El difunto Lord Clayton debía querer mucho a Lady Charlotte para dejarle un legado tan rico. El matrimonio con Lady Charlotte sería la respuesta a las plegarias de Devlin.

La idea de un desliz con su encantadora anfitriona se marchitó junto con su erección. Devlin necesitaba a esta mujer más que a él mismo.

Habrían otras encantadoras damas con las que compartir. Dejó que la decepción lo inundara. La mujer que tenía en sus brazos le encendía la sangre.

La deseaba. Eso debería haber bastado para hacerle ser cauteloso. No volvería a perder su corazón por ninguna mujer. Necesitaba una esposa, pero no una que lo excitara.

¿Por qué había aceptado la invitación de Devlin? ¿Debía quedarse?

Sus cálidas curvas se deslizaron entre sus brazos, ella lo miró a través de las pestañas entrecerradas y sonrió. Cualquier idea de marcharse se esfumó, junto con su preocupación por su amigo.

Y él odiaba eso.

Acerca del Autor



La autora más vendida de **USA Today, Bronwen Evans**, es una orgullosa escritora de novelas románticas. Sus trabajos han sido publicados tanto en formato impreso como en formato de libro electrónico. Le encanta contar historias, y su cabeza siempre está llena de personajes e historias, en particular aquellas que presentan amantes angustiados. Evans ha ganado tres veces el RomCon Readers' Crown y ha sido nominado para un RT Reviewers' Choice Award. Vive en la soleada bahía de Hawkes, Nueva Zelanda, con su Cavoodles Brandy y Duke. Le encanta escuchar a los lectores.



www.bronwenevans.com

Muchas gracias por acompañarnos en este viaje. Si desea mantenerse al día con mis otros lanzamientos, los códigos de cupón de mi boletín para ofertas especiales u otras noticias, no dude en unirse a mi boletín y recibir un libro GRATIS (en inglés) también.

Otras Obras de bronwen evans

Bron's Book List

Española Versions

Lord de los Malvados

Lord del Peligro

Lord de la Pasión

Lord del Placer

Adicta al Duque

Atraída por el marqués

Atraida por el Conde

Desafiando el Duque de Dangerfield

Apostando por el Marqués de Wolverstone

Retando al Conde de Cravenswood

Trilogía Retos perversos

Una dama nunca Cede

Una Dama Nunca se Rinde

El despertar de Lady Flora

La seducción de Lord Sin

El Encanto de Lord Devlin

Un Beso de Mentiras

Una promesa de más

Un Toque de Pasión

Un Susurro de Deseo

El Placer de la Seducción

Una Noche de Siempre

Un amor para Recordar

Un Sueño de Redención

Cada Flor Tiene Sus Espinas

Curvas Imprudentes

Giro Equivocado

Paseo Tranquilo

Carretera hacia el amor

Historical Romances

Wicked Wagers

To Dare the Duke of Dangerfield – book #1

To Wager the Marquis of Wolverstone – book #2

To Challenge the Earl of Cravenswood - book #3

Wicked Wagers, The Complete Trilogy Boxed Set

The Disgraced Lords

A Kiss of Lies – Jan 2014/December 2022

A Promise of More – April 2014/June 2021

A Touch of Passion – April 2015/June 2021

A Whisper of Desire – Dec 2015

A Taste of Seduction – August 2016

A Night of Forever – October 2016

A Love To Remember – August 2017

A Dream Of Redemption – February 2018

Imperfect Lords Series

Addicted to the Duke – March 2018

Drawn To the Marquess – September 2018

Attracted To The Earl – February 2019

Taming A Rogue Series

Lord of Wicked (also in a German Translation)

(Also in a Spanish Translation)

Lord of Danger (also in a German Translation)

Lord of Passion

Lord of Pleasure (Christmas Novella)

The Lady Bachelorette Series

The Awakening of Lady Flora – Novella

The Seduction of Lord Sin

The Allure of Lord Devlin

Invitation To Series Audio Only (now called Taming A Rogue series)

Invitation to Ruin

(Winner of RomCon Best Historical 2012, RT Best First Historical 2012 Nominee)

Invitation to Scandal

(TRR Best Historical Nominee 2012)

Invitation to Passion

July 2014

(Winner of RomCon Best Historical 2015)

Invitation To Pleasure

Novella February 2020

Contemporaries

The Reluctant Wife

(Winner of RomCon Best Short Contemporary 2014)

Drive Me Wild

Reckless Curves – book #1

Purr For Me – book#2

Slow Ride – book #3

Fast track To Love (This Christmas) Novella - book #4

Coopers Creek

Love Me – book #1

Heal Me – Book #2

Want Me – book #3

Need Me – book #4

Other Books

A Scot For Christmas - Novella

Regency Delights Boxed Set

To Tempt A Highland Duke – Novella

Highland Wishes and Dreams - Novella

The Duke's Christmas List - Novella